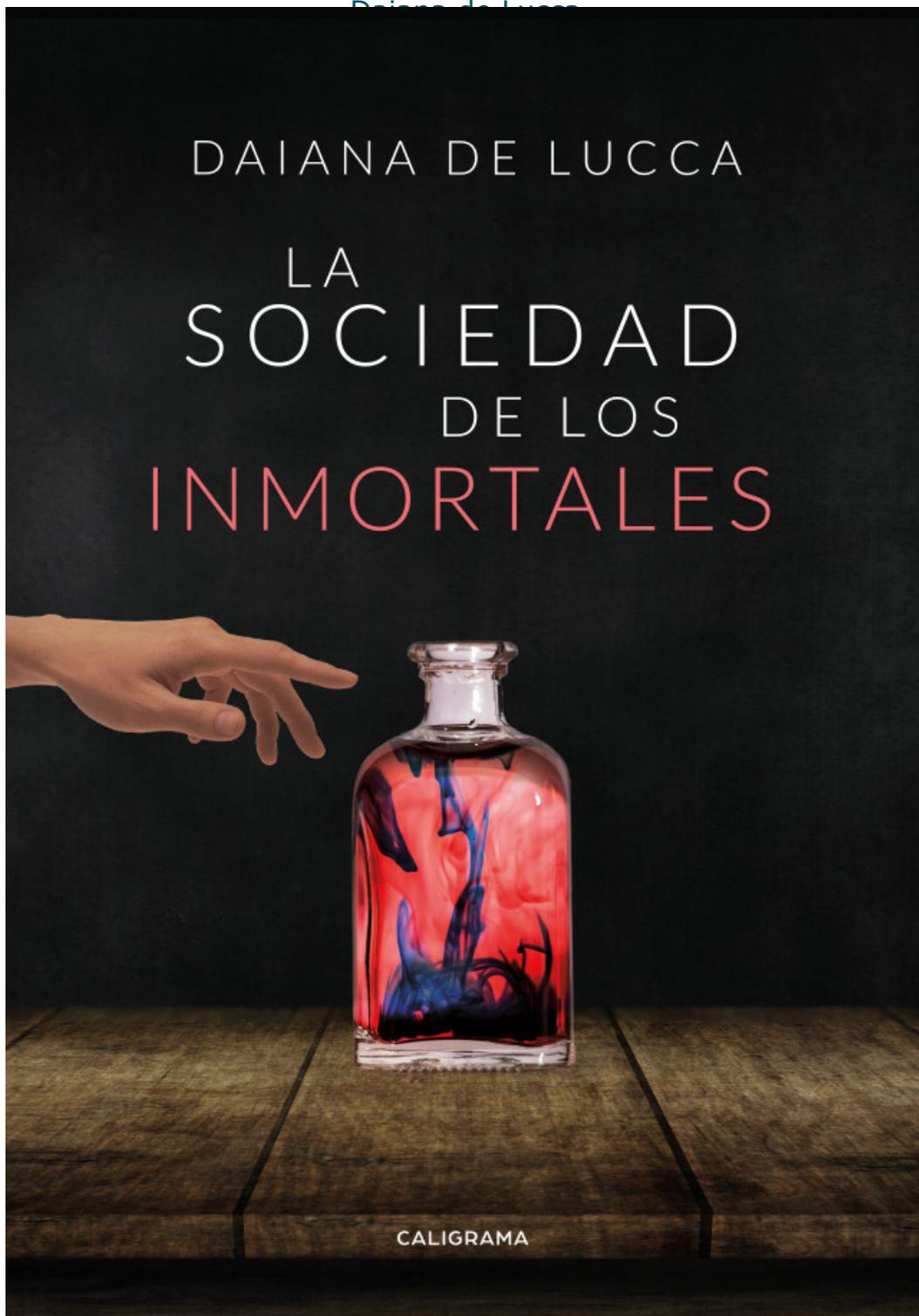


La Sociedad de los Inmortales (Caligrama) - Capitulo 7
(inuevo!)



Capítulo 1

1

Jean-Philippe había oído los gritos desde afuera y sabía que cuando entrara en la casa esa noche se encontraría con un escenario de batalla para el que no se sentía preparado, pero aquello era ridículo. No podía tener el corazón tan acelerado. No podía estar conteniendo así el aliento ni tener problemas para controlar los temblores de sus propias manos. No podía permitírselo.

Se apoyó contra la pared junto a la entrada principal mientras los ruidos continuaban adentro, y cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, alzó la mirada hacia el cielo despejado de estrellas más allá de la línea de casas desperdigadas y, eventualmente, la costa de Aberlady.

Inspiró, exhaló... Eso debía hacer. Respirar.

Y entonces, en el interior de la vivienda todo se calmó.

No había más tiempo.

Se volteó y empujó la puerta entreabierta con el arma en alto, solo para quedarse inmóvil un instante después. En medio de la sala de estar en penumbras y del desorden generalizado, se encontraba Roy Sullivan. El hombre canoso que alguna vez había pertenecido a la sociedad lo miraba con los ojos empequeñecidos y con la mano sobre su propia pistola, aún enfundada. A juzgar por los paquetes semitransparentes tirados a su lado y, a la vez, cerca de un bolso de viaje, su objetivo era bastante claro: había intentado robar las dosis del elixir que había en la casa, tal y como Jean-Philippe había temido.

Sin embargo, fue Roy quien habló antes que él.

—Entonces, era cierto... —dijo—. Por semanas, compartiste nuestra mesa, nuestro hogar, nuestros sueños, nuestras esperanzas... y todo este tiempo has sido el mismo hijo de puta que intentó matarnos...

No llegó a terminar su discurso. Jean-Philippe disparó como en automático hacia el corazón, como si hubiera recuperado las habilidades que había dejado dormidas hacía veinte años. Roy Sullivan cayó hacia atrás y quedó tumbado sobre los paquetes. La escena le resultó horrorosa mientras bajaba el arma, temiendo que se le cayera de las manos porque las dudas

acerca de sí mismo estaban regresando.

—Gracias —murmuró una voz entonces y, al reconocerla, Jean-Philippe escudriñó los rincones oscuros de la sala más allá de él.

Pronto a su izquierda halló a Joel, sentado en la alfombra y con la espalda encorvada contra la pared. Tenía la ropa ensangrentada y, exhausto, se tomaba el brazo mientras respiraba con dificultad. Jean-Philippe fue hacia él, pero Joel negó con la cabeza y le hizo una seña en dirección a la cocina.

—Ga... Gabrielle —pronunció en un susurro casi inaudible y con los ojos verdes teñidos de desesperación—. Ella está ahí.

Jean-Philippe comprendió al instante, y un escalofrío le recorrió el cuerpo al tiempo que se enderezaba y la fuerza volvía a él. Sin pensarlo, tomó un paquete del suelo y se lo arrojó a Joel, al igual que su pistola. Sacó otra que tenía oculta debajo del traje gris, y se dirigió hacia la cocina.

Sin embargo, antes de que pudiera llegar a la entrada, hubo un ruido seco aislado que provenía de adentro. Con la adrenalina a flor de piel, Jean-Philippe se pegó al pasillo y avanzó con cuidado. Cuando intentó pasar el umbral, divisó una forma frente a sus ojos, y se encontró con un gran plato pesado que le golpeaba la cabeza y lo dejaba aturdido al romperse contra el piso. Cuando pudo comprender qué estaba pasando, ya era tarde: había soltado el arma y una mujer lo amenazaba con un cuchillo. Menuda y de cabello muy corto, Jean-Philippe sabía perfectamente lo peligrosa que era Mary Sullivan y, sobre todo, conocía lo rápido que podía manejar objetos filosos. Siempre había sido mucho mejor con las armas blancas que su marido Roy, cuyo cadáver yacía en la sala.

Pero ella no sabía eso aún.

Jean-Philippe levantó las manos apenas, para ganar tiempo mientras intentaba recordar cuáles eran los puntos débiles de Mary a la hora de pelear, si es que tenía alguno. Maldijo por dentro, porque no consiguió obtener más que detalles borrosos: el tratamiento de *electroshock* había sido tan efectivo que la mayor parte del tiempo solo podía rememorar retazos desconectados que no le servían en momentos como ese.

La voz de Mary lo hizo volver a concentrarse.

—Traidor —dijo entre dientes. Su tono era de furia, y tenía el rostro contorsionado en una mueca de odio.

—¿Yo? —preguntó, acordándose de cómo había sido la historia que los unía desde hacía décadas—. Al igual que ahora, ustedes intentaron

robarme hace años...

—Sí, y gracias a ti terminamos en un hospital con un tiro cada uno. Le dije a Roy que no debíamos confiar en ti de nuevo, que era imposible que un monstruo como tú cambiara —respondió ella, y agitó el cuchillo hacia adelante mientras Jean-Philippe se estremecía con sus palabras—. Es decir, mírate... Un hombre adulto, destrozado, un adicto de más de cien años con un talento inigualable que no ha aprendido una mierda sobre la vida. Podrías haber empezado de nuevo con nosotros, pero no, sigues siéndole fiel a la sociedad que te condenó. En el fondo, siento lástima por ti. Ellos solo te soportan porque dependen de tu elixir, pero eres tan ingenuo que los consideras tu «familia».

Mary lo miró con desprecio de arriba abajo, y Jean-Philippe sintió que esa dosis argumental era un puño que lo golpeaba físicamente en la cara. Él mismo se había preguntado muchas veces si era mejor huir y olvidarse de la sociedad que lo había tratado mal a pesar de ser su líder, pero siempre terminaba pensando en que habían tenido buenas razones para hacerlo y en que necesitaba estar cerca de la única persona que siempre había creído en él sin importar las atrocidades que había cometido.

Quiso que su mente no le siguiera recordando su pasado, tan horroroso, pero Mary no hacía más que reforzarlo.

—Eres débil —dijo, dando un paso al frente—. ¡Eres el mismo idiota que creía que lo amaban cuando lo engañaban frente a sus propios ojos! ¡El que asesinaba a otros por no poder lidiar con un desamor!

De pronto, Mary avanzó sin piedad con movimientos certeros, y lo único que pudo hacer él fue atraparle las muñecas con las manos para trabar aquel ataque. El cuchillo de cocina quedó a centímetros de su cuello, mientras ambos ponían todas sus fuerzas para moverlo en direcciones contrarias.

—¡Roy! ¡Roy, ven aquí! —llamó ella de pronto.

—No responderé —aclaró Jean-Philippe, respirando con dificultad mientras forcejeaban—. Roy está muerto. Yo puse una bala en su corazón, y no podrás revivirlo.

No pudo evitar sentir una mezcla de culpa y satisfacción al decirlo. El rostro de Mary se puso blanco, su cuello se movió dos veces como si tragara y su boca se abrió en un grito desahogado justo antes de que utilizara todas sus fuerzas para aproximar el cuchillo al cuello de Jean-Philippe. Él continuó empujando con la mirada sobre en el filo que se acercaba, pero cuando levantó la vista hacia su contrincante vio que una lágrima se deslizaba por su barbilla. Sintió pena por aquel dolor, pero no

lo suficiente.

Aplicó toda su energía de golpe, revirtiendo el ataque y haciendo que el cuchillo abriera un tajo en el hombro de la mujer. Ella chilló, entrando de espaldas en la cocina mientras se tomaba la zona que había empezado a sangrar. Jean-Philippe se agachó, tomó su arma y disparó dos veces, directo al pecho y al estómago de Mary. La vio retroceder con la boca abierta hasta que su espalda dio contra la alacena; ella levantó la mirada hacia él por última vez, como si no pudiera creer en aquel desenlace, y se desplomó.

Entonces sobrevino el silencio, y Jean-Philippe contuvo el aliento frente a lo que acababa de hacer. No quería pensar en lo mucho que había cambiado su vida en comparación a un siglo atrás. Estaba comprobado que la posibilidad de volverse inmortal terminaba volviendo loco a cualquiera: lo había visto en innumerables oportunidades y lo había experimentado en carne propia, cayendo en su propia trampa.

Sintió una oleada de profundo remordimiento y soltó el arma, que cayó al piso con un ruido seco. Él había creado el elixir llamado S-22 que guardaban en paquetes y en casas como aquella. Él tenía la culpa de todo, y no podía seguir viendo la sangre que brotaba del cuerpo de Mary. No cuando tenía escalofríos recorriéndole la espalda y el recuerdo latente de sus propias manos frotando un piso de madera para limpiar las pruebas del primer asesinato que había contemplado.

Se tomó la cabeza, intentando ordenar sus pensamientos. Cerró los ojos, tratando de controlar las palpitaciones, y diciéndose que no debía decaer. Solo unos segundos después, los murmullos internos comenzaron a desaparecer, se atrevió a enfocar la mirada en la cocina que lo rodeaba y algo le llamó la atención. Más allá de la barra para el desayuno y de unas sillas altas, asomaba un pie. Cuando corrió a dar la vuelta para mirar quién yacía allí, se le cortó la respiración. Gabrielle estaba inconsciente en el piso. El cabello castaño se le desordenaba bajo los brazos y tenía la piel pálida y sudorosa, como si hubiera... como si estuviera...

Horrorizado, Jean-Philippe aterrizó junto a ella con un patinazo. Cuando comprobó que ella aún tenía pulso, sacó su celular, marcó un número y la espera le pareció interminable.

—Necesito asistencia médica en la casa de Aberlady, ahora mismo...
—murmuró con la voz entrecortada cuando atendieron, y se guardó el aparato antes de levantarse.

Fue hasta la sala corriendo y regresó a la cocina con un paquete de S-22 en la mano, listo para hacer lo que debía. Lo abrió de un tirón y sacó la jeringa, el frasco de líquido celeste y la bandita elástica. Una vez armada la inyección de S-22, tomó el brazo de Gabrielle, le subió la manga hasta

el codo y se la aplicó con cuidado, sosteniendo el capuchón de la jeringa entre los labios para dejar salir la tensión al morderlo. Cuando hubo terminado, lo escupió y recostó la cabeza de Gabrielle sobre su regazo, como si ese contacto cálido tuviera la capacidad de curarla.

—Vamos, tienes que despertar. Por favor, despierta. Por favor —repitió una y otra vez, tratando de identificar cualquier indicio de mejora, pero no hubo reacción alguna.

De a poco, se le fueron acabando las palabras. Le acarició el rostro, haciendo su mayor esfuerzo por no perder los estribos mientras esperaba a que llegasen los refuerzos o la dosis hiciera su efecto.

Al final, la abrazó con el corazón latiéndole con fuerza dentro del pecho. Gabrielle era la última esperanza de cordura que le quedaba en la sociedad de inmortales que él mismo había fundado. Una sociedad que casi había logrado destruirlo, y con razón.

—Vamos, sígueme la corriente y brindemos —pidió Erica, y levantó su cerveza en el aire con una gran sonrisa, como buena anfitriona—. ¡Por los novios!

Sentado al otro lado de la barra, Adam levantó una ceja inquisidora.

—¿No crees que estamos especulando demasiado? —preguntó, porque hacía al menos diez minutos que discutían sobre el tema y ninguno de los dos cambiaba de opinión.

—Claro que no. Puedo olerlo...

—Mmm, no estoy tan seguro. Pero está bien que brindemos de todas maneras.

Haciendo una mueca, Adam levantó su gaseosa y la chocó con la cerveza de Erica. Mientras ambos bebían, el frío roce de la pistola oculta bajo la campera le recordó que no debía bajar la guardia, ni siquiera aunque el Benson's Pub estuviese lleno de gente esa noche, y eso lo hizo sentirse un poco triste. Reírse sobre los chismes del pueblo era una costumbre que siempre revivían cada vez que Adam regresaba a Aberlady. Era importante de vez en cuando darse cuenta de que, a pesar de los altibajos, podía haber razones para festejar.

—Adam, hablemos en serio —insistió Erica, inclinándose sobre la barra con los ojos entrecerrados—. Piénsalo por un momento. Joel y Gabrielle,

comprometidos. Casados. Enamorados. «Felices».

Adam tomó una bocanada de aire, imaginando a su hermana planificando la boda con Joel. La imaginaba discutiendo y tomando decisiones impulsivas mientras Joel le explicaba con paciencia y buenos argumentos por qué diablos lo que quería hacer era una locura. Podía verse a sí mismo a un costado, haciendo de árbitro entre los dos e intentando que todo llegara a buen puerto y que nadie terminara solo en el altar.

Suspiró, y se dio cuenta de que parte de esa sensación tenía que ver con la cercanía de Erica, con la forma en que el cabello ondulado y anaranjado le caía sobre los hombros y con sus formas femeninas y redondeadas. Pero lo peor era su mirada color miel, tan humana y malditamente cómplice que siempre conseguía atravesarlo por más que fingiera que no le afectaba en nada.

Erica era una mujer interesante..., pero no. Aunque soñar estaba bien, no podía dejarse llevar y cometer los mismos errores que otros. No podía ni debía intentar nada con ella, al menos hasta que pudiera quedarse tranquilo en cuanto a la seguridad de Gabrielle.

Se quedó absorto en esa reflexión y entonces notó que Erica aún lo observaba. Incómodo y muy consciente de sí mismo, frunció el entrecejo y se endrechó en su asiento al tiempo que Erica sonreía complacida.

—Lo sabía. Esa idea te encanta —concluyó ella—. Ahora ya te pusiste en modo gruñón de nuevo, pero antes te veías contento, y eso es inusual. Tienes una linda sonrisa. Deberías dejar que la vieran más seguido.

Adam apretó los labios y asintió. Apenas había comenzado a trazar círculos con su gaseosa sobre la barra de madera cuando le pareció escuchar su nombre a sus espaldas junto al de Erica y la palabra «saliendo». Se volteó un momento, incrédulo, hacia las mesas donde la gente comía papas fritas mientras cuchicheaba y los miraba.

—¿Qué pasa? Erica, ¿están hablando sobre nosotros?

En un santiamén, ella se estiró muy derecha donde estaba, y les gritó a sus propios clientes con cara de pocos amigos.

—¡Hey! ¿Les parece que hay algo sobre lo que chismosear?

La gente dejó de hablar de repente. Sin embargo, un hombre de cabello enrulado y que llevaba una camiseta de los Guns N' Roses se paró en donde estaba y le preguntó:

—Vamos, Eri. ¿Cuándo lo van a hacer oficial?

—¡No hay nada que anunciar! —dijo Erica, y pareció que la cuestión le divertía más de lo que le molestaba. Los demás la escuchaban atentamente.

—Pero ya perdimos la cuenta de cuándo fue la última vez que tuviste una cita, y menos fuera de los confines de Aberlady.

Hubo un murmullo a su alrededor al tiempo que la gente asentía. Adam se hubiese sentido intimidado ante aquella presión colectiva, pero Erica descansó una mano en su cadera y, con mucha tranquilidad, expresó:

—Me conoces, Barry. Si estoy con un hombre, no es porque lo necesite, sino porque quiero. Y el día que eso suceda de nuevo, serás el primero en enterarte. ¿Trato hecho?

—¡Más te vale! —exclamó Barry levantando un puño en el aire, como si le enviara fuerzas amorosas positivas con ese gesto.

—¿Todo aclarado? —dijo Erica, mirando las demás mesas, y palmeó dos veces—. Vamos, ahora vuelvan a comer, que las papas se enfrían.

Dando por terminado el asunto, los hombres y mujeres de las mesas retomaron su comida y sus cervezas. Adam se volvió hacia Erica e hizo una mueca.

—La imaginación de Barry es un poco difícil de controlar —comentó, porque Barry siempre había tenido muy poco que hacer y se dedicaba a hablar a expensas de los demás.

—Sí, y como dueña de este pub, me reservo el derecho de aclarar estas cosas como se me dé la gana. —Erica suspiró—. Ya sabes que a la gente le divierten los rumores.

—¿Como los rumores de boda? —aventuró Adam, lanzando una indirecta que ella captó de inmediato, a juzgar por la manera en que entreabrió los labios e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Sé sincero. ¿Para qué otra razón podrían haberte sacado de tu trabajo tan importante en Edimburgo y pedirte que vinieras aquí en medio de la noche? Además, esa historia tiene buenas fuentes. Joel y Gabrielle han estado paseando por aquí toda la semana y disfrutando de sus vacaciones, pero a él lo han visto preguntando en la única joyería por anillos de compromiso.

Adam casi se atraganta al tomar un sorbo de su gaseosa. Tosió por un instante, se limpió la comisura de los labios con la mano y se inclinó hacia

adelante.

—Estás bromeando.

Ella se encogió de hombros.

—Pregúntale a la señorita Gibbs. Tiene setenta y cuatro años y le ilusionan mucho los casamientos, le encantará contarte la anécdota. Si tienes un par de horas libres, claro está.

Erica bebió su botella, y Adam se quedó pensativo. No había sabido casi nada de Gabrielle y Joel durante la última semana porque estaban de vacaciones y, a decir verdad, hasta la manera en que Joel le había solicitado su presencia había sido sospechosa. «Ven a Aberlady lo antes posible. No puedo adelantarte nada por teléfono, pero es por una buena razón. Avísame si no puedes llegar». Le había dejado ese mensaje a Adam hacía apenas dos horas, justo cuando él estaba listo para retirarse de la oficina bastante pasado el horario de salida y con varias teorías conspirativas en la cabeza.

—Mierda... No puedo creerlo —concluyó, y enarcó las cejas.

—Pues créelo. Ah, espera. —Erica se volvió hacia los estantes a sus espaldas, donde descansaban las bebidas que se vendían en el pub. En cuestión de segundos estaba regresando con Adam y le entregaba una bolsa que contenía una botella—. Lo menos que puedo hacer es enviarles un buen whisky escocés en honor a estas tierras... Y me ofendería mucho que no lo celebraran aquí, sin mencionar que sería buena idea que se mudaran a estos pagos. Hasta podría regresar ese amigo tuyo tan excéntrico, Michael. Siempre me cayó bien, y hace falta un poco de desfachatez por aquí.

El comentario tomó a Adam por sorpresa, aunque no tanto. Siempre se había llevado bien con Erica, pero sabía que verla todos los días podía convertirse fácilmente en una tentación.

—Sí, pero tengo mucho trabajo... —explicó, tratando de sonar normal a pesar de que ese tipo de situaciones que lo ponían bajo la lupa le causaban algo de ansiedad—. Aberlady es agradable, pero viajo seguido y nunca puedo quedarme en un solo sitio.

—Como siempre.

Se miraron por un momento en silencio, como si hubiese un acuerdo tácito entre ambos. Él nunca había durado demasiado tiempo en Aberlady, siempre terminaba trasladándose aquí y allá. Lo suyo, fuera lo que fuese,

no podía ir más allá de una amistad circunstancial. Aunque doliera.

—Sí... como siempre —repitió Adam, y bajó la mirada hacia la barra—. De hecho, debo regresar a Edimburgo por la mañana. —Cuando sus ojos volvieron a cruzarse con los de Erica, notó que ella suspiraba, como intentando quitarle importancia al asunto, aunque era obvio que le había molestado.

—Hubiera sido bueno tenerte por aquí... Creo que voy a extrañar oír ese acento mitad inglés, mitad escocés.

Ella sonrió con tristeza, y una chica con una gorra se aproximó para pedirle algo en la barra. Erica asintió, volviéndose hacia las botellas detrás de ella, y Adam se la quedó mirando mientras descorchaba una sidra. Aquel acento que ella había descrito era una de las cosas que Adam había decidido guardar en honor a su madre, a conciencia.

Si tan solo pudiera.

Mientras daba golpecitos a su gaseosa con las puntas de los dedos, pensó en cómo animar a Erica sin darle falsas esperanzas y en cómo combatir la electricidad que sentía entre los dos cuando hablaban, pero no llegó a hacer nada. Su teléfono celular comenzó a vibrar en su bolsillo, y frunció el entrecejo cuando vio que se trataba de un mensaje de una persona que no solía enviarle buenas noticias.

«Ataque en la propiedad de Aberlady. La ayuda ya está en camino. Dimitri».

Por un instante, Adam se quedó en blanco. Gabrielle y Joel estaban pasando sus vacaciones en ese mismo lugar.

Se levantó de un salto y corrió hacia la salida. En un santiamén se subió a su Polo, que estaba estacionado a unos pocos pasos de la puerta, entre otros vehículos junto a la carretera. Apretó el acelerador haciendo rugir el motor, condujo unos pocos metros y, aunque llamó varias veces a su hermana, no recibió respuesta. Maldijo al dar un volantazo en una curva, imaginando la casa de vacaciones en llamas. Sin embargo, cuando al cabo de unos minutos divisó la silueta de la vivienda, temió que Joel y Gabrielle se encontraran en otro sitio: la zona, algo apartada y con pocas casas similares alrededor, estaba envuelta en un extraño silencio.

Aparcó arrancando tierra bajo las ruedas y abrió la guantera para sacar cargadores adicionales. Preparó la pistola que llevaba y salió del auto lo más rápido que pudo. La luz de afuera de la casa estaba encendida, pero la puerta principal estaba entreabierta. Cuando la empujó, apenas con el arma en alto, pudo observar signos de pelea: almohadones tirados en

cualquier parte, muebles rotos, cuadros torcidos...

Había un cadáver sobre un charco de sangre, echado sobre un montón de paquetes de S-22 y con un bolso al lado. Se le aceleró la respiración: si Roy Sullivan estaba ahí, tirado en medio de la sala, entonces algo muy malo estaba sucediendo...

—Está muerto —dijo alguien entonces.

Adam se volvió hacia esa voz grave, sabiendo que pertenecía a Joel. Lo vio en una esquina de la sala y corrió hacia él.

—Es increíble. ¿No lo habían matado hace años? —murmuró, examinándole las heridas del brazo y la cabeza—. ¿Estás bien?

—No te preocupes por mí, ya me inyecté —explicó Joel, apartando el brazo, y tomó a Adam por el cuello de la campera—. Pero aún no puedo moverme demasiado. Gabrielle está en la cocina, Jean-Philippe le llevó una dosis. Tienes que ir a verla y decirme cómo está.

Cualquier otra persona se hubiera aliviado, pero Adam se puso en alerta. De inmediato se encaminó hacia la cocina con su arma y, después de lo que pareció un tramo interminable, llegó a la entrada. Desde allí, observó que el cuerpo de Mary Sullivan descansaba contra la alacena y sobre una mancha de sangre como la de Roy.

Se oyó un murmullo, y Adam se preparó para enfrentarse una vez más a su peor pesadilla. Entró a la cocina, rodeó la barra del desayunador y halló a Jean-Philippe Dubois de rodillas sosteniendo en su regazo a Gabrielle, que estaba inconsciente. No solo le decía palabras de aliento mezcladas con sollozos fingidos, sino que la melena de él rozaba la mejilla de ella, y sus brazos la rodeaban como si quisieran atraparla para siempre. Adam no tardó en reaccionar. Levantó su pistola al instante, con el estómago revuelto luego del shock inicial.

—Aléjate de ella —ordenó, sintiendo la tensión de su propio cuello al tragar.

El malnacido levantó la mirada con una expresión que era mezcla de preocupación, dolor y sorpresa. Jean-Philippe realmente era un gran actor, eso estaba claro. Maldito fuera el momento en que, víctima de la desesperación, Adam había terminado formando parte de la sociedad.

—La salvé... o al menos lo intenté —dijo Jean-Philippe, agitado y con la camisa entreabierta, lo cual solo empeoraba la escena—. Hice todo lo que pude, pero no despierta... —agregó, volviendo a acariciar el rostro de

Gabrielle.

—Dije que te alejes —repitió Adam, concentrado en ese contacto tan mínimo, que le generaba tanta rabia.

—No importa si me crees o no, la evidencia probará que fui yo quien mató a los Sullivan y protegí a Joel y a Gabrielle...

—¿Protegerlos? —repitió Adam, sin creerle—. No. ¡Seguro tú fuiste quien los trajo aquí! ¡Muévete a un costado, ahora!

Hubo un ruido fuerte y, de los nervios, Adam apenas se percató de que había disparado. Jean-Philippe, que se había acurrucado sobre Gabrielle como un escudo, se volvió hacia la ventana detrás de él, donde la bala había despedazado el vidrio.

—Vete de aquí... No lo repetiré —le advirtió Adam una vez más, sabiendo que aquel disparo le iba a costar caro pero que no se arrepentía de sus acciones.

—¿Qué estás haciendo? No seas estúpido... ¿Quieres que no haya más S-22? ¿Estás dispuesto a arriesgar que Gabrielle muera, o que no podamos curarla si alguien le hace daño? ¿Eso significa cuidarla para ti? —soltó Jean-Philippe entre dientes, adoptando una expresión de irritación que para Adam demostraba a la perfección lo peligroso que había sido en sus peores épocas—. Yo la salvé —clarificó una vez más, haciendo hincapié en cada palabra—. Y deberías agradecermelo.

Adam observó cómo Jean-Philippe se inclinaba de nuevo sobre Gabrielle, apretándola a su cuerpo.

—¡Déjala en paz! —gritó Adam como un desquiciado y comenzó a apretar el gatillo otra vez, pero entonces sintió un golpe atrás, muy fuerte, y todo se volvió oscuro.

Capítulo 2

2

Suspiró intentando mantener los nervios a raya, pero fue muy difícil. Adam entrelazó los dedos de las manos, estrujándolos, y repasó los hechos en detalle. Lo último que recordaba antes de despertar en esa silla y en ese despacho era que no le había dado con la bala a Jean-Philippe y que alguien lo había noqueado en la cocina. No tenía que pensar mucho para saber quién lo había dejado inconsciente, y conocía de sobra la secuencia de acciones que se habrían tomado para borrar la evidencia una vez lo habían quitado del medio: acomodar los cuerpos, revisar efectos personales, rociar todo con gasolina y encender un fósforo para terminar. A estas alturas, la casa de Aberlady debía haber sido consumida por las llamas mientras los habitantes del pueblo se preguntaban qué diablos había pasado allí.

Tal vez Erica pensaría que había muerto. Eso lo haría todo más sencillo. Solo tenía que evitar el pueblo por un largo tiempo, y luego ella se casaría, formaría una familia y se olvidaría de él. Adam sintió un sabor amargo en la boca y se acarició la nuca, que todavía le dolía. Seguro le habían pegado con la culata de un arma...

Entonces la puerta detrás de él se abrió y Dimitri entró con su campera de cuero en una mano y una carpeta en la otra. Adam se levantó al instante de su asiento, desesperado.

—Dime que Gabrielle está bien. ¡Por favor!

—Se encuentra algo golpeada —explicó Dimitri, haciéndole un gesto para que se calmara—. Solo hizo falta una dosis ínfima de S-22 para regenerar sus tejidos.

Eso no lo tranquilizaba. Adam se sentó y suspiró con pesadez. Gabrielle había tenido suerte en salir viva de allí.

—Tu hermana es fuerte —murmuró Dimitri.

—Sí, eso le gusta creer —aclaró Adam—. Quiero verla.

Clavó los ojos en su interlocutor, quien se colocó la campera, se sentó y le devolvió una de sus típicas miradas gélidas desde el otro lado del escritorio. Aunque Dimitri había construido una imagen de sangre fría, sus emociones salían a la superficie cuando se encontraba en confianza. Silencioso, observó a Adam de arriba abajo y se pasó una mano por la

cabeza calva antes de responder.

—Todavía no. Y deberás esperar afuera que ella salga de su entrevista. Estás demasiado exaltado.

Adam no podía creer lo que escuchaba.

—¿En serio? Estaba en el Benson's Pub y, de pronto, sonó mi teléfono. «Ataque en la propiedad de Aberlady. La ayuda ya está en camino. Dimitri». ¿Qué se supone que iba a hacer cuando viera tu mensaje? Sabías que saldría corriendo para allá y que me desesperaría. Vamos, no puedes hacerme esto. Quiero ver a Gabrielle.

—Lo siento. Tienes que respetar a la persona que tiene el poder de dejar que salgas por esa puerta o no.

Había señalado la salida, y su referencia era literal. Dimitri era una de las pocas personas por las que todos debían pasar, sin excepción, para hablar después de un hecho traumático para evaluar su estado mental y continuidad en la sociedad. Debido a su afinidad, Adam tenía el privilegio de tenerlo casi siempre de entrevistador. Dimitri no le tomaba declaración en el otro cuarto del piso, ese que parecía más una sala de interrogatorios que cualquier otra cosa, sino que lo hacía en su propio despacho, aunque pudiera causarle problemas más tarde. Había gente que lo acusaba de no ser objetivo, y a veces Adam creía que estaban en lo cierto, pero no podía negarse a recibir su ayuda.

Adam se apoyó contra el respaldo de la silla. Se sentía atado: atado a la vida en la clandestinidad, a quienes debían saber sobre cada uno de sus movimientos, a la impulsividad de su hermana, a las evaluaciones psicológicas constantes, a la preocupación que lo carcomía casi todo el tiempo, y hasta a aquellos que tenían la libertad de inmovilizarlo para traerlo a la oficina como si fuera un recluso o un paciente de un manicomio. O un poco de ambos, si se ponía a pensarlo.

—Lo estás haciendo de nuevo —dijo Dimitri, sacándolo de su ensimismamiento.

—¿Qué?

—Tus dedos.

Adam siguió la mirada de Dimitri y se encontró con que estaba dando golpecitos entre sus pulgares, con las manos entrelazadas. Se detuvo de inmediato y trató de contener su irritación.

—Casi matan a varias personas, y tú te preocupas por un tic.

—Estoy preocupado por ti.

—Y yo porque Roy y Mary Sullivan estaban en la casa. Se supone que llevan muertos más de treinta años. Tú los mataste. Está registrado en el Historial, y resulta que es mentira.

La incomodidad de Dimitri era casi palpable, y no era para menos. El Historial era un documento cuidadosamente construido en el que se tomaba nota de todos los acontecimientos relevantes para la sociedad.

—Necesito respuestas, no silencios —insistió Adam con firmeza. Apenas podía consigo mismo cuando su genio se descontrolaba—. ¿Casi matan a mi hermana, que es la única familia que me queda, y no tengo derecho a saber por qué? ¿Con quién debería hablar?, ¿con el Directorio?

—Sabes que eso no es posible, por razones de seguridad.

—¡Ah, fantástico! —exclamó Adam, al tiempo que el sarcasmo se apoderaba de su lengua—. Bien, cuando los veas tú, dales un mensaje de mi parte: que se vayan a la mierda.

—Adam...

—¡No, nada de «Adam» en ese tono! Me estás negando información y sabes perfectamente que, si Jean-Philippe estaba en esa casa, es por Gabrielle, como siempre. Está obsesionado con ella. La desea y, por más que lo niegue, hará lo que sea para tenerla. No pienso permitirlo.

Dimitri pareció estar maquinando una buena respuesta, pero al final sacó de su cajón un libro de cubierta roja y lo puso sobre la mesa. Era el primer tomo del Historial.

—A pesar de los registros en los que tanto he trabajado —explicó, dado que él había escrito gran parte de ellos—, debo confesar que son... inexactos.

—Sí, como mínimo —comentó Adam, pero cuando Dimitri le lanzó una mirada fulminante se quedó callado.

—Yo fui quien los encontré robando el elixir en ese entonces, yo los detuve. Esa parte es verdad. Lo que nadie sabe es que, cuando se los llevé a Jean-Philippe a su despacho, me pidió que los llevara lejos y que coordinara el traslado de la sociedad a una nueva ciudad. Quería que los Sullivan no pudieran encontrarnos nunca más. Sin las dosis diarias de S-22, como ya sabemos, en menos de tres días sus órganos dejarían de funcionar y morirían arrepentidos de haber traicionado a quien les había

dado todo. Sí, eso dijo Jean-Philippe frente a mí y frente a ellos..., pero inmediatamente después sacó un revólver y les disparó. Ocurrió de la nada, como si lo hubiera dominado un impulso. —Dimitri negó con la cabeza—. Estaba en una mala noche, de esas que lo aturdían, lo desestabilizaban y lo dejaban deprimido al día siguiente por ponerse a recordar su pasado. En todo caso, luego de dispararles, sonrió como si matarlos le causara satisfacción...

Se interrumpió, y no era para menos. Todos los que habían sido testigos de los arranques de locura de Jean-Philippe decían que podía ser muy benevolente y comprensivo en un momento, para convertirse en un ser violento un instante después. Por alguna razón Adam imaginó a Jean-Philippe en estado de desesperación, con la melena revuelta, los ojos rojos, los labios formando una sonrisa y un revólver que echaba humo sobre un escritorio después de matar.

—Saqué a Mary y a Roy de su despacho mientras sangraban. Le aseguré que estaban muertos y que dejaría sus cuerpos en donde no llamaran la atención —siguió Dimitri—. Pero mentí. En realidad, estaban inconscientes y con heridas graves, pero vivos. Los llevé en mi auto hasta la entrada de un hospital... Eran muy unidos a pesar de su carácter y de sus intenciones, y no creí que merecían que se los desechara como si fuesen basura. Al menos si los médicos los cuidaban, podrían pasar juntos sus últimos días. No supe más de ellos; pasado un tiempo asumí que habían muerto por la abstinencia, y cambié un poco lo que había pasado para escribirlo en el Historial. En todo caso, me dediqué a mudar la sociedad a Londres y luego a París, y más tarde de regreso a Edimburgo. —Cansado, se acomodó en su asiento—. Me llevé una sorpresa cuando hace unas semanas Roy y Mary aparecieron en una de las grabaciones de las cámaras de seguridad de nuestras propiedades. Eso explicaba por qué hace tanto que desaparecen muestras del S-22 todas las semanas. Jamás imaginé que ellos habían logrado sobrevivir. Aún no sé cómo lo hicieron.

Sentado frente a Adam, Dimitri lucía un tanto demacrado, y el cuello se le movía a medida que tragaba saliva intentando recomponerse. Adam se preguntó si los Sullivan sabían lo que Dimitri había hecho por ellos. Probablemente no. Lo vio levantar la mirada.

—No estoy orgulloso de mis acciones, pero en esos momentos Jean-Philippe tenía el poder absoluto sobre todo lo que ocurría, sin importar quién estuviera en desacuerdo. Creaba el S-22 y nos tenía a todos a su merced. No se pensaba en crear nada parecido al Directorio para controlar la sociedad, mucho menos a él. Ni por asomo. Pero supongo que las cosas cambian.

Era cierto. El tiempo había demostrado que Jean-Philippe era capaz de cosas terribles, y la sociedad había tenido que tomar medidas para

contenerlo. Había creado el Directorio, que era neutral y debía mantener la estabilidad y la supervivencia de sus miembros. Este órgano era el que había aislado a Jean-Philippe durante un tiempo prolongado, pero sin que dejara de producir S-22, con la esperanza de que se reformara. Adam nunca había comprendido por qué de repente, hacía poco tiempo, Jean-Philippe había sido liberado para emprender una misión. Desde entonces, no se había sabido mucho de él.

—Entonces, la misión secreta de Jean-Philippe... tenía que ver con los Sullivan —dijo, atando cabos.

Dimitri asintió.

—El Directorio le dio la oportunidad de ir por ellos y eliminarlos, como forma de probar que había cambiado.

—Sí, claro. No solo estoy seguro de que no puede ser otro tipo de persona, sino que me preocupa que hayan decidido enviarlo de cacería cuando es nuestra única fuente de S-22. Nadie más ha conseguido recrear el elixir. ¿Y si lo mataban?

—Jean-Philippe estaba teniendo buenos resultados en el tratamiento. Incluso su entrenamiento requirió solo seis días.

—¡Seis días! —Adam repitió, incrédulo—. ¿Dos décadas encerrado en la habitación de aquí arriba, la mitad de eso con electroshock, y sale solo con un arma en menos de una semana?

Hizo un gesto hacia el piso superior, donde Jean-Philippe había cumplido gran parte de su tiempo en el encierro. Realmente era impensable que se hubiera recuperado en seis días considerando el estado en el que quedaba después de cada sesión, hecho una madeja sobre la cama, acurrucado, sudoroso y confundido. La terapia con Dimitri era desgastante, pero cada vez que la máquina de electroshock salía de ese cuarto, no se oía nada de Jean-Philippe al menos por las siguientes doce horas.

—Presentó un plan convincente y pasó todas las pruebas —insistió Dimitri con calma, como reforzando un discurso—. No me gusta, pero tampoco puedo cuestionar al Directorio. El objetivo subyacente también era salvaguardar la integridad del Historial, donde se había registrado la muerte de Mary y de Roy. Es una de las pocas cosas en las que se debería poder creer ciegamente.

Adam se quedó mirándolo, tratando de seguirle el hilo.

—Entonces, matar a los Sullivan permitió ocultar que cometiste errores a

propósito en el Historial.

—Ya me he llevado mi reprimenda. Y se trata de «errores» en pos de un bien mayor —declaró Dimitri, como dando punto final a la conversación al respecto.

Adam sintió un pequeño puntazo en el pecho: una mezcla de remordimiento y rencor. Era una combinación que no le gustaba, pero con la que había aprendido a convivir. Sobre todo, cuando le echaban en cara que se quejaba de conspiraciones pero que él mismo participaba de algunas de ellas a conciencia.

—¿Qué pasará con Jean-Philippe? —quiso saber, dejando atrás el tema de las especulaciones.

—El Directorio analizará su situación y definirá su futuro. Sería lógico que le otorgaran un tiempo de reflexión en su viejo cuarto de reclusión. Solo hay un hecho indiscutible: fue su arma la que mató a los Sullivan en la casa de Aberlady.

Adam recordaba a la perfección cómo Jean-Philippe había defendido esa versión, pero no podía creerlo. No quería hacerlo.

—No —dijo, pinchándose la nariz—. Imposible. Tiene que haber sido Joel, o Gabrielle antes de que la golpearan.

—La evidencia es concluyente. Aunque suene increíble, Jean-Philippe hizo algo bueno y los protegió —murmuró Dimitri y su voz tenía un dejo de malestar—. Adam, tienes que aceptarlo por una vez, no cometer tonterías como tratar de matarlo.

—Tú no entiendes. Tenía a Gabrielle en brazos...

—Podría estar besándola si quisiera, pero no puedes ponerle un dedo encima. Sabes bien que son órdenes del Directorio y, sin embargo, te encontraron con una pistola cargada en la mano y una bala que tú disparaste. ¿Entiendes lo que hubiera pasado si le dabas? Incluso por error, hubiera sido el fin del S-22. —Una arruga se le dibujó en la frente a Dimitri, y de pronto pareció un poco más viejo que los cuarenta y tantos años que llevaba encima—. Casi te llevas a toda la sociedad contigo. Casi hieres de muerte a Jean-Philippe Dubois y nos matas a todos...

—«Casi». Esa es la palabra clave —puntualizó Adam—. ¿Y qué es este doble estándar moral que me lanzas? Yo no puedo dispararle por nada del mundo, ¿pero otros sí pueden encerrarlo y torturarlo o enviarlo a una misión con poco entrenamiento y el cerebro frito? Te juro que no entiendo

la lógica del Directorio.

—Aun así, no puedes hacer lo que hiciste. ¿Está claro?

Adam apretó los apoyabrazos de la silla, con una rabia que luchaba por salirse del pecho.

—Está claro, pero lo detesto. Detesto todo esto. Depender de Jean-Philippe, de lo que hace. De verdad quisiera...

—Volver el tiempo atrás, es obvio. Pero no se puede. Tú elegiste formar parte de esta sociedad, al igual que los demás.

Ya sin argumentos, Adam cerró los ojos con fuerza y recordó el loco momento en que había firmado el contrato.

—Fue por necesidad. No entendía lo que significaba —dijo.

—Ninguno de nosotros lo sabía en ese entonces.

Ambos meditaron, y Adam dijo, apesadumbrado:

—Dimitri... Sé que muchas veces sueño como un desquiciado y que muchos piensan que lo estoy, pero tú me tomas en serio, ¿verdad? No importa cuánto discutamos estas cosas, me crees. No importa cuál haya sido su tratamiento, Jean-Philippe sigue siendo una persona inestable y, tarde o temprano, explotará y arrastrará a otros hacia su propia locura, como lo ha hecho siempre. —Tragó saliva—. Ha cometido los crímenes más atroces de esta sociedad dejándose llevar por sus impulsos. Puede ser el único capaz de crear S-22, puede que lo necesitemos para sobrevivir, pero no puede estar por sobre las reglas.

Sabía que se repetía a sí mismo en ocasiones, pero los aliados para desenmascarar a Jean-Philippe no eran fáciles de encontrar en un sitio en donde todo se iba al demonio sin él. Dimitri asintió con preocupación y respondió:

—Siempre he estado de acuerdo contigo. Nada ha cambiado. Pero quiero que te mantengas tranquilo, porque hay que tener paciencia. Tienes que concentrarte en Gabrielle y en Joel... y también en Papá Michael, que está en la enfermería.

Adam frunció el entrecejo al oír ese nombre.

—¿Michael? ¿Qué tiene que ver él en todo esto?

Serio, Dimitri abrió la carpeta con la que había entrado. Adam reconoció de inmediato las fotos del interior de la casa de Aberlady. Había de Mary y

de Roy muertos, una de Joel tomándose el brazo, otra de Gabrielle inconsciente, la suya propia en el piso luego de que lo habían golpeado... y, por último, la de un hombre tirado en una cama. Llevaba un traje negro que estaba manchado de sangre, como las sábanas a su alrededor. Su piel oscura estaba cubierta de una fina capa de sudor, la única señal de que aún estaba vivo.

—Lo encontramos en la habitación. Parece que él también estuvo ahí y peleó contra los Sullivan —explicó Dimitri—. Hubo que aplicarle varias dosis de S-22. Perdió mucha sangre, pero debería despertar pronto. Por lo pronto está estable.

Adam no pudo decir palabra alguna mientras Dimitri sacaba del cajón del escritorio un talonario de papeles amarillos. El terapeuta tomó un bolígrafo y escribió «Adam Levingston» en la ficha. Luego siguió garabateando mientras hablaba.

—Este es mi diagnóstico oficial: sufriste un colapso nervioso debido al escenario violento que afectaba a la integridad física de tu hermana. Te tomarás dos semanas de vacaciones obligatorias para descansar y recuperarte, y solo después podrás regresar a tus actividades diarias. Eso es todo.

Firmó el papel al final y luego volvió a sacar algo del mismo cajón de antes. Esta vez se trataba de un paquete de plástico transparente que contenía un frasquito de líquido celeste con una jeringa y una bandita, igual al que los Sullivan habían intentado robar. Sin embargo, Adam no hizo ademán de aceptarlo. La dosis de S-22 quedó en la mesa, a media distancia entre ambos.

—El golpe en la cabeza no es nada —se justificó.

—Lo sé. Esta es tu dosis diaria. —Dimitri desplazó el paquete un poco más cerca de Adam en el escritorio—. ¿Quieres proteger a Gabrielle? Entonces tómala. Es la única forma.

Adam detestaba aquella porquería, pero sabía que era cierto: se trataba de un mal necesario que lo acompañaría por el resto de sus días si pretendía evitar la muerte. Cuando vio que Dimitri sacaba otro paquete del cajón y se remangaba la camisa, tomó el que había quedado sobre el escritorio de mala gana. Ambos armaron las dosis casi a la vez bajo una atmósfera de resignación. Al final se llevaron la jeringa al brazo y se inyectaron en silencio. A esta altura debían tener la piel llena de pinchazos, pero como el S-22 regeneraba tejidos y órganos con rapidez, conseguía disfrazar lo de que de otra forma hubiese sido tildado por cualquier experto como una adicción grave a los estupefacientes.

Cuando acabaron, Dimitri asintió y arrojó lo que había quedado de los paquetes a la basura. Al regresar, tomó el papel amarillo, fue hacia la salida de su despacho y le hizo un gesto a Adam para que se acercara.

—Alexander te acompañará —murmuró, y abrió la puerta.

El joven Alexander había estado aguardando al otro lado. Era uno de los dos expertos en seguridad que quedaban en la sociedad y se dedicaba también a hacer desaparecer cadáveres cuando alguien desobedecía las reglas. Sin embargo, era difícil de odiar, con sus ojos vivarachos y su actitud cálida, propia de alguien que podía sentir compasión. Dimitri le entregó el papel y los despidió.

Así, Alexander y Adam emprendieron la marcha. Al llegar a las escaleras, Adam pasó junto a la biblioteca, una pequeña habitación repleta de tomos de color que correspondían a obras sobre psicología, geografía, historia, literatura y ciencia. Le molestaba estar cerca de allí, considerando que Jean-Philippe había sido un ávido lector durante las dos décadas que había pasado encerrado en la habitación del piso superior.

Bajó las escaleras junto con Alexander. Aunque el trabajo de este también consistía en evitar que la gente se escabullera, solía ir a la par de sus acompañantes como un colega más.

—Lamento haberte golpeado —dijo, con una pequeña sonrisa a modo de disculpa, y se retrasó un instante, como si analizara algo en la cabeza de Adam—. Mmm. Tu nuca no se ve bien.

—Acabo de inyectarme. Sobreviviré —respondió Adam, sin mirar atrás. Sintió que el otro lo alcanzaba con rapidez de nuevo.

—De todas maneras, lo siento. —La pena de Alexander era palpable en su voz trémula—. Ni bien te vi con el arma en la mano, tuve que dejarte inconsciente. No tuve otra opción. Parecías... fuera de ti. —Hizo una pausa—. Quisiera entender. Yo nunca he tenido una relación muy cercana con Jean-Philippe, pero siempre recuerdo que, si estoy aquí, vivo y joven en lugar de viejo y enterrado, es por el S-22 que él creó. Para mí, eso es suficiente. Nunca me atrevería a hacer nada contra él.

—Me alegro por ti —respondió Adam, sin mirarlo mientras apuraban el paso—. Ojalá pudiera verlo de la misma forma..., pero no puedo, y quizás algún día te pase lo mismo.

Se detuvieron al final de las escaleras y el joven lo contempló, apesadumbrado. Adam no pretendía ser duro, pero todavía había personas nuevas como Alexander que seguían embelesadas con la perspectiva de vivir para siempre, y no tenían idea de lo frágil y sombrío que eso podía llegar a ser. Estaba a punto de darse la vuelta cuando

Alexander lo detuvo.

—Puedo llevarte con Papá Michael si quieres.

—Pero se supone que debo esperar a Gabrielle afuera —dijo Adam. Alexander solo se llevó las manos a la espalda y se encogió de hombros.

—¿Y qué? De todas maneras, no se le tomará declaración.

Miraba a Adam con una intencionalidad cristalina, como si deseara ofrecerle algo bueno para compensar cómo lo había tratado, y Adam asintió. Alexander lo acompañó hasta una puerta precedida por una pequeña y horrible alfombra azul, y le hizo un gesto para que avanzara a su lado. Adentro, Adam se encontró con una habitación dividida en secciones por barrales con cortinas blancas, cada una de esas áreas podía albergar a un miembro agonizante de la sociedad.

Alexander fue hasta el final de la enfermería y describió la última cortina para descubrir la cama en la que yacía Papá Michael, acostado sobre un costado del cuerpo y dándole la espalda. Era increíble pensar que el tipo herido y rodeado de sangre de la fotografía era el mismo que parecía dormir plácidamente, casi roncando, como si nada hubiera pasado.

—Te esperaré afuera —dijo Alexander, y se retiró sin más.

Una vez solo, Adam quiso rodear a Papá Michael para intentar ver su rostro, pero entonces notó que en el pequeño pasillo que quedaba entre la cama y las cortinas, había una silla. Alexander había sido quien seguramente había colocado allí las ropas de Papá Michael, limpias y dobladas con cuidado. Adam se aproximó y tomó el sombrero que descansaba por sobre las prendas. Al tocarlo, sintió que cuidar de ese objeto era la primera cosa buena que había hecho en las últimas horas.

—¿Qué diablos hacías en Aberlady? —dijo una voz ronca detrás de él, y se sobresaltó.

Adam se volvió lentamente hacia Papá Michael, que ahora estaba sentado en la cama con expresión soñolienta.

—Lo mismo podría preguntarte a ti —replicó—. ¿Estabas haciéndote el dormido?

—¿Eso qué importa? —murmuró el otro, hasta que Adam levantó una ceja—. Bien, bien. Desde hace un rato. Y en cuanto a la otra pregunta que sé que vas a hacerme, fui a la casa de Aberlady porque Joel me dejó un mensaje. Dijo que era...

—Algo importante. Sí, a mí también me pidió que fuera. Nunca supe para qué y, cuando llegué, ya era todo un maldito desastre... —Adam se dio cuenta de que estaba estrujando un poco el sombrero y se sintió culpable. Se lo ofreció a su dueño sin pensarlo dos veces—. Lo siento.

—Gracias. —Papá Michael tomó su sombrero y lo observó de cerca, sacudiéndole algunas partículas que solo él podía identificar—. Maravilloso. Mis pertenencias han sido completamente manoseadas. Suena bastante inapropiado, ¿no crees? Los artículos personales deberían ser eso, «personales».

—Renunciamos a la libertad de opinar sobre eso hace mucho tiempo, por si no te acuerdas. Hasta tenemos escolta —murmuró Adam, que desde donde estaba podía ver a Alexander parado afuera junto a la puerta.

—Hey, no te metas con él. Al menos es cordial, dedicado...

—Sí, pero mata a quien le ordenen. A mí me golpeó, así que creo que tuve suerte.

—¡Pero es tan considerado el resto del tiempo...!

Se miraron el uno al otro con cierta complicidad y Adam soltó un resoplido. Algo le llamó la atención al reparar en las piernas de Papá Michael colgando de la cama.

—¿Medias amarillas? ¿En serio? —preguntó, señalándole los pies. La combinación entre la piel oscura y el color estridente no hacía más que resaltar la diferencia de tono.

Papá Michael hizo un gesto, como si nadie entendiera nada.

—Se llama tener estilo, ¿sabes?

—Tal vez en los setenta.

—Podrías aprender un poco. Te ayudaría con las mujeres.

—Estoy bien así, gracias —aseguró Adam, acordándose de que no volvería a ver Erica nunca más.

—Sí, sigue diciéndote eso. —Papá Michael se puso de pie para ir a revolver la pila de ropa que estaba en la silla—. Imagino que ya sabes lo que pasó en la casa. Roy y Mary nunca murieron. El Historial miente. ¡Todo está al revés! —dijo, gesticulando con exageración—. Ojalá pudiera decir que esto no es normal...

Adam lanzó un suspiro, porque Papá Michael tenía razón.

—Resultó que eran los ladrones de S-22 que han estado atacando casas de la sociedad. La misión de Jean-Philippe consistía en hacerse cargo de ellos, pero salió mal. Y, aun así, eso no es lo más extraño —comentó Adam, y se cruzó de brazos—. ¿Qué arreglo tienes para que Dimitri te permita saltarte la entrevista mientras que yo tengo que declarar aunque solo haya disparado una bala y ni siquiera le haya dado a Jean-Philippe?

Papá Michael se volvió con los ojos grandes como platos.

—¿Casi le diste? —Su expresión era extraña—. Vaya, por un lado, estoy contento... y por el otro, horrorizado.

—No has respondido a mi pregunta.

—¡Qué insistente eres! Es una obviedad. Dimitri y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Ambos vimos a Jean-Philippe en todas sus facetas, desde el esplendor hasta la locura. Disculpa, pero creo que esas experiencias traumáticas te unen a alguien de por vida —dijo Papá Michael, haciéndose el ofendido. Entonces tomó su camisa de la silla, pero antes de colocarse la primera manga observó uno de sus brazos, donde tenía pegada una bandita—. Oh, maldita sea. ¿Me inyectaron?

—Varias veces.

—¿Y tú los dejaste pincharme así nomás?

—¿En qué momento se suponía que iba a impedirlo? No escuchaste nada. ¡Me noquearon para que no le disparara a Jean-Philippe y me arrastraron hasta aquí para interrogarme! Y para tu información, yo también tuve que darme una dosis.

—Jugaron con mi vulnerabilidad—se quejó Papá Michael, ignorándolo mientras se abotonaba la camisa con bronca—. Podrían haber hecho cualquier cosa conmigo....

—Si no te obligan a hablar después de haberte encontrado agonizando y además curan tus heridas, dudo que pretendan que estires la pata. ¿Ahora quieres calmarte?

—Eso dice el rey de la tranquilidad.

Papá Michael resopló entre dientes mientras se ponía el pantalón. Adam negó con la cabeza.

—Has tenido cien años para cultivar la paciencia. A esta altura, deberías

vivir en estado zen, pero no, eres un abuelo quejoso...

—¿Abuelo?! —repitió Papá Michael, escandalizado mientras metía los pies en los zapatos—. Mira mi piel, la gente con suerte me da cincuenta. Me he mantenido muy bien, y además tengo buen gusto —agregó, con un dejo de orgullo mientras se ponía el saco y luego el sombrero—. No tendrás mi experiencia, pero tienes un carácter que vale por doscientos años. A mi modo de ver, yo soy un hombre joven y tú, un joven anciano. Por eso hacemos un buen equipo.

Aunque la conclusión lo dejaba mal parado, Adam no sentía deseos de discutir. La familiaridad de sus intercambios siempre conseguía hacerlo sentir en casa. Ayudó a su amigo cuando este le pasó un brazo por detrás del cuello, y lo dejó apoyarse para sostenerse como si no hubiesen estado peleando un segundo antes.

—¿Qué pasó con los demás? —inquirió Papá Michael, mientras comenzaban a avanzar hacia la puerta.

—Gabrielle y Joel tienen que declarar. Ambos están heridos... Ah, y Jean-Philippe mató a los Sullivan.

Papá Michael se detuvo en seco.

—Estás bromeando.

—Ojalá —masculló Adam.

—Me dejaron inconsciente antes de eso, no pude verlo —respondió Papá Michael, chistando—. Y ahora él quedará como un héroe en el Historial.

Así, indignados, salieron al encuentro con Alexander para dirigirse los tres hacia la salida de la vivienda. Si bien la llamaban «la oficina» o «la sede», en realidad por fuera era todo menos eso. Se trataba de una casa rústica de tres pisos junto a una construcción similar pero más pequeña que se usaba a veces para dormir. En el medio de la nada y rodeada por la naturaleza en las afueras de Edimburgo, no llamaba demasiado la atención.

Afuera, la madrugada estaba fría, oscura y, sobre todo, silenciosa. Alexander pasó tres camionetas negras de lado y continuó hacia los autos estacionados a un lado del camino de tierra.

—Pueden tomar el Corsa —anunció, deteniéndose—. Aquí tienen la llave —dijo Alexander.

Adam la aceptó, pero también aclaró:

—Nos quedaremos aquí hasta que salgan Gabrielle y Joel.

—Bien. Pero tienen que estar equipados, por su seguridad. —Alexander abrió su chaleco y extrajo dos celulares y dos pistolas cargadas de adentro. Se los pasó a Adam y Papá Michael, quienes aceptaron todo sin problemas—. Cuídense, ¿quieren?

—Lo haremos, muchacho —dijo Papá Michael, apoyándose sobre el auto y liberando así a Adam de su peso—. Y tú también cuida de todos aquí, ¿sí?

Alexander asintió, dio media vuelta y entró en la casona de nuevo. Adam se volvió hacia Papá Michael, que en ese momento intentaba acomodarse la pistola a la cintura.

—¿«Alexander, cuida de todos»? —repitió, molesto de repente.

—Estaba siendo amable. ¿Quieres dejarlo en paz? No tiene la culpa de nada.

—Lo sé. Jean-Philippe es el problema..., pero Alexander cree en él. No entiende nada.

—Él puede creer lo que se le dé la gana, y no estás en posición de juzgarlo. Todo el mundo tiene motivos diferentes para estar aquí.

Era verdad. Adam levantó la mirada hacia la casa, donde las ventanas del primer piso estaban iluminadas, y no pudo hacer más que pensar en su hermana. Se cruzó de brazos y suspiró con pesadez, sabiendo que aquello iba a tardar. Papá Michael pasó a su lado en dirección al auto, y sus pasos sobre la tierra sonaron por sobre el viento que acariciaba las hojas de los árboles.

—Gabrielle solo está declarando. No te pongas ansioso.

—No lo estoy —se defendió Adam de inmediato.

—Sí, claro... —murmuró Papá Michael, y se metió en el asiento del acompañante con una expresión de escepticismo.

Capítulo 3

3

—Toma asiento, por favor. Joel está bien y por ahora necesita descansar. Cuando hayamos acabado, podrás reunirte con él —explicó Fred—. Tenemos mucho de qué hablar, ¿no crees?

Gabrielle se pasó una mano por el pelo alborotado. Sentía que necesitaba un baño, pero eso era lo de menos: no estaba motivada a tener aquella conversación, y menos en ese lugar, apenas alumbrado por una lámpara que colgaba del techo y con la luz de luna que se colaba por la ventana abierta. Al igual que muchos de sus compañeros, no sentía ninguna simpatía por aquella sala vacía e impersonal en la que solo había una mesa y dos sillas horribles. Si bien cumplían la función, no invitaba exactamente a que la gente se abriera a tener una charla honesta en un ambiente relajado.

—¿Cuánto le dieron a Joel? —preguntó Gabrielle, cruzándose de brazos y aún de pie junto a la mesa. Fred la observó tras sus lentes redondos con una mirada curiosa, como si ella fuera un ratón de laboratorio—. Es mi pareja y tengo derecho a saber, así que puedes ahorrarte el análisis sobre cualquier motivo oculto al respecto. Fred, ¿cuántas? No me hagas repetirlo o te juro que me iré ahora mismo, y al diablo con las formalidades.

A pesar de sus exigencias, Fred no respondió de inmediato. Se reclinó en la silla, suspiró y aguardó en silencio. Gabrielle estaba a punto de insistir cuando lo vio levantar el dedo índice.

—Una sola dosis. Concentrada —lo oyó responder al fin—. Lo suyo no era tan grave.

Ella soltó un suspiro.

—¿Y Papá Michael? —inquirió, y Fred fue levantando un dedo tras otro—. ¿Una, dos? —Ya era para preocuparse, hasta que él levantó otro dedo—. ¿Tres dosis? ¿Estás bromeando? Dios...

—La cama en la que lo encontramos estaba repleta de su sangre, y él apenas respiraba. En cuanto a tu hermano...

—¿Adam? ¿A qué te refieres?

Gabrielle no había oído nada de él. Hasta donde ella sabía, no tenía nada que ver con lo que había pasado esa noche.

—Bueno, digamos que Alexander le dio un buen golpe justo antes de que pudiera meterle una bala a Jean-Philippe y matarnos a todos... incluso a ti. Todo porque sigue con esa loca idea de que nos hará daño. A eso le llamo «velar por la familia»... Ahora está reunido con Dimitri. ¿No es gracioso cómo se las arreglan para que nunca me toque entrevistarlo a mí? Qué conveniente.

El comentario no llamaba la atención viniendo de Fred, que siempre había hecho de contrapeso de Dimitri a la hora de tomar decisiones, dado que los dos se dedicaban a analizar a los integrantes de la sociedad de una forma muy diferente. Además, Fred tenía un buen argumento: Adam se había dedicado fervientemente a esparcir rumores desde hacía mucho tiempo, cuando la sociedad tenía bastante más de la decena de miembros que quedaban. Según él, Jean-Philippe era peligroso y sentía una afinidad más que enfermiza por Gabrielle. Sin embargo, todo el mundo sabía que Adam era bastante obsesivo también, por lo que no habían dado crédito a sus historias siempre y cuando Jean-Philippe continuara produciendo el S-22. A ella le salían canas de tan solo pensar en las veces en que lo había oído jurar que la defendería de las maniobras del malvado creador del elixir, maniobras que pretendían atraerla y arrastrarla a la locura como si fuera una niña y no pudiera discernir entre lo bueno y lo malo.

Gabrielle apretó los brazos cruzados contra su cuerpo, pensando en lo que había pasado, y se aproximó a la ventana. Afuera, los árboles se mecían al compás del viento y no se veía a nadie junto a los autos estacionados junto al camino.

Podía imaginarse a un grupo de personas tramando cómo esconder el hecho de que Roy y Mary Sullivan estaban vivos. Al fin y al cabo, no era tan sorprendente. Había conspiraciones mucho más grandes que esa, ¿verdad? Había gente que sabía más de lo que debía sobre cosas mucho más importantes, incluso sin quererlo... y Gabrielle era una de ellas.

Suspiró, pensando en que los Sullivan eran solo dos nombres en una lista más larga, repleta de traidores a la sociedad. Suicidios, crímenes, intentos fallidos de robo acabados en asesinato... Todos bien podían ser mentira, o quizás ser verdades que ocultaban encubrimientos aún mayores. En todo caso, eran muestras de lo que generaba la idea de la inmortalidad si uno se dejaba llevar por ella. Había que andarse con cuidado.

—Tú y Joel se encontraban de vacaciones en esa maravillosa propiedad de Aberlady —continuó Fred, detrás de ella—. La construcción data de 1985... Creo que pasé allí una temporada cuando todavía me dedicaba a conseguir pacientes. Es una residencia clásica, con un aire de hogar que pocos poseen... casi mágico, diría. Las cortinas de tartán morado, sobre

todo. Yo sentía que cualquier cosa, por imposible que fuera, podría ocurrir allí. ¿Tú no?

Gabrielle se volvió hacia él y entrecerró los ojos.

—Ya veo. La arquitectura y el diseño de interiores te van a ayudar a psicoanalizarme.

—Gabrielle, intento establecer una conexión contigo, ¿podrías colaborar por una vez en tu vida...? —respondió Fred, irritado, y se interrumpió. Se quitó los lentes, los dejó sobre la mesa y se restregó los ojos con cansancio—. Son las dos de la mañana. Estaba durmiendo cuando me llamaron para determinar si habías sufrido un trauma o no. Hagámoslo rápido, ¿de acuerdo? Así todos podremos volver a la cama.

Esa era una idea que Gabrielle podía apoyar. Asintió y por fin se sentó a la mesa, frente a Fred.

—De acuerdo. Y no tengo un trauma.

Fred se colocó los lentes de nuevo y escribió «Gabrielle Levingston» en el talonario amarillo que tenía delante.

—¿Había algún indicio de que iban a ser atacados en los últimos días?

—No. Nada.

—¿Estás segura?

La mirada profunda de Fred era difícil de evitar, pero Gabrielle estaba dispuesta a contar la parte que menos le molestaba.

—Jean-Philippe me llamó —contestó. Fred lucía anonadado—. Llamó a eso de las once. Dijo que los Sullivan iban hacia la casa, cosa que por supuesto no esperaba. Además, no era un buen momento. Joel y yo estábamos en medio de una discusión... una de la que prefiero no hablar.

Bajó la mirada, apesadumbrada. Recordaba los últimos días y tenía que admitir que Fred tenía razón: vivir en esa casa tan tradicional en Aberlady había sido como probar una dimensión paralela en la que ella y Joel eran una pareja común y corriente.

Debería haberlo visto venir, pero como ocurría en tantas ocasiones, las señales le habían pasado desapercibidas. Primero, Joel había insistido en preparar la cena con demasiados nervios, y Gabrielle había cedido porque ambos sabían que ella era un cero a la izquierda entre ollas y sartenes. Después, Joel se había marchado a la tienda y, al regresar, había trabajado sin descanso, haciendo uso de unas desconocidas habilidades

culinarias. Al ver la preparación que había logrado, Gabrielle no pudo menos que asombrarse.

—Es «pasta» —murmuró cuando le descubrió el plato en una mesa ornamentada con flores frescas y vajilla de la buena.

—Sí —reafirmó Joel, parado junto a la creación que acababa de revelar. Por la forma en que había corrido por la cocina por dos horas enteras, cualquiera hubiera dicho que estaba preparando pato a la naranja—. Y no me levantes esa ceja.

—No lo hice —dijo ella y, tratando de adelantarse a lo que Joel podía contestar, agregó—: Y no me digas que me parezco a mi hermano.

—Entonces, Pruébalo —respondió Joel, acercándole el plato—. Si no te gusta, iremos a comer afuera.

Ella levantó la ceja, esta vez a propósito. Él frunció el entrecejo y sus ojos verdes brillaron por un instante.

—Veamos —dijo Gabrielle, y enrolló el espagueti con el tenedor para llevárselo a la boca. Entonces percibió los sabores y comprendió—. Oh, Dios... —balbuceó, hurgando entre los ingredientes de la salsa, maravillada—. Bien, me retracto. Es increíble. ¿Quién te dio esta receta?

—Google —confesó Joel sin pudor alguno y, cuando ella levantó ambas cejas, se inclinó para besarla con un afecto encendido. A veces era como si la química, que parecía esfumarse después de tantos años de noviazgo, renaciera para recordarles qué los había atraído el uno al otro en primer lugar.

Sin embargo, algo raro estaba pasando. Joel se separó de ella de repente, fue a buscar un vino a la alacena y cuando regresó a la mesa le temblaron las manos mientras lo servía en las copas.

—¿Estamos festejando? —preguntó ella, porque la etiqueta le había llamado la atención, y porque Joel parecía necesitar calmarse—. ¿Hay algo que deba saber?

Agitado, Joel dejó la botella sobre la mesa, se puso las manos en la cintura y se quedó ahí parado, apretando los labios. Gabrielle lo observó debatirse entre las dudas sobre lo que quería decir, lo cual nunca era una buena señal.

—Joel, me estás asustando...

Él lanzó un suspiro de hartazgo y soltó:

—Gabby, ¿quieres casarte conmigo?

Hubo un momento digno de una dimensión paralela en el que Joel sacó de su bolsillo un anillo y se agachó para ofrecérselo. Boquiabierta ante la gema que brillaba, Gabrielle entró en pánico, soltó los cubiertos y se levantó de la mesa.

—¿Qué?! —exclamó, casi gritándole.

Joel la contempló con los ojos bien abiertos, aún de rodillas.

—Dije que...

—Sé lo que dijiste —lo interrumpió ella, tratando de ordenar sus pensamientos—. Pero... ¿por qué? ¿Para qué? No entiendo... ¡No entiendo nada!

Vaya forma de responder. Gabrielle se arrepintió de sus palabras un segundo después.

—De hecho, es muy simple —dijo él. Parecía que los nervios lo habían abandonado para dar paso al enojo mientras se incorporaba—. Hemos estado juntos por diecinueve años. Te amo. Quiero pasar contigo el resto de mi vida. Estoy preguntándote si quieres lo mismo. —Hizo una pausa y se guardó el anillo—. Quizás fue una mala idea y no estemos listos. Tal vez nunca lo estaremos. En todo caso, si tienes que pensarlo, es evidente que se trata de un «no»...

—Yo no dije que no aceptaba. ¡Aún no he contestado nada!

—Tu reacción es respuesta suficiente. Está bien, no tienes que fingir. Si no quieres casarte conmigo, dilo y ya. No perdamos el tiempo. Me iré si quieres. Puedo juntar mis cosas esta misma noche y marcharme. Terminemos de una buena vez.

—¿De qué estás hablando? Solo necesito unos minutos para ajustarme a la idea...

—¿Estás segura? Porque solo necesitaste unos segundos para hacerme sentir como un idiota.

Se miraron largamente y, como siempre que eso sucedía, a Gabrielle le resultó a la vez aterrador y fascinante el estar junto a alguien que la conocía tanto, que le hablaba con sinceridad y, sobre todo, que podía aguantarla en momentos como ese. Joel despegó los labios, pero entonces

el celular de Gabrielle comenzó a sonar en su bolsillo.

—Será mejor que atiendas —dijo él, dándole la espalda y yendo hacia la sala, con las manos en la cintura. Era evidente que la llamada había empeorado las cosas, porque siempre decía que odiaba las interrupciones en momentos de pareja.

Ella imaginó que se trataría de una tontería, pero cuando vio quién llamaba supo que tenía que atender. Se retiró a la habitación para tener un poco más de privacidad, y allí respondió, pero Jean-Philippe habló primero. «Gabrielle, los Sullivan están cerca! Tomen sus armas...».

—Jean-Philippe te llamó —dijo Fred, regresándola a la realidad. Simplemente repetía, pensativo.

—Sí —confirmó Gabrielle, acordándose de que estaba en la entrevista reglamentaria—. Fue entonces cuando entendí que la misión que Jean-Philippe había emprendido tenía que ver con los Sullivan.

—Rompió el protocolo de comunicación por ti... Bueno, en realidad no debería sorprenderme.

Gabrielle podía ver venir el argumento que Fred iba a usar, pero aun así lo desafió a pronunciarlo.

—¿Qué intentas decir? —soltó.

—Lo obvio. —La mirada de Fred se ensombreció—. Siempre te ha tenido en un pedestal y te ha dado lo que querías, mientras que a los que le cuidamos sus pertenencias y lo complacemos nos deja a un costado. —Chistó con la boca, y sonrió con amargura. Carraspeó y continuó—: Entiendo que Joel y tú no tenían sus armas a mano cuando empezó todo, pero necesito detalles. ¿Cómo entraron los Sullivan?

Gabrielle, que por un momento había sentido lástima por Fred y por sus esfuerzos inútiles por agradar a Jean-Philippe, recordó lo que había pasado.

—Cuando yo estaba al teléfono, tocaron el timbre, y Joel fue a abrir. Los Sullivan se metieron en la casa armados y le exigieron que les entregara el S-22. Él hizo lo que le pidieron, pero ellos creían que les estábamos ocultando parte de las reservas que estaban guardadas allí, y comenzaron a golpearlo. Cuando me di cuenta, comencé a lanzarles cosas para distraerlos. Entonces Mary sacó un cuchillo y me hizo retroceder hasta la cocina, donde forcejamos. En un momento, vi que Papá Michael aparecía allí, pero entonces ella me tomó de la cabeza y me la golpeó contra la pared. Por suerte no me hizo tanto daño, pero quedé inconsciente. Supongo que después ella dejó a Papá Michael como lo encontraron.

—Hizo una pausa—. No sé qué pasó exactamente, pero por lo que me dices ahora, diría que Adam y Jean-Philippe nos salvaron.

Fred, que estaba tomando nota, levantó la mirada de su formulario amarillo.

—Tu hermano llegó cuando todo había terminado. Según las pruebas, fue Jean-Philippe quien mató a los Sullivan.

De modo que había sido él. Gabrielle suspiró, pensando en que Adam seguramente acusaría a Jean-Philippe de ser un malnacido de todas maneras...

—No soy estúpido —le advirtió Fred, acomodándose los lentes—. Sé que has preguntado por todos para saber cómo están, pero no por Jean-Philippe. Solo te diré que está recostado arriba y que parece encontrarse estable. Sabré más cuando lo entreviste.

Gabrielle concluyó que había dicho todo lo que tenía que decir.

—¿Cuándo podré ver a Joel?

—Cuando termine su entrevista. Tienes que tener paciencia.

—Eso es imposible —objetó Gabrielle, de pronto molesta—. La última vez que lo vi lo estaban golpeando sin piedad. Necesito hablar con él para confirmar que está bien. No puedes negármelo.

—Gabrielle, hemos hablado de esto... —Fred se restregó un ojo tras los lentes—. Es fundamental mantener el equilibrio de las emociones, mantener a raya los impulsos exacerbados...

—Siempre y cuando mi pareja no haya estado a punto de morir.

—Gabrielle miró a su interlocutor, lista para insistir—. Fred, por favor, dime que podré ver a Joel.

Fred no contestó; parecía algo irritado con la conversación. La miró por un momento, escribió algo en el papel amarillo, lo firmó y, a continuación, se levantó llevándose consigo. Fue hacia la puerta y la abrió.

—Alexander, puedes pasar —dijo, sin explicar nada más.

Se oyó el ruido de algo que se deslizaba, y entonces apareció Alexander trayendo a Joel en silla de ruedas.

—¡Joel! —exclamó Gabrielle, yendo a su encuentro. Lo observó de arriba abajo y vio que tenía el brazo y la cabeza vendados y la ropa y el pelo rubio oscuro manchados de sangre seca. Aun así, seguía siendo dueño de

aquellos ojos directos y espléndidos, y de esa actitud madura de siempre—. ¿Cómo te sientes?

Le sonrió, pero él desvió la mirada. Fue como si la rechazara.

—Debemos empezar con la entrevista —anunció Fred, y le dio a Alexander el papel amarillo que acababa de firmar.

—Sí, claro —murmuró Gabrielle, sin que le importara su propio diagnóstico, y volvió a notar cómo Joel evitaba mirarla. Entonces comprendió qué ocurría y supo lo que tenía que hacer. Se inclinó por sobre la silla de ruedas y le habló al oído en un susurro que solo él podía oír—. Sí. Mi respuesta final es sí. —Le plantó un beso suave en la mejilla, atravesó el umbral sin esperar su reacción y se apoyó en la pared del pasillo, lista para esperar a que terminara, con el corazón palpitándole con fuerza.

Joel la miraba con ojos iluminados desde la silla de ruedas, como absorto, y Gabrielle confió en que había comprendido su mensaje. Alexander se acercó a la puerta para cerrarla y así dejar a Joel con Fred a solas en la sala. Luego se volvió hacia ella.

—No hay de qué preocuparse. Ya habrá tiempo para que puedan conversar.

«Mi respuesta final es sí». La voz de Gabrielle repitió la frase como un eco en la mente de Joel. Tras analizar los escenarios posibles, él había concluido que existían iguales probabilidades de que Gabrielle lo rechazara y de que aceptara casarse con él. Tal vez había sido la atmósfera tranquila de Aberlady o las vacaciones románticas, pero mientras caminaba por las calles en busca del anillo Joel se había convencido de que ella no iba a echar por la borda tantos años de noviazgo. Había sido tan ingenuo: Gabrielle era complicada e imprevisible y eso nunca iba a cambiar. Extrañamente, amaba eso de ella. Que se sobresaltara y no quisiera saber nada de un compromiso en realidad no era sorprendente, pero tampoco lo era que ahora de pronto quisiera reivindicarse. Ella se movía entre extremos: o todo o nada.

El problema no era que hubiese dicho que sí después de negarse. El problema era que ella había aceptado después de un episodio violento, y eso nunca era bueno. El tomar una propuesta de casamiento luego de una situación de vida o muerte usualmente terminaba siendo un intento

desesperado por sentirse acompañado, y esa había sido una constante en la sociedad durante su historia. Muchos hombres y mujeres habían recorrido un camino juntos sin sentir afecto real el uno por el otro, y a Joel no le gustaba que se conformaran con él a falta de algo mejor. Si alguien le prometía quedarse a su lado por el resto de su vida, tenía que ser en serio.

Se encontraba reflexionando sobre el tema cuando Fred, que estaba al otro lado de la mesa, golpeó el talonario de formularios con el bolígrafo para llamar su atención.

—¿Duele? —preguntó, y Joel notó entonces que se había estado acariciando el brazo vendado mientras pensaba.

—No —respondió, acomodándose en su asiento—, el S-22 hizo su efecto. Le dije a Alexander que no necesitaba la silla de ruedas, pero insistió en traerme aquí.

—Le preocupas. Aunque, bueno, a Alexander le preocupa todo el mundo.

Era cierto. Alexander podía encargarse del trabajo sucio, pero también era quien generalmente se ocupaba de los funerales de quienes no tenían parientes. La sociedad era su familia y era lo menos que podía hacer, según él mismo decía. Hasta a los enemigos que mataba les proporcionaba una tumba decente. Joel lo había visto una vez incluso cavar una tumba para un gato que había sido un daño colateral en una misión.

Fred se aclaró la garganta y dijo:

—Bueno, pasemos a las preguntas específicas. Es de madrugada y creo que tanto tú como yo queremos ir a descansar. ¿Viste o no a Jean-Philippe utilizar su arma contra Roy y Mary Sullivan? Como siempre, sería bueno que hubiera testigos.

Eso era fácil. Joel se acordaba a la perfección de la sensación de alivio al ver la sangre correr por el piso, aunque también eso le hacía sentir asco de sí mismo.

—Sí, fue él —concluyó—. Pero solo lo vi matar a Roy.

—Gracias por la confirmación. —Fred se acomodó los lentes y comenzó a escribir en el formulario amarillo de más arriba, junto con su nombre—. ¿Tienes idea de por qué Adam estaba en la casa? Es como si hubiese estado ya en Aberlady, de lo rápido que llegó. Pregunto porque nunca reportó sus movimientos fuera de Edimburgo, y sabes que esa es una de

las reglas.

Joel se restregó los ojos para liberar la tensión. A veces parecía que a Fred le gustaba hurgar en cuestiones que exponían a Adam, que no paraba de hablar mal de Jean-Philippe..., pero también era casi imposible determinar si Fred era amigo de alguien o si trabajaba solo para su propio beneficio.

—Sé que va a sonar raro —explicó Joel—, pero Gabrielle lo echaba de menos. Ya sabes cómo es: al principio no quería reconocerlo, pero logré que se diera cuenta de que lo extrañaba. No quiso llamarlo, así que lo hice yo a sus espaldas. Quería darle una sorpresa trayendo a su hermano a cenar. Hasta preparé yo la comida, y debo decir que la pasta me quedó bastante bien.

Se acordó del rostro ceñudo de Gabrielle cuestionándole sus habilidades en la cocina, de su expresión sorprendida al probar el plato de pasta, y del beso que él le había plantado antes de ir a buscar la botella y soltar la propuesta. También recordó el llamado de Jean-Philippe, y eso le molestó.

—¿Qué hay de Papá Michael? —siguió Fred.

—También lo invité. Lo consideramos parte de la familia. Además, es el único que puede llegar a tranquilizar a Adam si se mete en una pelea con Gabrielle. Yo quería una noche serena y pensé que era mejor prevenir que curar.

Sonrió con una expresión sincera, esa que le salía tan bien, y, cuando Fred se puso a escribir, Joel supo que lo había logrado: una vez más, había mentido sin que se le moviera un pelo.

—De más está decir que lo que ocurrió debe quedar entre nosotros —aclaró Fred, y Joel asintió—. La reputación del Historial debe quedar intacta, nadie puede saber sobre este... error. Lamento no poder darte más información sobre esa misión que ahora está concluida. ¿Algo más que consideres importante?

Joel se encogió de hombros, repasando los hechos en su cabeza. ¿Algo importante como que le había dado un anillo de compromiso a Gabrielle? Palpó su bolsillo por instinto y un escalofrío le recorrió la espalda. Fred levantó la mirada de sus papeles.

—¿Qué sucede? ¿Buscas algo?

Joel sacudió la cabeza y dejó la mano sobre la mesa.

—Solo creo que olvidé algo en la casa... Pero no importa —dijo, pensando en que había perdido el anillo en la casa de Aberlady y en que era evidente que no iba a recuperarlo si ya habían quemado todo allí.

—Entonces, hemos terminado —dijo Fred, y se levantó con sus formularios amarillos para dirigirse hacia la puerta—. ¿Necesitas tu dosis diaria?

—No, la que me dio Alexander fue suficiente. Estoy bien.

Joel se incorporó de la silla de ruedas y extendió el brazo para mostrarle una bandita pegada allí. Luego se quitó la venda de la cabeza, y la echó en un tacho de basura. Aunque vio que Fred asentía conforme, le pareció que esperaba que dijera algo más. Aun así, no dijo nada y abrió la puerta. En el pasillo todavía estaban Gabrielle y Alexander, charlando mientras esperaban.

—¿Lo ves? Te dije que la silla era solo por prevención. Él ya me había dicho que no la necesitaba —la tranquilizó Alexander, y le puso una mano en el hombro a Gabrielle antes de tomar el papel amarillo que Fred le ofrecía—. Bien, otra suspensión de dos semanas. Vamos, chicos. Los acompañaré al auto.

Los tres salieron al pasillo, dejando a Fred en la sala. De pronto Joel sintió la mano de Gabrielle que tomaba la suya y se desprendió de ella con rapidez, separándose en el trayecto y dejándola atrás. Entonces Gabrielle levantó la voz.

—Alexander, tengo que hablar de algo con Joel. Por favor.

El joven, que iba delante de ellos dos, se volvió y pareció extrañado. Sin embargo, un instante después miró a su alrededor, como buscando si alguien los observaba.

—Entiendo. Mejor que sea en la biblioteca. Esperaré aquí.

—Gracias, de verdad —dijo Gabrielle, y tomó a Joel del brazo para llevarlo hacia la biblioteca, que daba al pasillo.

Lo arrastró sin darle ninguna explicación entre los sillones y las estanterías repletas de lomos multicolor, obligándolo a pararse en un rincón que a Joel le generaba un profundo malestar. En los últimos años, Gabrielle y Jean-Philippe habían pasado mucho tiempo leyendo y conversando allí bajo la mirada atenta de Alexander. En muchas ocasiones, Joel se había sentado lejos para observarlos, fingiendo que algún libro capturaba su interés. Nunca había sido una persona celosa,

hasta que había conocido a Gabrielle.

—¿Qué pasa? —inquirió él, tratando de controlar el deseo de moverse hacia otro lado de la sala.

Gabrielle se inclinó para hablarle en susurros.

—Eso me gustaría saber a mí. ¿Escuchaste lo que te dije al oído antes de que entraras a tu entrevista?

—Por supuesto que sí.

—Pero estás distante. Hasta me acabas de soltar la mano.

Joel la miró a los ojos y suspiró.

—Por supuesto que sí. Me dijiste que aceptabas después de que casi nos mataran. No se supone que deba funcionar así, como si fuera un deber o una consecuencia del miedo.

—No entiendo...

—Gabby, no debería tener que explicarlo —la interrumpió Joel, intentando no sonar tan irritado como se sentía—. Siempre has tenido temor de morir si dejas el S-22 y eso afecta a todas tus decisiones. Te pedí que te casaras conmigo. No quiero juegos, prefiero que seas sincera sobre lo que quieres hacer.

—Lo soy. Al principio me tomó por sorpresa y por eso reaccioné mal. No me lo esperaba, considerando que está prohibido que nos casemos.

—Gabrielle frunció el entrecejo y se cruzó de brazos, señal de que ahora ella era la ofendida—. Además, tú sigues las reglas...

—Bueno, pero esta vez no. No cuando se trata de nuestra vida personal. Es ridículo, tienes que admitirlo.

Se aproximaron el uno al otro, y Gabrielle se quedó pensativa. Sus ojos oscuros e intensos indicaban que estaba tramando algo.

—Le diré a Alexander que necesito hablar con Jean-Philippe cuando se recupere.

—Claro. «Justo» como me lo imaginaba —soltó Joel con un resoplido. De verdad, a veces ella no medía lo que decía.

—¿Y qué tiene de malo? Sabes que no hay otra opción que decirle lo que queremos hacer. Además, puedes estar seguro de que nos dará su

bendición.

—Sí, porque se trata de ti. Contigo hace todas las excepciones que niega siempre a los demás —explicó él, y se sintió aliviado apenas lo dijo. Aun así, notó que Gabrielle lo contemplaba sin comprender.

—¿Eso no es exactamente lo que necesitamos en este caso? ¿No es bueno que nos permita celebrar nuestro matrimonio? Joel, no logro dilucidar cuál es el problema. Todo lo que tenemos es gracias a él.

—Pero no puede decidir sobre esto. No es con él con quien pasarás el resto de tu vida, Gabby. Si es que llegamos a eso.

Joel ya no sentía deseos de discutir. Sin decir nada más, salió de la biblioteca tratando de no pensar en lo bien que le hacía no estar más parado en aquel rincón con tantos malos recuerdos.

—Estamos listos —le dijo a Alexander ni bien llegó a la puerta.

—Perfecto. Síganme. Y si alguien pregunta, esa reunión en la biblioteca nunca ocurrió —agregó Alexander, guiñándoles un ojo.

Joel comenzó a seguirlo por el pasillo de nuevo, y escuchó los pasos de Gabrielle más atrás. Salieron de la casona en silencio, hacia una madrugada todavía oscura y con algunas estrellas en el cielo. El sonido del viento afuera era un deleite, pero cuando Alexander los acompañó al auto que iba a asignarles supo que esa calma no iba a durar. Apenas Gabrielle vio a Adam junto al vehículo, volvió a alterarse.

—Ah, genial —masculló ella, y se volvió hacia Alexander—. ¿No podemos ir por separado?

—Lo siento —se disculpó el joven con paciencia.

Gabrielle suspiró con resignación, y se encaminó hacia el auto, aplastando el pasto bajo sus pies. La luz no era muy buena, y Adam la siguió con la mirada examinándola de arriba abajo.

—Deja de examinarme. Estoy bien, y no voy a hablar contigo —le dijo Gabrielle, metiéndose en el asiento de atrás y dando un portazo.

—¿De verdad, Gabby? —exclamó Adam, y se inclinó sobre la puerta, pero ella subió el vidrio marcando distancia—. Maldita sea. Bueno, haz lo que quieras. No me importa. —Entonces, se dirigió hacia Joel—. ¿Y tú?

—Estoy como nuevo.

Adam asintió, y al fin todos se metieron en el auto. Cuando Joel se acomodó en el asiento de atrás junto a Gabrielle, notó que ella tenía la mirada clavada en un punto indefinido más allá de la ventana. Se preocupó, pero prefirió no decir nada: sabía que cualquier chispa pequeña podía avivar la pelea entre los hermanos Levingston. Apenas Adam apretó el acelerador, vio que también Papá Michael iba en el asiento del acompañante. Compartieron una mirada a través del espejo retrovisor y luego solo quedó el silencio de la noche que los acompañaba mientras describían la curva para llegar a la carretera principal que les permitiría conectar con Edimburgo.

Eran casi las tres de la mañana cuando aparcaron frente al departamento de Adam, en el corazón de la capital. Estacionaron frente a un edificio idéntico a los subsiguientes, de ladrillos en tonos grises y marrones. Los apartamentos tenían pequeñas ventanas alineadas a cada lado de la puerta principal, un diseño que se repetía a lo largo de dos pisos más hacia arriba. Adam subió las anchas escaleras que llevaban a la entrada elevada por sobre el nivel de la vereda, y abrió la puerta de par en par. Subió las escaleras interiores, giró hacia la derecha y usó las llaves de nuevo para darles paso al departamento.

—Hogar, dulce hogar —dijo sin ánimo cuando entraron. Arrojó las llaves en la mesita junto a la puerta y se quitó la campera, dejándola en el colgador de la derecha.

El lugar seguía siendo tan pequeño como siempre: el recibidor constaba de un pasillo tan corto que era casi inexistente y de pronto ya comenzaba la sala de estar, con tres sillonc

Capítulo 4

3

La oscuridad era tentadora, tal vez demasiado. Jean-Philippe se aproximó al alféizar, sintiendo que el peligro lo electrizaba. Estiró los brazos para apoyarse a ambos lados de la ventana y se sintió temblar, sin poder controlar la velocidad de sus pensamientos. ¿La altura era la adecuada? Si caía por casualidad, ¿cuánto tardarían en encontrar su cuerpo? ¿Cuánto tardarían los demás en volverse locos por no tener acceso a nuevas dosis de S-22?

Una cosa era clara: nadie lamentaría su pérdida como persona... aunque tal vez Gabrielle se entristeciera. Quizás, solo un poco. O eso le hubiera gustado, si llegaba lo peor.

Suspiró y se echó un mechón de pelo hacia atrás, acomodándose la melena. Era consciente de que la seguidilla de preguntas en su cabeza tenía que ver con estar en aquella habitación de nuevo. Al igual que durante los veinte años que había pasado allí, los recuerdos estaban por todas partes. Eran inevitables: o pasaba horas mirando por la ventana para admirar el único paisaje exterior al que podía aspirar, o escribía sus memorias con el mayor detalle posible, como si de hecho importaran. El resto del tiempo lo había pasado en terapia con Dimitri o leyendo libros en la biblioteca si se lo permitían o pensado simplemente sentado en el escritorio.

Al menos eso le parecía. Cada vez que comenzaba a recordar, una imagen se superponía a la otra, mezclando las emociones a menos que hubiese un hilo conductor. Sobre todo, la de una caja verde cerrada con una cinta a modo de moño, como si se tratara de un regalo.

Una sorpresa que su mente no le permitía abrir.

Se volvió hacia el cuarto y dio dos pasos antes de quedarse absorto en los rincones opuestos y más oscuros. Pese a la luz de la lámpara de la mesa de luz, era un sitio triste y solitario. En especial, la cama le generaba escalofríos: allí se le daba el tratamiento de *electroshock*, y allí quedaba después con las muñecas y los tobillos entumecidos y hormigueando. El lugar destinado a la máquina portátil que creaba las descargas estaba vacío, pero podían entrarla en cualquier momento gracias a sus ruedas para dejarle la mente quemada y el cuerpo débil para el resto de la jornada.

Y, aun así, todo eso era un precio pequeño que pagar considerando las cosas terribles que había hecho. Cosas que a veces recordaba, a veces no, pero que los otros se habían dedicado a probar y documentar.

La puerta del cuarto se abrió y se cerró. Dimitri entró y se paró junto a la cama.

—Antes de que preguntes —dijo, tomando una silla cercana para sentarse—, todos se encuentran bien. Inclusive Gabrielle.

—Gracias al cielo.

Fue un alivio instantáneo. Jean-Philippe dejó salir un suspiro que tenía guardado desde que lo habían encerrado esa noche, cuando su propia imaginación había comenzado a carcomerlo.

—Ya sabes para qué estoy aquí. La premisa es la de siempre: lo justo es justo. Una verdad a cambio de otra verdad —explicó Dimitri, haciendo referencia al ejercicio de terapia que habían repetido en cada sesión todos los días durante dos décadas—. Necesito saber qué pasó. Absolutamente todo, porque no hemos tenido contacto contigo en semanas, por razones que desconozco. Cuéntame desde el principio, hasta que los Sullivan llegaron a la casa de Aberlady.

Llevaba consigo el talonario amarillo de siempre, y sacó un bolígrafo para usarlo apenas apareciera algo que valiera la pena. Jean-Philippe lo vio quedarse callado y se sentó en el extremo opuesto de la cama, lejos de su silla, pero listo para colaborar.

Hizo un gran esfuerzo por acomodar los acontecimientos dentro de su cabeza. Lo habían enviado a buscar a Roy y Mary Sullivan después de descubrir que eran los ladrones que robaban S-22 de varias de las propiedades históricas de la sociedad. La decisión lo había sorprendido, pero no iba a negarse a respirar aire fresco y libre como si fuese la primera vez. Sin mencionar que era una buena manera de comenzar a demostrar a los demás que no era tan despiadado como lo había sido en el pasado; que podía, después de todo, «cambiar».

Suspiró y relató:

—Es verdad que no establecí contacto los últimos días, pero era imposible hacerlo. Tenía que cuidarme. No fue difícil encontrar a los Sullivan, porque repusimos las dosis en Port Seton, y ellos regresaron ahí al poco tiempo. Hice todo lo que Fred me pidió al pie de la letra: les dije que nos habíamos hallado en el mismo lugar por casualidad, que yo también venía por el S-22, y que planeaba marcharme. Les juré que había dejado la sociedad después de veinte años de encierro injusto y graves maltratos, que comprendía que había actuado muy mal con ellos y que les ofrecía un

nuevo comienzo. No tardaron en aceptar lo que les proponía..., pero resultó ser que tan solo me toleraban. Dimitri, tú podías haberlos salvado, pero en su momento yo intenté matarlos, y buscaban vengarse de mí. —Jean-Philippe tragó saliva y se arremangó, solo para liberar la tensión que eso le generaba—. Cuando nos establecimos en otro sitio en el pueblo, me di cuenta de que Mary era más dura conmigo, como si intentara probarme, y que en ocasiones discutía con Roy en susurros en su cuarto acerca de mí. Comencé a sospechar y a preocuparme, necesitaba hablar con alguien... por eso fui a ver a Gabrielle. Ahora veo que fue muy imprudente de mi parte. No me perdonaría que algo le pasara por mi culpa...

—Fred te dijo que Gabrielle estaba de vacaciones en Aberlady y tú no dudaste en poner en peligro la misión por hablar con ella. —Dimitri lo había interrumpido, y lo miraba con ojos gélidos—. Jean-Philippe, lo que hiciste fue crear una profecía autocumplida. Por supuesto que podían seguirte e intentar algo contra los que estaban en la casa. Por eso mismo tenías estrictamente prohibido realizar cualquier tipo de contacto excepto con Fred y conmigo. Nada hubiera ocurrido si no te hubieras salteado el protocolo, ¿entiendes eso? Y tienes que recordar que Gabrielle está con Joel.

La reprimenda pareció acabar con un largo suspiro al tiempo que se acariciaba la cabeza calva. Jean-Philippe sintió que el corazón le palpitaba en el pecho como un tambor automático dentro de una caja.

—Sé perfectamente lo que todos en la sociedad creen, pero lamento decirte que Adam puede quedarse tranquilo. No pretendo destruir la relación de Gabrielle con Joel, ni nada de eso. Al contrario, quiero lo mejor para su futuro. —Jean-Philippe inspiró de golpe, tratando de contener una rabia que había comenzado a esparcirse por su pecho—. Ella fue la única persona que me tendió una mano cuando estaba viviendo el peor infierno de mi vida... Tú nos viste. Tú estuviste ahí. Sabes que pasó tiempo conmigo, que me dio conversación cuando todos me retiraban la palabra, incluso cuando al mismo tiempo me pedían que siguiera fabricando el S-22. Mientras los demás eran injustos, ella... ella no me abandonó. Ella me trató de una manera más humana.

Algo se revolvió en su interior, y Jean-Philippe cerró los ojos con fuerza. Cuando los abrió, se había recompuesto, pero tan solo un poco.

—Por eso le permito y le permitiría hacer lo que quisiera, aunque fuera contra las reglas. Y si Joel forma parte de esta sociedad, es porque yo lo permití. Creo que eso demuestra hasta dónde llega mi lealtad, y cuánto ella me importa, de la manera correcta. —Tragó saliva—. Cuando la vi en el piso en aquella cocina, después de que los Sullivan la atacaran, pensé que no despertaría... Creí que había llegado tarde. De tan solo pensar en

perderla, yo...

De pronto estaba agitado y cerca de perder el control de sus emociones. No era el único que lo había notado: Dimitri se había parado como tomando distancia, y Jean-Philippe se abrazó su propio cuerpo para calmar sus pequeños temblores. Los espasmos regresaban siempre que se sentía amenazado o expuesto. Después sobrevenían los escalofríos, y luego las manos se le sacudían solas de forma intermitente.

Dimitri había apenas despegado los labios cuando la puerta detrás de él se abrió.

—¿Qué haces aquí? —dijo Dimitri de mala gana. Fred, que acababa de entrar, se acomodó los lentes redondos con furia.

—¡Eso quisiera saber yo! Se suponía que esta era mi entrevista. Me sabotaste...

—Estabas con Joel. Simplemente me adelanté y no pienso discutirlo.
—Dimitri tomó sus cosas y fue hacia Fred—. No te preocupes, te está muy agradecido por la información que le pasaste sobre la dirección de Gabrielle y Joel en Aberlady. Lástima que por eso casi los matan a todos. Incluso a él.

Fred ni siquiera intentó negar haber sido quien había hablado de más. Jean-Philippe pensó que de todas maneras no hubiera tenido sentido: era su lamebotas personal y siempre buscaba excusas para visitarlo en su habitación, recomendarle libros o darle ideas inútiles con las que pasar el tiempo de manera productiva. Era evidente que los intereses de Fred no iban mucho más allá de querer procurarse el S-22 a toda costa. Más allá de esa actitud de servidumbre insoportable, no tenía nada interesante que ofrecer.

—Fred, ¿podrías moverte un poco? —dijo Alexander con tono amable asomando desde el pasillo, sonriendo como siempre, y Fred se apartó de la puerta.

Entonces Jean-Philippe entendió lo que iba a pasar. Solo había una razón por la que Dimitri, Fred y Alexander podían estar juntos en su cuarto. Solo faltaba una persona para completar el cuadro, y fue precisamente quien apareció detrás de Alexander para unírseles. Terry Finnigan llevaba su vestimenta negra y su porte recto y orgulloso de costumbre. La única chispa de color era, como siempre, su cabello y barba rojizos, y sus pequeños ojos marrones. Esa madrugada tenía la misión de poner en marcha una nueva sesión de *electroshock*. Jean-Philippe no pudo asimilar que fueran a hacer una tan pronto, pero cuando Terry arrastró la máquina junto a la cama y Alexander comenzó a extender los cables ya no hubo

asomo de duda.

—¿Es esto realmente necesario? Porque acaba de llegar —preguntó Fred, observando el aparato blanco con reticencia.

—Cuanto antes, mejor. Necesitaré diez minutos a solas con él —respondió Terry, seco, y encendió la máquina sin esperar la respuesta.

Tenía un carácter parco y poco paciente y, para peor, era la persona con mayor rango en la sociedad en representación del Directorio. Por ende, no hubo objeciones a sus anuncios. Jean-Philippe vio cómo Fred tragaba saliva y echaba un último vistazo antes de marcharse con la boca estirada en una línea fina y dura. Dimitri fue el único que habló, solo para pedir:

—Cuando despierte, por favor, háganmelo saber.

Jean-Philippe clavó la mirada en él, pero no pensó en rogar clemencia. Tampoco sintió resentimiento al verlo desaparecer y cerrar la puerta al salir. En su lugar, deseó que se quedara al menos un rato, por extrañó que fuese. Dimitri podía haberse convertido en su terapeuta, pero en los buenos tiempos del pasado había sido un colega cercano, y no podía olvidarse de eso.

—Recuéstate en la cama, por favor —pidió Alexander, con la calidez de siempre.

Mientras le arremangaba aún más la camisa, Jean-Philippe notó que ya había comenzado a sudar. Alexander parecía no haberse dado cuenta, dado que no dijo nada al respecto al aplicar el sedante. La inyección aliviaría un poco los espasmos, pero no alcanzaría para permitirle controlar sus movimientos a voluntad. Jean-Philippe se acostó sobre las frazadas, sabiendo que la estructura de metal debajo de ellas lo soportaría. La fantasía se hizo un poco más compleja cuando sintió que le cerraban esposas alrededor de manos y pies, dejándolo sujeto a la cama con las extremidades separadas. Tuvo que abrir la boca y permitir que le colocaran el protector bucal. Después, inspiró y espiró. No podía dejar que la desesperación se apoderara de él..., pero cuando le colocaron los electrodos en la cabeza sintió que se ahogaba, y eso no era una buena señal.

—Todo está listo —murmuró Terry, aproximándose a ellos y con la mano en una de las perillas de la máquina.

Alexander se volvió hacia Jean-Philippe.

—Sé que no es fácil, pero es importante que te relajes —susurró—. ¿Lo

harás?

Jean-Philippe asintió, pero también notó que una gota de sudor le resbalaba por la frente, traicionándolo. Apoyó la cabeza en la almohada con el cuello tieso, y cerró los ojos.

La voz de Terry se alzó.

—La cuenta regresiva comienza ahora. Tres, dos, uno...

La primera descarga atravesó a Jean-Philippe como una llamarada de pies a cabeza. Fue como si algo tirara de él hacia atrás, pero inmediatamente después el dolor desapareció. Quedó a oscuras y solo pudo escuchar un silbido alto y agudo. No sabía de dónde provenía, pero era importante. Se volvió hacia un lado y hacia el otro, intentando ubicar la fuente... El sonido se volvió tan ensordecedor que la mente comenzó a darle saltos y las imágenes se sucedieron unas tras otras por sobre el espacio negro y desolado que se extendía a su alrededor.

La luz de la luna, un baúl y una pelea.

Un reloj de oro y tablas de madera cubiertas de sangre.

Manchas de colores en su cuello, frente al espejo. Amarillo, rojo, azul, como moretones a destiempo.

Ojos absorbentes, labios que hablaban seduciéndolo a cada palabra, y palabras de un poema prohibido.

El dolor de las espinas de una rosa clavándosele en la carne y su propia risa, seguida de llanto.

Sus pasos cruzando habitaciones, sangre brotando a borbotones, una caja verde cerrada con un moño de raso.

La oscuridad total, el silbido que se hacía más fuerte y no lo dejaba concentrarse en una sola cosa. La sensación de caer al vacío sin paracaídas, hasta que tocaba el suelo ya sin dolor.

Y entonces, Jean-Philippe se encontraba atravesando un campo descuidado cuyos pastos altos le llegaban a la rodilla. Estaba emprendiendo el camino hacia el establo, justo cuando el viento nocturno comenzaba a soplar y las estrellas empezaban a salpicar el cielo ennegrecido. Vio a lo lejos una caballeriza pequeña y rústica, y no tuvo que forzar una puerta para entrar. Cuando lo hizo, se encontró con un hombre sentado sobre un fajo de alfalfa, con la ropa arrugada, el pelo rubio sucio y la expresión más sombría que le había visto jamás: la versión fantasmal de la persona grácil, atenta y amable que siempre había

sido Claude.

—Primo —saludó Jean-Philippe, aproximándose con cautela—. Vine lo antes posible. Lo siento mucho.

Sentía que debía decir algo y, al no encontrar las palabras correctas, debió conformarse con la frase obligada. La carta había llegado a media mañana, escueta, de puño y letra de Claude: el tío Damien, que había abandonado a su familia bajo la excusa de un viaje de negocios hacía mucho tiempo, había reaparecido. «Está muerto». Luego de leer aquellas palabras, Jean-Philippe había alquilado un carruaje para partir de inmediato con su madre. Durante el viaje, ella había leído la carta unas veinte veces, y en cada una de ellas había llorado mientras la consolaba. Había sido un trayecto largo hasta las afueras de París, donde Claude vivía en una casa vieja y desmejorada.

—Mi madre está cuidando de la tuya en su habitación. Nos quedaremos a hacerte compañía —dijo Jean-Philippe, y se acercó a uno de los caballos del establo. Acarició al corcel, negro y reluciente, y notó cómo se movía, nervioso, bajo su mano. Intentó tranquilizarlo, pero no dio resultado: el animal se desprendió de él y se alejó, dejándolo solo. Apesadumbrado, Jean-Philippe se volvió hacia Claude, pero este parecía preferir estar solo, de modo que emprendió la retirada.

—¿Sabes dónde lo encontraron? —murmuró entonces Claude, y Jean-Philippe se detuvo junto a las puertas del establo—. Estaba en una posada muy costosa, cerca de aquí. El dueño entró al cuarto cuando comenzó a apestar y, al ver lo que había adentro, avisó que habían apuñalado a un huésped.

—Si fue un robo...

—Treinta y cinco años. Estuvo ausente por treinta y cinco años, sin escribirnos siquiera y sin enviarnos dinero... Mi madre lo esperó y esperó, pero yo siempre le dije que tenía que estar muerto para nosotros. Supongo que ahora definitivamente lo está. —A Claude le tembló la voz al decirlo. Fuera por tristeza o por rencor, era obvio que no había podido olvidarlo—. No fue un robo, porque no se llevaron sus pertenencias. Las autoridades nos las trajeron aquí. Dijeron que tardaron en identificarlo hasta que encontraron una carta asomando de debajo de la cama... Una carta para mí.

Claude tragó saliva, y se restregó las manos. Jean-Philippe no pudo contener su curiosidad.

—¿Qué decía?

—No me importa. No voy a leerla.

—¿No quieres saber si se arrepentía?

—Creo que tuvo tiempo de sobra para decírnoslo.

—Dime en dónde están sus cosas y la buscaremos —insistió Jean-Philippe, porque, si Claude no se atrevía a leer la carta, él lo haría. Quizás hasta había mención de alguna herencia, y eso no vendría nada mal. Si bien Claude se ganaba la vida criando y vendiendo caballos, la familia no siempre contaba con ingresos suficientes como para pasar una vida cómoda.

Claude negó con la cabeza. Sin embargo, también dirigió una mirada cargada de desprecio hacia una esquina oscura del establo donde había un objeto cubierto con una manta, y cuando Jean-Philippe se dirigió hacia él se levantó de inmediato.

—¿Qué haces? —preguntó, escandalizado, cuando Jean-Philippe descubrió un baúl antiguo de madera oscura bajo la tela que lo ocultaba—. Deja eso. Mañana lo quemaré...

—Y entonces será demasiado tarde para leer esa carta —respondió Jean-Philippe, arrastrando el pesado baúl hasta dejarlo bajo la luz de luna que bañaba parte del establo desde la puerta abierta. Se arrodilló para examinarlo, y algo llamó su atención—. Mira, tiene tallados unos símbolos extraños...

—Brujería —respondió Claude con repugnancia—. Debemos deshacernos de él.

Jean-Philippe pensó que la reacción de Claude era esperable, en especial si su padre lo había abandonado de pequeño para dedicarse a la alquimia de los herejes.

—Podrías haber quemado todo esto ya, pero no lo hiciste.

Su primo no contestó. Se refregó las manos otra vez, cabizbajo. Cuando una brisa suave recorrió el establo, su cabello rubio ondulado se movió apenas, y sus ojos marrones pestañearon una sola vez. Claude y Jean-Philippe habían compartido mucho tiempo de niños, dado que sus madres eran buenas amigas. Con el tiempo, ambos jóvenes habían continuado su camino, pero siempre habían estado en contacto y hasta habían cerrado algún negocio de caballos en conjunto. Jean-Philippe conocía a Claude lo suficiente como para entrever que lo que decía no era siempre lo que sentía.

—¿De verdad no quieres ver lo que hay dentro? Podría explicar lo que pasó —continuó Jean-Philippe.

—No me interesa justificarlo. No hay excusas para lo que hizo, tú deberías entenderlo mejor que nadie —le espetó Claude, posando sus ojos oscuros en él. El padre de Jean-Philippe se había marchado durante su adolescencia después de engañar a su madre con prostitutas una y otra y otra vez.

—Puede que tengas razón —respondió Jean-Philippe, intentando no tomar conciencia de aquel episodio de su vida—, pero esto no se trata de mí. Voy a hacerte un favor, aunque ahora me odies. Algún día me lo agradecerás.

Jean-Philippe se arrodilló en el piso cubierto de paja y, sin el menor cuidado, comenzó a estudiar las trabas del baúl.

—¿No me escuchaste? No te atrevas —escuchó que decía Claude, pero ya había hecho ceder la traba—. ¡He dicho que no lo hagas!

Con un rápido movimiento Claude se fue sobre Jean-Philippe, pero los dos habían peleado mucho de pequeños y conocían sus movimientos. Jean-Philippe aguantó un minuto entero de puños y patadas descoordinadas a causa de la ira y hasta maldijo cuando Claude le dio un fuerte golpe en el mentón, pero no le importó el hilillo de sangre que le recorrió la mandíbula después del impacto. Se concentró en lo que debía hacer y un momento después ya tenía a su contrincante acorralado debajo de él, intentando liberarse.

—Se acabó, primo —le dijo, mientras el rostro de Claude se contorsionaba en una mueca de rabia—. Tú mismo lo dijiste: está muerto. Está muerto.

Tuvo que repetirlo dos o tres veces más hasta que finalmente Claude dejó de pelear y su cuerpo perdió las fuerzas. Solo entonces lo soltó y se compadeció de verdad de él. Claude siempre había sido orgulloso, fiel reflejo de la sangre que compartían, pero el dolor era insoportable para él.

—Todos estos años, lo odié —susurró Claude entre lágrimas, y Jean-Philippe dirigió la mirada hacia otra parte para no incomodarlo—. Lo odié por dejarnos.

—Lo sé. Yo también odié a mi padre por eso. Lo siento.

Se quedaron sentados uno junto al otro, sobre el suelo de tierra seca, en silencio. Claude alzó la voz una vez más.

—Hagámoslo. Abramos el baúl. Ayúdame... Por favor.

Sorprendido, Jean-Philippe consideró aquella súplica inesperada como algo positivo, y se acomodaron codo a codo frente al baúl. Claude le pidió con la mirada que le dejara proceder y, apenas removió la tapa con sus propias manos, las pertenencias de su dueño, Damien Vioget, salieron a la luz.

Una vela a medio derretir, roja como la sangre. Una carta que solicitaba especias y hierbas medicinales. Dos amapolas aplastadas. Un frasco con un líquido rosado y traslúcido. Pero lo que hacía al baúl tan pesado como para que un solo hombre no pudiera levantarlo con facilidad era una serie de instrumentos de trabajo y una pila de libros antiguos que se encontraban en el fondo. Los aparatos eran de metal y se parecían a los que usaría un médico improvisado, pero estaban adaptados y varios incluían balanzas y recipientes; en conjunto, constituían una misteriosa obra de arte. Claude fue acomodándolos uno por uno sobre el suelo con cuidado, como si creyera que manipularlos de forma incorrecta fuese a echarle encima una maldición.

—¿Sabes para qué son? —inquirió Claude, pero eso era una verdadera incógnita.

Jean-Philippe estiró la mano hacia la pila de libros y tomó el primero, que parecía más bien un cuaderno de notas. Era pequeño, de tapa roja y tenía hojas con las puntas dobladas hacia adentro. Una carta se desprendió de adentro, deslizándose hacia su regazo, así que se la ofreció a Claude y se levantó para darle un poco de espacio. Se llevó consigo otro libro, Base de la transmutación, y frunció el entrecejo cuando comenzó con la lectura: cada página desplegada contenía experimentos de variada complejidad y que en ocasiones implicaban la muerte de animales y la adición de elementos líquidos extraños. Lo peor era que la meta no consistía en convertir metales en oro ni nada de esas prácticas antiguas que habían probado ser engañosas, sino algo mucho más siniestro, peligroso e increíble. Al terminar de hojear el último libro, Jean-Philippe llegó a una conclusión que como mínimo era una locura.

Fue entonces cuando Claude acabó de leer la carta y levantó la mirada hacia él, perplejo, para confirmar lo mismo.

—Mi padre... Mi padre estaba buscando la inmortalidad.

Dejó caer la carta al piso, y Jean-Philippe se agachó para tomarla. La leyó rápidamente, comprobando lo que decía, hasta que Claude volvió a hablar.

—Era un hereje. Si mi madre lo supiera... —murmuró, escandalizado. Miró a Jean-Philippe con una desesperación inusitada—. Ella no puede saberlo

en ninguna circunstancia. Sé que es mucho pedir cargarte con un secreto semejante...

—No diré nada —respondió Jean-Philippe, arrodillándose junto a él y tomándolo por los hombros para tranquilizarlo—. Somos familia —le recordó.

Claude estaba de nuevo al borde de las lágrimas cuando le tomó las manos entre las suyas y respondió:

—Sí. Y por esto y por todo lo que has hecho por mí, querido primo, siempre estaré aquí. Nunca te dejaré solo.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Claude, y la oscuridad se engulló el recuerdo justo después de sus últimas palabras. «Nunca te dejaré solo». Esa había sido la promesa. A pesar de las secuelas del tratamiento de electroshock, Jean-Philippe recordaba bien la fecha: 12 de septiembre de 1881.

—Mentiroso... ¡Mentiroso! —gritó con todas sus fuerzas, y sintió unas manos que lo tomaban por los hombros y por la cintura, aprisionándolo. Abrió los ojos y percibió un dolor intenso en todo su cuerpo, pero no lograba dejar de moverse, como si quisiera escapar.

—Jean-Philippe. ¡Jean-Philippe! Tienes que intentar tranquilizarte, ¿recuerdas? —dijo una voz, muy parecida a la de Alexander, pero no podía ser, él había estado hablando con Claude hacía un instante.

—Mentiroso... —balbuceó, porque tenía algo en la boca, y lo escupió al instante. Pensaba en su primo, y en lo fácil que era quebrar promesas. Él había hecho lo correcto. Sí, él había tenido derecho a hacer lo que había hecho, mientras que Claude solo había jugado con su confianza y lo había traicionado...

La voz de Alexander regresó, a lo lejos.

—No está volviendo en sí. Terry, ayúdame a sostenerlo, por favor. —Era imposible saber en dónde estaba. Había luz y oscuridad intermitente, quemazón y manos por todas partes—. Jean-Philippe, escúchame con atención. El 4 de noviembre de 1997, en la ciudad de Inverness, mataste a tu primo y a su mujer...

—¡Ella era mía primero!

—¿Te arrepientes? ¿Sientes remordimiento? ¿Estás escuchando siquiera?

—¡Mintió! ¡Mentiroso! ¡Mentirosos los dos! —exclamó Jean-Philippe, como un reflejo cada vez que pensaba en Claude y en la mujer de ojos

hipnóticos y felinos que lo había engañado con él.

Y de pronto la negrura desapareció, y frente a él se dibujó algo parecido a un techo. Estaba en su cuarto en la sede de la sociedad y las manos que lo sostenían continuaban ahí, pero ya no lo presionaban tanto. Él ya no se retorció como antes. Estaba agotado, física y mentalmente. Trató de controlar su respiración, pero era muy difícil. Cerró los ojos, tratando de estabilizarse.

—Por favor, responde a la pregunta —dijo la voz amable de Alexander, cerca de él—. ¿Te arrepientes de lo que hiciste? ¿Te arrepientes de que estén muertos?

Y con voz trémula, ahogado en la última imagen de su primo tomando sus manos, Jean-Philippe confesó:

—No.

Decirlo se sintió como liberarse de una carga pesada que llevaba sobre los hombros. Pudo respirar un poco mejor, y los latidos de su corazón comenzaron a normalizarse. Sin embargo, el dolor no cedió y hasta se expandió hacia lugares en donde ni siquiera sabía que podía sentirlo.

—Recoge todo. Hemos terminado aquí —escuchó que decía Terry con tono sombrío, y cuando Jean-Philippe se volvió hacia él, lo vio desconectar la máquina de *electroshock* mientras Alexander le quitaba los electrodos.

Terry se marchó primero, con las mejillas encendidas bajo la barba roja; en cambio, Alexander se volvió hacia Jean-Philippe un instante. Lucía decepcionado y hasta un poco triste, y luego también desapareció tras la puerta. Solo entonces Jean-Philippe comprendió la importancia de lo que había dicho: había fallado una prueba más que importante para recuperar la libertad.

—Esperen... ¡Esperen! —dijo, pero todavía estaba esposado a la cama y, aunque quería gritar, las fuerzas lo abandonaban cada vez más para dar paso al sueño posterior al dolor—. Sí me arrepiento. ¡Me arrepiento! Hagan la prueba de nuevo, ¡la he pasado antes! ¡Puedo ser mejor! Por favor. *¡Por favor!*

Capítulo 5

5

Acercó la oreja sigilosamente una vez más a la superficie. Tenía que cerciorarse, pero solo oyó silencio de nuevo. Eso era incluso peor que los gritos...

—¿Ahora escuchas tras las puertas?

Adam se sobresaltó, casi dándose la cabeza contra la madera. Se volvió maldiciendo para sus adentros. Papá Michael lo miraba con una expresión molesta en su ropa de dormir bajo una bata verde oscura.

—¿Quieres mantenerte callado? —pidió Adam—. Intento...

—Descuida, no tienes que explicármelo. Este es el pasillo. Ese es el cuarto de Gabrielle y de Joel —respondió Papá Michael, mirando hacia la puerta por detrás de Adam—. ¿Sabes? Siempre pensé que eras un hermano sobreprotector, no un niño fisgón.

Adam apretó la mandíbula. Tenía claro que podía ser un poco extremista, pero no necesitaba que alguien más se lo recordara.

—Anoche me dejaste solo en la sala y te fuiste a dormir. ¿Acaso no oíste la discusión desde tu habitación?

—Claro que sí. ¿Y?

—¿Cómo que «y»? —repitió Adam, conteniendo la frustración—. ¡Hay que hacer algo al respecto!

—No somos nosotros los que deben resolverlo. —Papá Michael se encogió de hombros y pasó a Adam de largo—. Amigo, si esos dos no pueden entenderse después de veinte años de noviazgo, tenemos problemas mucho más grandes que Jean-Philippe.

Adam notó su andar despreocupado al avanzar, arrastrando los pies dentro de las pantuflas. ¿Cómo podía estar tan tranquilo y dejar todo en manos del destino? ¿Acaso no comprendía el peligro que podía implicar que Gabrielle y Joel rompieran, porque eso le dejaría el camino libre a Jean-Philippe? Oyó un bostezo más adelante, y vio a Papá Michael estirar los brazos mientras decía:

—Por cierto, te ves como la mierda.

Luego lo vio salir por el otro extremo del pasillo, en el cual se reflejaba la primera luz del día. Por fin solo, Adam volvió a apoyar el oído en la puerta, pero no obtuvo nada. Suspirando, siguió el recorrido de Papá Michael, sintiendo el frío del piso bajo sus pies, dado que solo llevaba medias. De repente fue consciente de aquello que había señalado su amigo: esa mañana no se había molestado en acicalarse y llevaba una camiseta y unos pantalones arrugados que lo hacían lucir todavía peor considerando que ni siquiera se había peinado. La última vez que se había mirado al espejo por la madrugada tenía unas ojeras horrorosas y una cara peor que de costumbre. Hasta a través de sus ojos azules podía entrever la nube negra que habitaba dentro de su cabeza.

Adam se metió en la cocina, donde Papá Michael ya se había hecho un té. El saquito de *earl grey* colgaba de la taza humeante mientras su amigo, sentado a la mesa, leía una revista vieja que había quedado tirada por ahí.

—La cafetera está por la mitad, pero a juzgar por tu aspecto, no es la primera. ¿A qué hora empezaste a jugar al espía? Y por favor, dime que no te quedaste despierto toda la noche obsesionándote sobre cuándo tu descontrolada hermana dejará a Joel para escaparse con el desgraciado de Jean-Philippe. —Papá Michael se volvió hacia Adam, que titubeó sin saber cuánto aclarar sin mentir—. ¿Sabes qué? No digas nada. A esta altura la respuesta es redundante. Vives inmerso en una telenovela barata. ¿Cuántas tazas de café llevas encima?

Cansado, Adam se revolvió el pelo, notándolo sudoroso.

—Me levanté a las cinco y cuarto. Entonces hice la primera jarra de café. Ya voy por la cuarta —confesó, suspirando.

Papá Michael chistó con la boca mientras regresaba a su lectura.

—Deberías agradecer que existe el S-22. Con esa cantidad de cafeína y nada de sueño, ya deberías estar muerto.

Era cierto, pero a pesar del comentario Adam tomó su taza y puso más café. Estaba agregando la leche cuando sonó la tostadora. La había dejado allí antes de irse a fisgonear y el pan ya estaba dorado y delicioso. Revisó los cajones de la alacena y de la heladera y logró sacar mantequilla, azúcar y canela. Entonces algo le llamó la atención.

—¿Y tu cigarrillo matutino?

A sus espaldas, Papá Michael sacudió la revista con amargura.

—Alguien tomó el atado que me quedaba y lo hizo desaparecer.

—Sea quien sea, lo felicitaría —comentó Adam. Oyó un sonido y, cuando se volteó, Papá Michael lo miraba como diciendo «eres culpable y me las pagarás en el infierno»—. Ah, vamos. ¡No fui yo!, ¿de acuerdo?
—exclamó.

—Solo te creo porque, si lo hubieras hecho, ya te hubieras regodeado al respecto —gruñó Papá Michael a sus espaldas.

No tenía sentido responder. Adam se dirigió a la mesa con su café y un plato de tostadas, colocando este último junto a la vaca lechera de porcelana que hacía de servilletero, uno de los pocos regalos en la historia que Gabrielle le había hecho.

Papá Michael lo miró perplejo.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó ante el plato, ceñudo.

—Tostadas.

—Me refiero a esto que está con la mantequilla. Este... polvo.

—Ah, sí. Azúcar y canela —explicó Adam, y bebió su café.

—¿Tostadas con canela?! ¡Esto es Escocia, por Dios santo! ¿En dónde quedaron las tradiciones, con sus deliciosos huevos, tomates y salchichas? ¡Y ni hablar del *black pudding*! ¿Desde cuándo comemos algo tan deprimente?

—Desde que es lo único que queda en la alacena, ¿de acuerdo? Haz las compras la próxima vez si te molesta tanto. —Adam señaló el plato—. Cuando fuimos al mercado la última vez, te desapareciste de la nada, como para variar. Qué conveniente que siempre recuerdes que tienes una reunión en los momentos en que te toca encargarte de cosas para la casa en la que vives.

Papá Michael hizo como si aquello fuera una tontería.

—En esa ocasión no se trató de una reunión, sino que tenía como objetivo un nuevo paciente y debía verlo en un lugar y a una hora específicos. Ya sabes, tenía que hacer eso que llaman «trabajar». No es un crimen. A menos que te pongas celoso de mi maravillosa compañía, de la cual alguien más puede disfrutar.

—¿Celoso? Por favor. Qué ridiculez.

—Hasta con esas respuestas sueñas a novia quisquillosa.

—No soy la novia en esta relación —aclaró Adam.

—Como tú digas, querida —contestó Papá Michael, haciendo como que seguía leyendo la revista, ya sin prestarle atención.

Adam bebió el café de mala gana. Él había preparado las tostadas y las había espolvoreado con canela; si Papá Michael no había hecho nada, era mejor que se callara. Sin embargo, un momento después lo vio desplegar una servilleta sobre la mesa.

—Tú y tus experimentos culinarios. Esto es diabólico, un verdadero instrumento de tortura —dijo Papá Michael, pero aun así tomó una tostada y se la llevó a la boca para darle un mordisco.

Masticó por un momento con cara de asco, luego se mostró sorprendido y finalmente terminó chupándose los dedos—. Mmm. Pensé que quedarían un poco secas, pero no.

—¿Lo ves? —Adam sintió que había ganado. Mientras Papá Michael limpiaba con la servilleta, sonrió con satisfacción y puso ambas manos en su taza de café para calentárselas. Entonces, ya no sintió deseos de sonreír. Recordaba bien la razón por la que casi no había logrado pegar un ojo: los murmullos, los tonos agresivos y las frases recriminadoras que habían sonado entre las paredes de los cuartos eran algo difícil de ignorar.

—No te cansas de preocuparte, ¿verdad? —concluyó Papá Michael con una mirada de hartazgo, como si pudiera leerle la mente. Se metió el resto de la tostada en la boca y desde entonces Adam tuvo que hacer el esfuerzo por entender lo que decía—. *Gabrieg y Joel son gente gande. Es nagural que peleen, en especial si guealmente agún día se les ocugue casagse. Bienguenido al matguimonio. Todo empieza con una pegueña discusión y luego, ibum! Todo se va a la miegda.*

Aunque Adam bien podría haberle discutido su argumento, había una pregunta más importante que necesitaba hacer.

—Pareces saber mucho al respecto..., pero nunca te casaste. A menos que haya algo que no me has contado —comentó Adam, y Papá Michael se encogió de hombros antes de tragarse su tostada sin aclarar más. Seguramente, su vida amorosa era otra de esas cosas que Adam nunca podría develar, al igual que los lugares a los que se escabullía de forma

inesperada.

Fue entonces cuando se escucharon pasos y Joel emergió del pasillo, arreglado como para salir. Llevaba campera de cuero y el cabello cuidadosamente despeinado. Nada en él hacía pensar que le hubiera afectado la pelea de la noche pasada.

—Buenos días —dijo, yendo a servirse un poco de café en una taza pequeña, y bebiéndolo rápidamente.

—Buenos días —respondieron al unísono Adam y Papá Michael, que se miraron el uno al otro como recriminándose mutuamente hablar al mismo tiempo.

—¿Cómo amaneciste? ¿Enojado? —preguntó Adam, y Papá Michael lo pateó por debajo de la mesa. Volvieron a mirarse, pero esta vez Adam le dedicó una expresión de absoluto rencor. Joel habló como si nada.

—No, pero Gabby y yo estamos bajo la ley del hielo.

—¿Qué? ¡¿Por qué?! ¡Hey! —exclamó Adam, y volvió a sentir una patada por debajo de la mesa, esta vez más fuerte. Se levantó, decidido a no parar hasta descubrir qué estaba pasando—. Joel... ¿Quieres que hable con ella? —ofreció. Papá Michael chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Gracias, pero no es necesario. Tengo que salir —respondió Joel, y se dirigió hacia la puerta con las llaves en la mano.

—¿A dónde vas?

—Afuera, claro. Que disfruten de la jornada.

Joel salió a la ciudad, proyectando la luz artificial del pasillo que conectaba los departamentos hacia el interior de la sala. Cerró la puerta tras él y Adam se quedó parado donde estaba.

—Con las propuestas pésimas que hiciste para mejorar la situación, yo también me hubiera largado —comentó Papá Michael, que ahora bebía su té.

Adam se volvió hacia él, preso de la frustración.

—Pero es como si no le importara. Cuanto peor se llevan, menos se hablan y más se alejan de nosotros. —Cansado, Adam apoyó ambas manos en la mesa frente a su amigo, que pasaba página tras página con aire ausente—. ¡Es una muestra clara de que su relación se está

desmoronando!

—Eso es algo que nunca sabremos, ninguno de nosotros —lo cortó Papá Michael, con tono aburrido—. Ya te lo he dicho: es cosa de ellos dos, y de nadie más.

—Pero... —Adam estaba a punto de objetar hasta que notó que alguien más venía desde el pasillo—. Hola, Gabby.

—No voy a hablar contigo.

Su hermana caminó con paso decidido y el cabello largo ondeando a su ritmo, pero se detuvo junto a la mesa con expresión desconcertada y señaló el plato de tostadas.

—No me mires a mí. —Papá Michael levantó apenas las manos como queriendo despegarse de semejante abominación, pero las puntas de los dedos sucias de azúcar y canela lo delataban.

Ella suspiró, pero no dijo nada más al respecto.

—Adiós —se despidió, y salió al pasillo del edificio, sin desearles un buen día como sí había hecho Joel.

Adam se quedó con los ojos clavados en la puerta cuando se cerró, pensativo en lugar de molesto.

—Tenía ojeras —murmuró—. No debe haber dormido bien, presa de la preocupación.

—Sí, una de las tantas cosas que los hermanitos Levingston tienen en común.

A Adam no le hizo gracia el comentario, pero se sentó a la mesa y tomó una de las tostadas que quedaban en el plato.

—Bien, que no me dirija la palabra. —Dio un mordisco con más fuerza de la necesaria, solo para liberar tensiones—. Me preocupa más que Joel dijera que Jean-Philippe se interpone en sus decisiones de pareja... Y sí, es parte de lo que escuché contra la puerta anoche —agregó cuando Papá Michael suspiró—. ¿Sabes por qué seguro nos llamaron a Aberlady? Porque Joel le pidió matrimonio a mi hermana y ella dijo algo estúpido y lo arruinó todo.

Papá Michael ahora le prestó atención. Parecía contrariado.

—Eso no es posible.

—Ah, pero con Gabrielle sí. Algo pasó, porque él no le cree que esté dispuesta a casarse —contó Adam, con una sonrisa irónica a medias—. No es para menos. Gabby tendría que permitirle a Jean-Philippe para hacerlo, ¿lo entiendes? Es lo que hace siempre, y él la deja hacer lo que quiere. Hasta Joel se da cuenta de eso, de cómo la ha engañado para que lo admire. Todos lo vemos, excepto ella, cegada por los favores.

—Mmm.

Papá Michael se limitó a beber su té con parsimonia, como si cavilara algo, y luego preguntó con voz sombría:

—¿Cómo se sintió?

—¿Qué cosa? —inquirió Adam, sin entender.

—Dispararle a Jean-Philippe. Aunque no fuera posible ni conveniente matarlo, estuviste cerca —respondió Papá Michael.

Adam pensó en la bala que se le había escapado en Aberlady. Recordó cómo le temblaban las manos sobre el gatillo y la forma en que la melena de Jean-Philippe acariciaba el rostro de Gabrielle.

—La verdad es que estaba aterrado —contó—. Me refiero a que Gabrielle estaba inconsciente, yo no estaba siendo racional y... que nunca he disparado un arma con la intención de matar. En ese momento quería hacerlo más que cualquier otra cosa en el mundo —reflexionó, concluyendo que para ser personas que cargaban pistolas y lidiaban con la muerte todos los días, la mayoría tenía poca experiencia. Levantó la mirada hacia Papá Michael—. Tú llevas mucho tiempo aquí. ¿Has tenido que... deshacerte de alguien alguna vez?

Se quedaron en silencio. Papá Michael inspiró y exhaló, y dejó su taza de té a un costado.

—Nunca he tenido el trabajo de Terry o de Alexander. Ni siquiera creo que podría haber hecho el de Dimitri en la época que iba a misiones. No creo que tenga estómago para eso. Siempre preferí el reclutamiento y el papeleo. Ya sabes que no me gustan las armas y, si las he tenido cerca, ha sido por defensa propia... Creo que, cuando atacas, eso te marca. Una parte de ti muere, como cuando pierdes algo importante en la vida..., pero qué sabría yo de todo eso, ¿verdad?

Había algo enigmático en esa historia, y su mirada se había oscurecido. No parecía ser el momento para intentar ahondar en ese tema en

particular.

—Tengo un mal presentimiento sobre lo que pasará cuando los directores juzguen a Jean-Philippe por el desastre de Aberlady. Esos tipos me ponen de los nervios. Podrían ser unos dementes sádicos que disfrutan con manejar los hilos de la sociedad mientras ellos mismos no se dejan ver, definiendo nuestras vidas a distancia sin que sepamos quiénes son.

—Su rol es importante. Si no ordenaran la sociedad, todo sería mucho peor. Personalmente, no me importa su identidad. Dimitri los conoce y, si él confía en ellos, yo también.

—Pero sus decisiones no tienen lógica. Antes lo encerraron por años, después lo liberaron... —Preocupado, Adam se reclinó sobre la silla—. Quizás debería escribirles otra carta. Una mejor.

A conciencia, golpeó los lados de su taza con las puntas de los dedos. Hacía unos meses había escrito una carta llena de argumentos al Directorio para evitar que Jean-Philippe fuera libre por al menos diez años más, pero había sido en vano. No había logrado convencer a nadie y el malnacido había salido por la puerta principal para ir en busca de los Sullivan.

—Las cartas serían útiles si tuvieras pruebas —dijo Papá Michael—. Si no, imagino que acabarán siempre en la basura.

—Por supuesto. Con evidencia en serio, sí.

Adam se mordió el labio y frunció el entrecejo, porque tenía que contarle algo sobre eso a Papá Michael, pero no sabía por dónde empezar para evitar que se enojara. Sin que pudiera evitarlo, pensó otra vez en su hermana y en que debía prepararla para el momento en que al fin viera a Jean-Philippe por lo que realmente era.

Levantó la mirada y se encontró con la de Papá Michael, fija en él por enésima vez.

—¿Qué pasa?

—¡Que es insoportable verte! Cada vez que te preocupas por Gabrielle, pones la misma cara. Escúchame de una vez por todas. Ella y Joel siempre regresan juntos, y no todas las parejas tienen tanta suerte. Las relaciones no son fáciles. La gente no necesariamente reacciona como se espera ante los avances amorosos, y en ocasiones hasta se aleja. Piensa en ti y en Erica.

Como si le hubieran echado un balde con agua fría, Adam se quedó con la boca abierta. Intentó borrar la imagen de cabello pelirrojo y mirada desafiante que se le vino a la cabeza. No tenía sentido pensar en cosas

que no iban a ocurrir jamás.

—¿Erica del Benson's Pub? No entiendo qué tiene que ver con lo que dijiste —soltó, como si no tuviese importancia.

—¿De verdad?

—De verdad.

Papá Michael puso los ojos en blanco y dijo entre dientes:

—A veces quisiera pegarte la cabeza contra una pared. —Con un ademán, pareció descartar las insinuaciones—. Regresando al tema, apuesto a que todo estará bien. Hasta puede que de pronto seas tío y todos formemos una gran familia, quién sabe.

—¿En serio? Solo por curiosidad, ¿en dónde cabrías tú en esa historia? —inquirió Adam, y bebió su café, que estaba casi frío.

—Es obvio. Sería el tío Michael que viene todos los días a cenar, claro. Y tal vez a almorzar. Todo el mundo me adoraría, con mi gran sentido del humor y mis comentarios inteligentes. Eso es garantía conmigo.

La descripción de aquella fantasía hizo que Adam ya no reparara en el mal sabor del café que le había quedado en la lengua. Sin embargo, ¿cómo sería una familia en la que los padres no pudiesen envejecer? Todavía era una cuestión polémica, y por eso estaba prohibida, al igual que el matrimonio..., pero era una imagen muy hermosa. Una a la que podría acostumbrarse.

Adam se sintió reconfortado. Se levantó, tomó la taza de Papá Michael y la suya, las lavó y sirvió café en ambas. Después, regresó a la mesa, le ofreció una a su amigo y propuso:

—Dado que no te quedan cigarrillos, ¿te gustaría reemplazar un vicio con otro?

—Sabes que no bebo café, pero... considerando el drama que hay en el aire, creo que hoy haré la excepción. —Papá Michael sonrió—. Ah, y déjame también la última tostada.

Satisfecho, Adam le acercó el plato. Algo nervioso, susurró:

—Por cierto, tengo algo que puede ayudarnos a escribir esa carta con evidencia para el Directorio.

—¿De *vegdad*? ¿Qué *gosa*? —preguntó Papá Michael, mientras comía.

Había captado su atención.

Adam tragó saliva.

—El *Historial* original.

Papá Michael casi se atragantó ante aquellas dos palabras.

Capítulo 6

6

Gabrielle observó tras los lentes oscuros a la gente que paseaba en los Jardines de Princes Street, rodeada de árboles y flores. Algunas personas solo tomaban sol sobre el pasto charlando, otras leían en silencio, y las demás iban y venían. Sentada en uno de los bancos públicos, ella bebió un sorbo del café que recién había comprado y no pudo evitar quedarse mirando a un niño de unos cinco o seis años que se agitaba demasiado al patear una pelota. En un momento pareció estar a punto de desmayarse y ella se levantó para ir a ayudarlo, pero un hombre se le adelantó, arrodillándose junto a él.

—Tranquilo, aquí estoy —le dijo al niño, y lo asistió con un inhalador—. No hay nada que temer. Todo está bien.

Gabrielle los siguió con la mirada a una cierta distancia. Pronto el hombre se desprendió del que probablemente era su hijo. El niño volvió a jugar, pero él se quedó cerca, observándolo con atención con el inhalador en la mano, por si acaso...

¿Y si un eventual hijo o hija de Gabrielle y Joel tenía problemas al nacer? ¿No era eso un riesgo, considerando que sus padres se habían inyectado S-22 durante gran parte de sus vidas? Ella suspiró, dejando su café a un lado, aunque no lo había terminado. No necesitaba pensar en el tema de la maternidad en ese momento. Por un lado, ya tenía una posición tomada al respecto, más allá de las razones. Por el otro, había encontrado a una persona normal a la que podía ayudar de verdad, y eso era más importante que sus problemas personales.

Se levantó y, tratando de ser natural, se acercó al hombre que tenía el inhalador.

—¿Asma? —inquirió, y el otro se volteó en su dirección. La enorme tristeza en sus ojos claros amenazó con desarmarla cuando asintió, y Gabrielle tuvo que contener las emociones que surgieron en su corazón—. Lo siento. Yo puedo ayudarlo con eso, si usted quiere.

—¿Qué?

Como era de esperarse, el hombre tenía una mueca de escepticismo en el rostro. Era lo que ocurría siempre que hacía lo que estaba a punto de hacer. Gabrielle abrió su cartera y dejó asomar los paquetes con los

frascos y las jeringas en su interior. El hombre retrocedió al instante.

—¿Qué es eso? Si piensa que puede venderme drogas...

—No son drogas. Al menos no del tipo que se imagina. Con esto, su hijo puede revertir completamente su enfermedad —explicó Gabrielle—. No es una broma. La sociedad a la que pertenezco tiene suficientes recursos como para permitirse entregar esto de forma gratuita en algunos casos. Yo creo que el suyo lo amerita. ¿Usted no? Si quiere completar la transacción...

—¿La transacción? —la interrumpió el padre del niño enfermo, furioso—. No la conozco y, hasta donde sé, esas drogas podrían matar a mi hijo —dijo entre dientes—. Usted está demente. Aléjese de mí, o llamaré a la policía.

El hombre se llevó al niño lejos con la pelota y el inhalador sin esperar a que dejara de jugar. Gabrielle los contempló partir y, cuando ya estuvieron lejos, suspiró y sacó un paquete de cigarrillos de su cartera. Los había encontrado en el baño por la noche y sabía que debían pertenecer a Papá Michael, pero aun así los había tomado. Encendió un cigarrillo y se lo llevó a la boca antes de atravesar el parque sin ganas de ayudar a nadie más.

La última vez que había fumado había sido la tarde anterior, junto a la ventana de la casa de Aberlady, mientras se preguntaba por qué Joel había insistido tanto en ir a hacer las compras y luego la cena esa noche. Cansada de pensar en posibles razones sin que ninguna pareciera suficientemente interesante, había puesto el agua a hervir para hacerse un té y leer una novela frente al paisaje verde que se veía por la ventana. De a poco estaba adaptándose a las costumbres de Escocia de siempre, en un pueblito tan tranquilo y familiar como Aberlady. Tenía recuerdos de ese lugar de cuando era pequeña, y de cuando había pasado una larga temporada allí con Adam y Papá Michael... La temporada en que había conocido a Joel.

Estaba revisando la pequeña biblioteca de la casa para escoger el libro adecuado, cuando sonó el timbre, y se sobresaltó. Todavía era temprano para que Joel regresara, de modo que apagó el cigarrillo, sacó la pistola de la alacena y se dirigió hacia la entrada. Lista para disparar perforando la puerta, se estiró para ver por la mirilla y, cuando reconoció a quien estaba del otro lado, se quedó anonadada.

—Gabrielle, soy yo —confirmó una voz que solo había oído por teléfono en las últimas semanas.

Ella se guardó el arma y abrió la puerta para dejar pasar a Jean-Philippe a la casa. Se veía mejor que la última vez que habían hablado cara a cara,

antes de que se marchara a su misión para encontrar a los Sullivan. Llevaba camisa y pantalones oscuros, y tenía los zapatos lustrados. La melena estaba peinada y tenía un bigote recién recortado. Gabrielle concluyó en que no se veía ni demacrado ni exhausto y que hasta se había acicalado para la ocasión.

—¿Qué haces aquí? —preguntó mientras cerraba la puerta tras él, porque una cosa era hablar en secreto por teléfono durante la misión y que le contara lo que ocurría con los Sullivan, y otra muy distinta era aparecerse en una propiedad de la sociedad cuando todo contacto estaba expresamente prohibido—. Si te encuentran aquí...

—No lo harán —respondió Jean-Philippe al instante, y fue como si le suplicara con la mirada—. Necesitaba hablar contigo.

—Podrías haber llamado. Esto es peligroso.

Los ojos de Jean-Philippe perdieron algo de su fulgor, y se volvió hacia la puerta como si se sintiera fuera de lugar. Gabrielle lo vio tocar sobre el picaporte, y se apiadó de él, más allá de las implicancias que esa visita podía tener. Solo cabía esperar que estuviera ahí por una buena razón y, sobre todo, que se quedara poco tiempo para evitar que hubiese testigos.

—No, está bien. Ya estás aquí —le dijo, lanzando un suspiro. Ya era tarde para hacerlo regresar—. Vamos, estoy haciendo té.

Lo condujo hacia la cocina, donde el agua ya estaba lista. Jean-Philippe se sentó a la mesa y aguardó mientras ella servía el té. Gabrielle puso las tazas sobre la mesa, trajo el azúcar y puso dos terrones en cada una con cierta incomodidad.

—¿Pasó algo con la misión? ¿Estás en peligro?

—No lo sé. —Jean-Philippe apretó los labios—. Dudan de mí. Mary debe haber hablado con Roy, porque él me ha estado evadiendo... Yo les hice un gran daño en un momento muy malo de mi vida. Ellos pagaron las consecuencias de mis problemas, y Dimitri hizo bien en salvarlos. Robar las dosis fue algo terrible, pero no justificaba matarlos, y estoy seguro de que lo saben. Ahora nada nos une excepto la supervivencia. Aunque digan creer en mi historia y me hayan aceptado, todo esto es un negocio para ellos, y también una misión para mí. —Nervioso, Jean-Philippe se pasó una mano por la melena, y se quedó mirando un punto extraño más allá de Gabrielle mientras hablaba—. En realidad, en la sociedad ocurre lo mismo. Repudian las cosas malas que he hecho, pero me necesitan, y detestan depender del S-22. Todos me odian. Es entendible.

Cerró los ojos y se cubrió el rostro con las manos, como si se avergonzara. Gabrielle se sintió identificada de inmediato a un nivel que le

resultaba difícil poner en palabras. Dejó su té, se acercó a Jean-Philippe y puso una mano sobre su brazo.

—Eso no es verdad. Yo no te odio.

—Lo sé, ¿pero por qué no? —dijo él, volviéndose para mirarla—. Lo que ocurrió en Inverness fue imperdonable. ¡Maté a dos personas! Mi propio primo y su mujer. No importa lo que hayan hecho, estuvo mal, pero es aún peor cuando pienso que, esa misma noche, muchos otros murieron por mi culpa.

Gabrielle no quería pensar en una persona muy importante que había fallecido la noche de Inverness. Si él no la mencionaba, ella no lo haría. Apartó el recuerdo de su mente y se concentró en Jean-Philippe.

—Ya te lo he dicho muchas veces: eso fue un accidente.

—Tu hermano piensa que estoy loco y que quiero hacerte daño. Temo que tenga razón... Que, en el fondo, yo sea un verdadero...

—Jean-Philippe, no. No eres un asesino. Tuviste un impulso irreversible, cometiste un grave error, y pagaste veinte años encerrado por eso —dijo ella, y tuvo una extraña sensación al decirlo—. Además, has cambiado, ¿no es verdad?

Apretó el brazo de Jean-Philippe con firmeza, porque sus ojos se habían enrojecido y parecía que estaba a punto de caer en la desesperación. Sus labios temblaron cuando habló.

—Tal vez fueron los *electroshocks*, pero conozco mucho más lo que me sucede... Los famosos disparadores de los que habla siempre Dimitri en nuestras sesiones. Aun así..., en ocasiones inesperadas..., pienso y siento lo mismo que en Inverness. Es difícil de controlar...

—Pero consigues hacerlo, y eso es bueno. Realmente lo es.

Jean-Philippe asintió otra vez, pero no estaba aliviado. Se quedaron en silencio por un momento en el que ella imaginó a Jean-Philippe armando las dosis en una mesita como un científico antiguo. Entonces, él soltó un suspiro fuerte, se restregó la cara y se echó la melena hacia atrás. Acto seguido, sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo, le ofreció uno y tomó otro para sí mismo. Sin entender bien a qué se debía ese cambio de actitud, Gabrielle se inclinó para que se lo encendiera, y en ese momento vio una mancha violácea en la piel que asomaba por debajo del puño de la camisa.

—Tienes una mancha en la muñeca —le hizo notar, volviéndose con el cigarrillo ya prendido—. ¡Por favor, dime que no estás haciéndolo de

nuevo!

Él no la miraba. Solo fumó de a poco. Una voluta de humo se desprendió de entre sus labios. Sus ojos todavía estaban un poco rojos, como si sus emociones internas fuesen tan intensas que debía luchar para no dejarlas escapar. Pero no lucía como si fuese a romper en llanto.

—¿Te acuerdas de que, antes de irme, me permitieron trabajar en una nueva fórmula? —preguntó, y Gabrielle recordó que el Directorio había aprobado que tuviera acceso a sus instrumentos de experimentación porque estaba mejorando en sus pruebas de *electroshock*—. Lo que estoy haciendo va a cambiarlo todo. Esta vez, los cambios para quien tome el S-22 serán permanentes. Habrá inyecciones que podrán aplicarse cada ocho horas por un día entero, y entonces podrás vivir indefinidamente, sin enfermar y sin tener que usar otra dosis nunca más. Solo podrás morir si te ponen una bala en la frente.

Soltó una nueva bocanada de humo y Gabrielle se quedó mirándolo, atónita. Cuando hablaba de sus experimentos, no parecía el mismo hombre que se sentía culpable por sus pecados, sino un individuo seguro, extremadamente cómodo consigo mismo y hasta tenía un aire magnánimo muy peculiar. ¿Ella había escuchado bien o estaba delirando? Podría vivir para siempre. Con Joel. Con Papá Michael. Con Adam. Dejar de temer que algún día fuera a acabarse el S-22, que enfermara como su madre o que la mataran. Tener una vida casi normal.

—Pero todavía no estoy seguro de que funcione. Eso es lo que estoy investigando —confesó él, y antes de que ella lo interrumpiera, siguió, casi recuperado de su exabrupto emocional—: Sé lo que vas a decirme por la mancha que viste, y sí, me he inyectado algunas dosis de prueba para ver los efectos adversos. No hay otra forma. Es un proceso complejo que requiere tiempo y, sobre todo, pruebas reales.

—¿Y qué pasa si una prueba termina matándote? —preguntó Gabrielle. No era solo que le preocupara su bienestar, sino que, si Jean-Philippe moría, la sociedad entera moría con él y con su conocimiento sobre cómo crear el S-22.

—Los grandes descubrimientos conllevan riesgos. La historia ha probado que es una verdad universal —lo oyó decir, terminando su cigarrillo—. Es normal probar cómo reacciona el propio organismo. Cuando haya borrado las fallas y los efectos secundarios, todos dejarán de depender de mí, y cada uno podrá hacer lo que desee.

Una repentina prudencia obligó a Gabrielle a no preguntarle quiénes serían los beneficiarios de las dosis de vida eterna. La amistad entre los dos, aunque estrecha, no era garantía absoluta, ni siquiera a pesar de todos los favores que él le había hecho. Además, jamás podría aceptar

una oferta semejante si su hermano, Papá Michael y Joel no eran parte del trato.

—Dijiste que estabas dándoles dosis a los Sullivan. ¿Es la nueva fórmula? —quiso saber, y cuando Jean-Philippe asintió, hizo una mueca—. ¡Pero te enviaron a capturarlos porque son considerados enemigos de la sociedad! No pueden obtener el beneficio de vivir para siempre. ¿No crees que quizás sospechan algo, o que el nuevo S-22 los está afectando?

Él asintió de nuevo.

—Es parte de las pruebas, y es un riesgo que estoy dispuesto a correr. Incluso si me debilita. Tienes que guardar el secreto. Promételo, por favor. Yo he hecho lo mismo por ti.

La miró con una cierta intensidad diferente, y Gabrielle tuvo que aceptar su pedido, por más peligroso que fuera. Era verdad que Jean-Philippe era su confidente para muchas cuestiones sobre las que no deseaba hablar con su hermano, y en ocasiones ni siquiera con Joel.

—¿Sabes qué es lo más sorprendente sobre los Sullivan? —siguió Jean-Philippe, sin que ella comprendiera del todo el cambio de tema—. Roy ama a Mary como pocas veces he visto a un hombre estar prendado de una mujer. Yo nunca me he enamorado de alguien tanto como para dejarlo todo y emprender una aventura que desafía toda lógica. Ni siquiera de Monique. El amor es algo complejo —explicó, como si hablara para sí mismo, y la miró de soslayo—. ¿Has pensado en lo que hablamos la última vez?

Gabrielle hundió la cabeza entre sus brazos cruzados, poniéndose tensa como siempre que surgía aquel tema. Ya había tomado una decisión sobre esa cuestión. O eso creía.

—Claro que lo pensé —replicó—. ¿Tener hijos, siendo como soy? No soy apta, no estoy preparada y no tengo paciencia. No quiero ni pensar lo que pasaría si me mataran y quedaran huérfanos, y Joel viudo... o al revés. No podría vivir con eso. Además, ya sabes lo que pasaba con mi madre. Fue una de las razones por las que comencé con el S-22. —Ella trató de recomponerse. Pensar en su madre le causaba dolor, vergüenza y miedo—. Además..., ¿cómo le dices a alguien que será un niño para siempre? ¿O qué?, ¿lo dejas crecer y luego le das el S-22 para que se mantenga joven como tú? Eso ya lo padecemos nosotros, y sabemos que mucha gente no lo soporta. —Negó con la cabeza—. Realmente no lo sé... Creo que es demasiado. Yo diría que no. No, no quiero ser madre. Quizás Joel tampoco quiera ser padre. Nunca lo hemos hablado. No todo el mundo quiere hijos.

—Pero si él te dijera que se ve a sí mismo formando una familia contigo, tal vez cambiarías de opinión.

Gabrielle no podía darse el lujo de pensar en un futuro que no podía tener. Era una tontería.

—O tal vez no —concluyó.

—O tal vez no —repitió Jean-Philippe—. Es verdad. Pero si la nueva fórmula funciona, muchas de las razones que te hacen dudar desaparecerán, y quizás pensarás diferente.

Sonrió con tristeza y luego se quedó pensativo. Gabrielle reflexionó que, después de todo aquello por lo que Jean-Philippe había pasado, era normal sentir envidia y esperanza en relación con un amor que otros tenían y él no, aun cuando se trataba de una relación imperfecta como la que ella tenía con Joel. Gabrielle se cruzó de brazos, imaginándose teniendo que volver a decidir sobre la cuestión de la maternidad. Entonces notó que Jean-Philippe la contemplaba: sus ojos eran celestes y cristalinos, y parecían cargados de una agonía constante pero también de un profundo agradecimiento. Gabrielle no necesitaba que le diera explicaciones. Sabía de sobra que ella era la única que siempre lo había apoyado y había creído en su capacidad de volverse un hombre diferente. Era lógico que quisiera ayudarla lo más posible a tomar la determinación correcta. Al menos ahora tenía claro que la consideraba como posible destinataria del nuevo S-22; solo quedaba definir las condiciones llegado el momento correcto.

—Debería partir —dijo él entonces, levantándose de la silla y yendo a arrojar el cigarrillo al lavabo de la cocina.

Fueron juntos hasta la entrada y allí se despidieron.

—Ten cuidado —le pidió Gabrielle.

—Lo haré —respondió Jean-Philippe, y se inclinó para darle un beso en la mejilla antes de marcharse.

Ella lo miró caminar por la calle hasta un auto viejo y destartado, imaginando en qué circunstancias volvería a verlo. Era una lástima que la misión hubiera salido mal, y que horas después de aquella visita los Sullivan hubieran entrado a robarse las dosis de la casa de Aberlady y a intentar matar a sus ocupantes. Ni siquiera las pruebas en Roy y Mary con la nueva fórmula habían dado resultados, porque los dos ya estaban muertos.

Regresando a la realidad, Gabrielle se alivió cuando notó que la calle por la que subía ya no era tan empinada. Le dolían los pies, casi había

terminado el cigarrillo que había pertenecido a Papá Michael y quería detenerse a descansar. Mientras intentaba decidir el lugar, pensó en lo cómoda que se sentía durante sus charlas con Jean-Philippe. Le resultaban naturales, como si a su lado no existiera el riesgo de que arruinara todo con lo que salía de su boca, porque la perdonaría sin reproches de por medio. Con razón Joel creía que había algo más entre los dos, sobre todo, cuando ella no lograba manejar las conversaciones de la manera adecuada. Gabrielle caminó sin rumbo fijo, rememorando lo que le había dicho el padre del niño enfermo. «Completar la transacción», ¿de dónde había sacado esa palabra? El hombre había tenido razón en criticarla por eso. Igual que Joel tenía razón en enfurecerse al oírle decir que aceptar casarse con él era «arreglar» las cosas. Por más que lo intentaba, pocas veces Gabrielle conseguía transmitirle lo que sentía correctamente... Debía tener cuidado o algún día él encontraría a alguien mejor. Tal vez era mejor así. Quizás él merecía una persona que estuviese a su altura, no una mujer que no pudiese comunicarse ni controlar su propio comportamiento.

Suspiró, y echó humo por la boca antes de arrojar la colilla del cigarrillo en un cesto de basura en el camino. Decepcionada de sí misma, siguió el camino que llevaba a la mejor vista de la ciudad.

Cuando Joel se sentó a la mesa de la cafetería con su café, y miró por la ventana del local, se preguntó si estaba en el lugar correcto. No era la primera vez que se apartaba para poner sus ideas en orden. Los últimos años habían sido difíciles, y en días como aquellos no podía evitar evaluar si no era mejor dejarlo todo atrás y marcharse. Si podía sobrevivir sin el S-22, podía hacer lo que fuera... hasta armarse una nueva vida en la que hubiese menos drama y más tranquilidad..., pero estaba el asunto de Gabrielle, y lo que sentía por ella, y lo que significaba incluso cuando estaban peleados.

Por instinto, metió la mano en el bolsillo de la campera y sacó su billetera. Al abrirla, tuvo frente a sus ojos una fotografía. En la imagen, un niño de ojos verdes reía sentado a una mesa. Tenía delante un pastel de cumpleaños con el número nueve y un hombre y una mujer estaban parados a su lado, sonriendo. Ella llevaba el cabello corto y abultado, y él tenía grandes entradas.

Sus padres habían muerto el día de su cumpleaños, cuando, después de que les tomaran esa fotografía, habían salido a tomar un helado en familia y un conductor borracho los había atropellado en una esquina, frente a un

semáforo en rojo. Joel había sido el único que, a pesar de las heridas, había sobrevivido después de largas semanas en el hospital. Sin embargo, a veces deseaba no haber salido vivo de aquel accidente; aunque sabía que desear eso era estúpido, no podía evitar sentir que era injusto que él siguiera allí mientras que personas tan extraordinarias como sus padres estuvieran bajo tierra. Recordó a su madre, que había preparado con esmero las decoraciones de cumpleaños hasta la medianoche anterior, y a su padre, que le había ofrecido una charla sobre chicas muy esclarecedora esa semana antes de irse a dormir.

Joel llevaba esa fotografía siempre consigo para recordarse que era posible formar una familia estable y amorosa. Sus padres seguían siendo el ejemplo de matrimonio al que él aspiraba y, cuando su relación con Gabrielle se complicaba, generalmente encontraba que pensar en ellos le daba esperanzas y fuerzas para resistir. También tenía a mano otra imagen que le gustaba mucho. La extrajo y la colocó sobre la mesa: era la de Gabrielle, con el cabello despeinado y sonriéndole junto a una ventana. Se quedó contemplándola por un momento; luego, guardó las dos fotografías y abandonó la cafetería en silencio.

Caminando por las calles de Edimburgo, Joel pensó que, si tan solo pudiera replicar algo de lo que había sido la relación entre sus padres, sería feliz. Imaginó cómo sería él mismo como padre y se vio alzando a una niña en brazos, o chocando los puños con un niño pequeño. Sin embargo, esa sensación de bienestar se esfumó pronto. Aun si había dejado el S-22, no tenía marco de referencia para saber si podía haber efectos secundarios más adelante si elegía tener descendencia. Aquello era un misterio. Además, si Gabrielle ni siquiera podía aceptar casarse con él de una manera normal, tampoco le sería fácil definir si quería tener hijos o no. Y ni hablar de dejar el S-22 y tener una vida normal alejada de Jean-Philippe, a quien ella sentía que le debía tanto.

Se restregó los ojos mientras subía una calle empinada, haciéndose a la idea de que tarde o temprano tendría que enfrentar esa situación. Cuando quiso darse cuenta, estaba frente a unas escaleras anchas rodeadas de piedras y pastos. Vio el cartel de la entrada: «Bienvenido a Calton Hill». Joel respiró profundamente ante el mapa de los senderos y de los monumentos de uno de los parques más populares de Edimburgo. Solo había un sitio en la ciudad en donde Gabrielle y él nunca discutían, y era en esa colina.

Mientras subía las escaleras, recordó cómo Gabrielle había pasado la primera noche de sus vacaciones en Aberlady intentando cocinar sin mucho éxito y cómo él había mentido y se había comido todo deshaciéndose en alabanzas graciosas. También se acordaba de que había bromeado sobre las armas en la alacena mientras comían y de que habían terminado riéndose como locos al buscar semejanzas entre su relación y la última telenovela de moda, incluidos el drama y el papel del hermano

eternamente preocupado que jugaba Adam en la vida real.

Cuando avanzó por el primer sendero y se cruzó con algunos visitantes que paseaban por el parque admirando los monumentos, recordó que él y Gabrielle habían recorrido las calles de Aberlady como si estuvieran de luna de miel, negocio por negocio, deteniéndose en especial en el Benson's Pub para tomar algo antes de regresar a casa. En esos días, Gabrielle era capaz de mostrar su lado encantador, ese que casi nunca salía a la luz y que solo dejaba que él viera. Con Joel a puertas cerradas, ella era diferente; no siempre, pero muchas veces sí. Aunque solía tener mal humor y se enojaba a menudo, de vez en cuando dejaba de lado las diferencias para que ambos pudieran actuar como una pareja normal en un pueblo normal y no dos eternos nómades que llevaban diecinueve años juntos inyectándose una droga que los hacía de algún modo inmortales.

Pronto Joel estuvo en el punto más conocido de la colina, un camino con un mirador desde el que se tenía una vista privilegiada de la ciudad. Respiró el aire fresco y se refregó los brazos; se había levantado viento y comenzaba a refrescar. Entonces, reconoció una figura sentada en un banco junto al cartel en donde se indicaban los edificios históricos que se podían admirar desde allí.

Gabrielle. Aunque ella lo volviera loco, le atraía sin que pudiera evitarlo. Joel se aproximó al banco y se sentó a su lado.

—¿No es raro? —dijo Gabrielle en un susurro al cabo de unos instantes.

—¿Qué cosa?

—Que Papá Michael tenga razón en eso que suele decir. Que no importa cuánto tiempo haya pasado, siempre regresamos a los sitios que nos marcaron, sin darnos cuenta.

Era verdad que Papá Michael muchas veces adoptaba un aire serio y maduro que no cuadraba con su imagen. En esas ocasiones, daba un mensaje sabio que generalmente resultaba tener mucho sentido si se veían las cosas en perspectiva. Por ejemplo, que uno siempre guardaba los momentos más importantes vividos con quienes más amaba, y que por eso era inevitable volver a donde habían ocurrido.

Joel recordaba perfectamente qué había pasado en Calton Hill y, cuando se volvió hacia Gabrielle, ella lo miró, conmovida.

—Aquí veníamos a besarnos en secreto —susurró ella, con el cabello moviéndose al compás del viento. Tenía los ojos rojos, como si estuviera conteniéndose para no llorar—. Jean-Philippe no significa nada, no de esa

manera. Lo juro.

Joel sintió un nudo en la garganta al verla así, tan vulnerable.

—Lo sé. Es quien nos dio esta vida, pero nosotros la elegimos. Nadie nos obligó... Es solo que a veces todavía me siento... atrapado. Atrapado por todo lo que ocurre, y como está relacionado con él, termino frustrándome. No sé si tiene sentido.

Ella le tomó la mano y entrelazó los dedos de ambos.

—Lo tiene... Pero tienes que creerme. No me compartes con nadie. Jean-Philippe y yo solo somos amigos. Soy la única persona en la que confía desde hace años. Para él, los demás son... solo gente que lo necesita. Quiere enmendar sus errores, pero sabe que todos odian depender del S-22. Puede tener una gran influencia sobre nosotros, pero a la vez está muy solo, ¿entiendes? Conmigo, es diferente. Cree que trato de ayudar de verdad.

Aunque en el fondo le dolía que alguien más fuera tan cercano a Gabrielle, Joel no podía hacer otra cosa que mostrarse comprensivo. Jean-Philippe le había dado todo y le había permitido estar donde estaba hoy.

—Lo que ustedes dos hablan... Entiendo que no puedas contarme porque tal vez no sea lo correcto, pero en ocasiones creo que él sabe más que yo sobre lo que sientes. Como que no puedo llegar a ti, y cada día estamos más separados...

—Joel —dijo Gabrielle con firmeza, y él se volvió hacia ella—. Eso no es cierto. Tú eres el único que me conoce en serio. Y por eso voy a casarme contigo. Por eso, y porque te amo, y eso no va a cambiar.

La mirada de ella era determinada, como siempre que hablaba en serio. Viéndola así, despojada de su usual actitud contestataria, Joel reconoció a la mujer de la que se había enamorado.

—Te creo —susurró, tomándole la mano. Gabrielle no tenía talento para escoger las palabras correctas, pero también era capaz de dejarlo sin ellas cuando de verdad lo intentaba—. Dije que me quedaría, ¿recuerdas?
—agregó, sonriendo, pensando en la mañana en que había decidido unirse a la sociedad.

Gabrielle sonrió entre las lágrimas que asomaban en sus ojos.

—Lo siento. Nunca imaginaste que estarías con una persona tan complicada como yo. Soy un verdadero desastre.

—Desastre, no. Pero ya sabía que eras complicada desde el principio
—respondió Joel, y rieron.

—Y a pesar de todo, sí, te quedaste. —Gabrielle lo miró a los ojos,
emocionada—. Estoy feliz de que haya sido así.

Joel asintió, se acercó y la besó mientras el viento los acariciaba. Al separarse, suspiró y miró hacia la ciudad, mientras ella apoyaba la cabeza en su hombro y le apretaba la mano un poco más, como si quisiera quedarse allí para siempre, acurrucada contra él.

Capítulo 7

7

—Jean-Philippe, ¿hay algo más que pueda ofrecerte? Considerando la serie de *electroshocks*, debes sentirte exhausto.

—No, gracias. Estoy bien así.

Con una mirada de sospecha, Fred se acomodó los lentes, dejó la taza de café en la mesa y dejó la sala. Seguro participaría de la reunión de la mañana y dejaría mal parado a Jean-Philippe, dado que tendía a defenderlo ciegamente en las discusiones y eso no caía bien en el Directorio. Aun así, no podía reprenderlo. No mientras Fred lo idolatrara e hiciera lo que fuera que él le pidiera, más allá de las posibles consecuencias.

Su taza de café desprendía un hilo de vapor que ondeaba en el aire y que ascendía hasta desaparecer... Jean-Philippe sintió que el corazón se le aceleraba, y cerró los ojos un momento. Ya no tenía las esposas que lo sujetaban a la cama y hasta había dormido un par de horas luego del tratamiento, pero se sentía cansado y le dolían las muñecas y los tobillos. Lo habían traído a la sala apenas había despertado, y no le habían permitido cambiarse: vestía las mismas ropas sucias de Aberlady y, si bien se había quitado el saco, todavía tenía manchas de sangre ajena en la camisa.

Aguardó con una fuerte sensación de ahogo, porque aquel lugar le generaba malos recuerdos. Habían hecho modificaciones a esa sala de la casona desde la última vez que había estado allí, cuando le habían aprobado su misión contra los Sullivan un mes atrás. Habían reemplazado la alfombrita del centro. La mesa era diferente. Las cortinas sencillas que enmarcaban la ventana en la otra punta eran nuevas y hasta la brisa que entraba por ellas parecía impartir aires de cambio al ambiente...

Una llamarada atravesó su cuerpo como una corriente eléctrica a destiempo, y se vio sumergido en el pasado sin poder controlarlo.

En los viejos tiempos, cuando el siglo xix pasaba por su mayor esplendor, su primo Claude solía ser quien abría las ventanas de la casa por la mañana. Luego, se dedicaba a hacer las compras matutinas, pero siempre tomaba los recados de la puerta cuando tenía la oportunidad mientras que la criada limpiaba. Cuando su madre había muerto, presa de la angustia que le había provocado la muerte de su marido, se había ido a vivir con Jean-Philippe. Lo menos que podía hacer este último era intentar

reconfortarlo dándole charla sobre las nimiedades de la vida en París para hacerle olvidar sobre el baúl lleno de símbolos, instrumentos y documentos extraños y, sobre todo, sobre la carta repleta de brujería. Por suerte, Claude estaba aceptando la ayuda bastante bien, como si al fin se hubiera ablandado un poco. Cada vez eran más cercanos y hasta era normal que los dos desayunaran juntos antes de que comenzara la jornada, una costumbre que les permitía hacerse compañía y no sentirse tan solos.

—Estoy pensando en comprarme un bastón —comentó Jean-Philippe una mañana, mientras partía un trozo de pan—. ¿Qué opinas?

Al otro lado de la mesa, Claude frunció el entrecejo.

—Creo que, si bien te daría un aire distinguido, también te haría ver mayor. Lo cual es bueno si estás buscando deslumbrar a alguna dama —dijo, y levantó los ojos marrones y brillantes hacia Jean-Philippe mientras se acercaba la taza de té a los labios.

Lucía mucho mejor desde aquella pelea que habían tenido en el establo bajo la luz de la luna. Ahora Claude tenía el cabello rubio reluciente, una elegancia fresca envidiable y una energía casi renovada. Sonrió a Jean-Philippe a su manera característica: franca, segura y reconfortante, con los hoyuelos marcándosele en el rostro. Se parecía mucho a su propia madre. Jean-Philippe también sonrió, pero a medias. En el fondo, admiraba su fortaleza y deseaba ser más como él, no un solterón que intentaba encontrar su rumbo en la vida y al que todo le resultaba aburrido e insulso. Eran dos hombres de más de cuarenta años, que habían crecido juntos y atravesado varias tragedias familiares. Y, sin embargo, eran tan diferentes...

Jean-Philippe alejó los pensamientos negativos de su mente y se acomodó en la silla.

—Es una maravilla que seas tan cordialmente sincero. Espero que sea una virtud que apliques a conciencia al momento de ejercer el negocio familiar.

—Es probable que no sea tan útil para vender alhajas y muebles —admitió Claude, haciendo una mueca. De vez en cuando ayudaba en el negocio para mantenerse ocupado.

Sonrieron de nuevo, y Jean-Philippe observó a Claude con atención. Había algo en él fuera de lo común, incluso considerando lo muy recuperado que estaba.

—Te encuentras extremadamente entusiasta hoy —comentó—. ¿A qué se debe? —Cuando su primo no respondió, creyó que solo podía tratarse de

una cosa—. ¿Es una mujer?

—Eso quisiera —dijo Claude, negando con la cabeza, como si la situación le divirtiera, y justo cuando Jean-Philippe iba a presionarlo, tocaron a la puerta—. No te preocupes, yo iré.

Se levantó cortando la conversación de una forma conveniente, y fue a abrir. Jean-Philippe aguardó, pensando en cómo retomar el tema de las mujeres cuando regresara, pero cuando Claude volvió, tenía una expresión rara en el rostro.

—Preguntan por ti. Querían que te entregara esto —contó Claude, y le mostró una nota en un papel doblado.

Jean-Philippe desdobló el papel, imaginando que había olvidado pagar alguna deuda, pero la nota decía: «Hablemos, por favor», con una letra partida que conocía bien, para su desgracia.

—No puedo creerlo... —masculló Jean-Philippe, que había comenzado a sudar. Se levantó y miró a Claude—. Quédate aquí.

Fue hasta la puerta, donde lo esperaba un hombre alto y regordete.

—Jean-Philippe...

—Fuera de aquí —Jean-Philippe intentó cerrar la puerta, pero el hombre del otro lado empujó en sentido contrario.

Quedaron cara a cara mientras forcejeaban por el control de la puerta. Jean-Philippe no deseaba mirarlo a la cara, pero el hombre hablaba muy cerca, tanto que podía sentir su asqueroso aliento sobre la piel.

—Solo quiero saber cómo está tu madre —murmuraba el desgraciado—. Sé que tu tío Damien ha muerto...

—¿Sí? ¿Y cómo lo averiguaste? ¿Por tus mujerzuelas? No sé cómo tienes la valentía de regresar aquí —dijo Jean-Philippe, haciendo más fuerza para cerrar la puerta—. Lo que pase en esta casa no es de tu incumbencia. Dejó de serlo hace mucho tiempo.

—Hijo...

—No soy tu hijo.

Presa de la furia, Jean-Philippe clavó la mirada en el hombre sin pudor. Tenía el cabello entrecano, la barba blanca y había aumentado de peso, pero era fácilmente reconocible. Las facciones seguían siendo las mismas, y las arrugas pintaban esa expresión de fingida desesperación que

siempre había tenido. Se había marchado cuando Jean-Philippe tenía catorce años y él solo lo había visto una vez más después de eso durante una visita fugaz, justo antes de que desapareciera de nuevo.

Hubo una pausa entre ambos en donde solo se oyeron los sonidos provenientes de la calle. Los perros vagabundos ladraron, la gente que paseaba hablaba y reía más allá. El hombre despegó los labios de nuevo y, cuando lo hizo, un reloj de oro se le escapó de la levita y colgó de su cuello con desprolijidad.

—Aquí ya no hay lugar para ti —sentenció Jean-Philippe, sin dejarlo hablar—. Vete. Márchate y no regreses nunca más.

—¿Baptiste? Sí, eres tú, Baptiste...

Quien había hablado y se aproximaba era la madre de Jean-Philippe. Evidentemente, la discusión había perturbado sus horas de lectura. Llevaba un vestido rosa pálido y tenía lágrimas en los ojos, como si estuviese fascinada.

—No te preocupes, madre. No voy a dejarlo entrar —le aseguró Jean-Philippe, y volvió a tratar de cerrar la puerta a la fuerza, solo para que el hombre volviera a intentar impedirselo.

—Corinne, ¡Corinne! Tenemos que hablar. Por favor —le suplicó el hombre a la anciana mujer—. No pido nada de ti, excepto un minuto de tu tiempo.

—¡Claude, tenemos un intruso! ¡Un ladrón! —gritó Jean-Philippe, porque necesitaría ayuda para cerrar la puerta de una vez por todas. Sin embargo, apenas dijo eso se encontró con la mano de su madre posada en su hombro.

—Déjalo —decía ella—. Lo veré. Un minuto no es nada. Sigue siendo tu padre. —Su mirada, cristalina y esperanzada como no la había visto en mucho tiempo, lo sorprendió incluso más que el perdón tácito que flotaba en el aire.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo? ¡Él nos dejó!

—Abre y déjanos a solas, por favor. Ahora.

Fue imposible comprender aquella reacción, pero cuando su madre abrió la puerta ya no hubo forma de impedir el reencuentro. Jean-Philippe salió a la calle pasándolos de largo, furioso. Que hablaran lo que tuvieran que hablar. Él no iba a quedarse a escucharlos. No le interesaba. Se pasaría el resto de la tarde en donde fuera menos allí. Cuánta alevosía tenía ese desgraciado. ¡Los había abandonado hacía tanto tiempo, y ahora

pretendía aparecerse y sentarse a tomar el té como si nada!

Cuando volvió un par de horas después, se encaminó hacia su habitación y allí se encontró con su primo, que lo esperaba sentado en la cama.

—Por fin regresas —dijo Claude.

—Como si importara. ¿En dónde está mi madre?

—En la cocina. Lo llevó a dar un paseo, pero ya regresó —Claude agregó—: Dijo que le dejará pasar aquí unas noches... Dijo que lo ama.

—¿Qué? ¡Es ridículo! —Jean-Philippe pateó el borde de la cama, haciendo que Claude se sobresaltara.

—¡Espera! No te desquites conmigo.

Presa de la frustración, Jean-Philippe se sentó en una silla de madera que había junto a la ventana y se revolvió la melena.

—Lo siento, ¡pero es que no lo comprendo! Él la dejó por muchas otras mujeres. Alguien que ha hecho cosas tan imperdonables regresa de pronto, y todo lo que recibe es... «amor».

Claude se acarició la barbilla, pensativo.

—Quisiera poder encontrarle una explicación...

—Nunca fuimos una familia. No con él —lo interrumpió Jean-Philippe—. Debe querer algo de nosotros. Si mi madre desea dejarse engañar, que haga lo que le plazca. Yo no me quedaré aquí a verla sufrir todos los días... y, de todas maneras, ella prefiere que estés tú aquí.

—¿De qué hablas?

Jean-Philippe suspiró. ¿Acaso Claude estaba tan ciego? Nada había sido igual desde que se había mudado a la casa. Los detalles abundaban y todos señalaban en la misma dirección.

—No me digas que no lo has notado. Ella es más feliz contigo. Siempre lo ha demostrado, incluso cuando vivías en otro sitio y solo íbamos de visita. A mí no me prestaba atención, mientras que a ti te daba charla todo el rato. Está encantada con tenerte aquí. Eres como el hijo perfecto que nunca tuvo. Bien parecido, inteligente, amable...

—Tú eres todas esas cosas y mucho más —respondió Claude—. Pero solo cuando te lo permites y cuando dejas que la gente te conozca de verdad.

Te lo he dicho muchas veces.

Jean-Philippe chistó con la boca e hizo un ademán para dar a entender que todo eso eran puras tonterías.

—Si hay algo inexplicable, es que todavía tú no te hayas casado. Ninguna mujer se interesa en lo que tengo para ofrecer porque siempre que te conocen a ti se olvidan de mí.

—Eso no es cierto. Solo estás viendo la parte que te conviene para alimentar los pensamientos oscuros dentro de tu cabeza. Además, aquí yo no importo, y menos las supuestas mujeres de las que hablas —dijo Claude—. Lo que interesa son tu madre, tu padre y tú. ¿De verdad vas a marcharte? Porque si ellos dos fueran mi madre y mi padre, me quedaría para protegerla a ella y decirle lo que realmente pienso a él. Esto es un error, estoy de acuerdo. Y, si algún día tengo hijos, quisiera que no me abandonaran y que me hicieran darme cuenta de lo que pasa.

Claude se levantó de la cama y desapareció más allá de la puerta. Jean-Philippe pensó en lo que había dicho, y concluyó que tenía un buen argumento. No podía dejar a su madre sola. Jamás se lo perdonaría. Entonces se acercó a la cocina, donde estaba su madre. Al verse mutuamente, los dos se quedaron parados en donde estaban. Jean-Philippe trató de contener la tristeza que había derivado de la rabia de hacía un rato, pero le fue muy difícil. Su voz sonó dolorida cuando susurró:

—Escuché que salieron a dar un paseo —apenas dijo eso, ella asintió—. Y que le darás una habitación.

—Nunca pensé en volver a tener una vida junto a tu padre —dijo ella, aproximándose con un vaso de agua—. A veces ocurren cosas que están más allá de nuestra imaginación, incluso del dolor. Es como el baúl de tu tío cuando lo trajiste a casa. Claude hizo bien en no quemar sus pertenencias, gracias a ti. Las guardaré para mantener el recuerdo de Damien en mi memoria, como se debe. Podrá haber tomado muy malas decisiones, pero sigue siendo mi hermano. Y lo mismo sucede con tu padre.

—¿Pero qué quiere? Te engañó. Más de una vez.

—Sí. —La piel de su madre parecía más tersa y su mirada había recuperado su intensidad de antaño, como si el reencuentro la hubiese rejuvenecido. Ella tomó la mano de Jean-Philippe, conmovida—. Sé que no lo entiendes, y está bien. Cuando amas a alguien, y esa persona comete errores y te hace sufrir... Piensas que es el final, y muchas veces lo es. Pero otras... Otras la vida te da una segunda oportunidad. Quizás lo

comprendas el día en que te enamores, y espero que sea pronto.

Se miraron, y Jean-Philippe no pudo contener las lágrimas, mezcla de enojo, impotencia y conciencia de que nunca había amado a nadie de la misma manera en que su madre amaba a su padre. No podía comprender lo que era perdonar a alguien por atrocidades tan grandes, y probablemente nunca lo haría.

—Salió a despejarse y regresará en un rato. Ya ha dejado sus cosas aquí. Ahora tienes que descansar —dijo ella por último, y lo abrazó antes de despedirlo con un beso. Luego se marchó a su cuarto, llevándose su vaso de agua.

Esa noche, la cabeza de Jean-Philippe no dejó de dar vueltas, de modo que no pudo descansar. Salió de la casa con un abrigo sobre la ropa de dormir y recorrió las calles intentando distraerse entre espectáculos que incluían malabares y obras de teatro improvisadas sobre tarimas de madera. Pronto los caminos se llenaron de grupos de mujeres que le sonreían insinuándole lo que él podía hacer con ellas si tuviera un poco de dinero. Cuando una de ellas se bajó el escote para dejar a la vista sus senos y lo invitó a pasar a un ambiente más privado y placentero, la escena le causó náuseas. No podía creer que su padre había caído en la trampa. Esas mujeres eran conocidas por ser ladronas, y por tener el corazón más frío que el hielo.

Jean-Philippe esquivó a todas y cada una. Sentía ansias de llegar al final de la calle de los placeres carnales, cuando hubo un hombre que le llamó la atención: estaba parado junto a una puerta con una de las damas provocadoras; la figura, regordeta y de cabello canoso, le resultaba familiar, aunque se encontrara de espaldas y no pudiera verle el rostro. La mujer metía una mano bajo su traje para jugar con un reloj de oro mientras él le besaba el cuello una y otra y otra vez.

Jean-Philippe se quedó tieso donde estaba.

Sintió una rabia que no había experimentado ni siquiera en los últimos días. Pero no dijo nada. No lo enfrentó, sino que lo observó ingresar en la casa de las prostitutas y luego regresó por donde había venido. Esa misma noche intentó hacer entrar a su madre en razón contándole lo que había visto, pero solo logró que ella se encerrara en su habitación, rompiendo en llanto y destrozando los pocos objetos de valor que conservaba. Era casi medianoche cuando una sombra ancha se proyectó en la sala. Apenas entró, el padre de Jean-Philippe se paró en seco.

—Hijo, estás aquí —murmuró y, entonces, frunció el entrecejo al fijar la vista en el baúl abierto en el piso, lleno de ropas y zapatos—. ¿Qué es

esto?

Jean-Philippe estaba sentado a la mesa, fumando un cigarrillo. Por más que quisiera lanzársele encima a su padre en ese mismo momento, viéndolo sudoroso y con la ropa desprolija, sabía que hablar sería más efectivo. Ya no solo sentía odio, sino también lástima por él. Echando una bocanada de humo, contestó:

—Son tus pertenencias, las mismas que dejaste esta noche aquí más temprano, cuando yo no estaba.

—¿Pero por qué? Exijo una explicación...

—¿De verdad? —dijo Jean-Philippe, sin poder creer lo que escuchaba. De alguna manera, era relajante expresarse así, libremente, sin irse a las manos. Lo hacía sentir poderoso, implacable—. Qué irónico que digas eso..., pero bien, te explicaré. Te vi esta noche. Te vi entrar a un sitio que pensé que habías olvidado, mucho más después de volver a tocar a nuestra puerta y de pedir nuestro perdón.

Hubo un silencio perturbador. Su padre apretó los labios y se le colorearon las mejillas por debajo de la barba blanca.

—Yo amo a tu madre...

Jean-Philippe se levantó de la mesa sin dejarlo terminar.

—¿Acostarte con cuanta prostituta se te lance encima en la calle es amor? —esgrimió con una voz dulce pero afilada, y no recibió respuesta—. Verás, es que no puedo escucharte más. El sonido de tu voz y de tus mentiras me revuelve el estómago... —Terminó el cigarrillo, lo arrojó al piso y lo pisó, mientras pensaba en una teoría que se le había metido en la mente—. No, todo esto no tiene sentido. No viniste aquí por nosotros. Si no intentaste recomponer nuestra relación durante años, ¿por qué lo harías ahora? Tú hiciste esto porque querías algo, algo tan importante que hacer llorar a mi madre no significaba nada en comparación.

Jean-Philippe se inclinó sobre el baúl abierto y metió la mano entre las prendas para sacar una carta.

—El tío Damien le dejó esta carta a Claude y la encontré entre tus ropas —dijo, sosteniéndola en el aire—. No es tuya. Nunca lo será. ¿Quién te envió a robarla, eh? —preguntó, y cuando su padre abrió la boca como si aquello fuera una sorpresa, no pudo controlar su frustración—. ¡¿Quién?!

Aguardó unos segundos, pero no sucedió nada. Su padre cerró la boca y no respondió. Irritado, Jean-Philippe se guardó la carta y pateó el baúl hacia adelante. El esfuerzo lo dejó agitado, pero aun así se aproximó a su

padre y dijo entre dientes:

—Si te veo aquí para cuando salga el sol, juro que...

—Baptiste —dijo una voz entonces, y cuando Jean-Philippe se volvió, vio a su madre que entraba en el salón con el rostro contorsionado y la ropa de dormir mojada de lágrimas.

—Corinne... Tienes que ayudarme a convencer a nuestro hijo de que está equivocado. Ven, por favor. Hagámoslo juntos.

Su padre abrió los brazos como invitándola a acomodarse allí, contra su pecho. Ella avanzó con pasos rápidos, como si pretendiera abrazarlo, y Jean-Philippe comenzó a acercarse para separarlos. ¡No iba a permitir que lo perdonara otra vez!

Sin embargo, cuando estuvo lo suficientemente cerca, pudo distinguir un brillo que asomaba por detrás de las manos de su madre, y con horror tuvo la certeza de lo que iba a ocurrir.

Fue cuestión de un instante. Su padre no llegó a anticiparlo. Como tenía los brazos abiertos, no los utilizó como escudo. Para cuando lo intentó, ya tenía el puñal clavado en el pecho.

Jean-Philippe no pudo reaccionar, y se quedó en donde estaba. Su madre extrajo la hoja, brotó sangre del pecho de su padre, y ella volvió a atacarlo con el puñal justo al lado del sitio en donde le había infligido la primera herida. A partir de entonces, se volvió más determinada y, aunque lloraba y maldecía, continuó quitando y enterrando el filo del arma en el pecho y vientre de Baptiste al menos media docena de veces más. Incluso cuando el hombre se desplomó en el piso, ella se dispuso a continuar con su descarga.

A Jean-Philippe se le había caído la carta del tío Damien de las manos, y cuando pudo reaccionar salió a sujetar los brazos de su madre sin saber bien si realmente quería detenerla.

—¡Madre!

—¡Suéltame! ¡Jean-Philippe, déjame!

—¡Tienes que parar! ¡Basta, madre!

Después de varios forcejeos, consiguió arrebatarse el puñal. Sin embargo, ella se aproximó al cuerpo de su esposo para golpearlo con los puños limpios en donde brotaba la sangre. Jean-Philippe tuvo que volver a tomarla de los brazos para alejarla, llevándosela hasta un rincón del salón. Aunque su madre se resistía con una fuerza que él no había podido

imaginar para una mujer de casi sesenta años y, aunque en el fondo no sabía si estaba haciendo lo correcto, Jean-Philippe hizo todo lo posible por contenerla dentro de un firme abrazo.

—Madre... Se terminó... Se terminó.

Ella forcejeó por unos instantes más mientras el cuerpo de su marido se retorció en un charco de sangre, con el puñal tirado a un costado en medio de la sala. Jean-Philippe la sostuvo mientras Claude asomaba desde el pasillo, contemplándolos inmóvil con una expresión de terror en el rostro. No solo se trataba del asesinato en sí, sino que ahora sabían que el baúl del tío Damien representaba un grave peligro si no se deshacían de él.

La sensación de electricidad que recorría el cuerpo de Jean-Philippe de forma intermitente cesó, y un movimiento rápido frente a él lo trajo de regreso a la realidad. Estaba en la sala del Directorio, y Alexander estaba abriendo las cortinas para dejar entrar los primeros rayos del sol de la mañana.

Terry, Dimitri y Fred ya estaban sentados a la mesa a su alrededor. Dimitri lucía preocupado y traía consigo su talón de notas amarillas. Fred suspiraba como si todo aquello le pareciera estúpido. Con solemnidad, Terry sacó de dentro de su chaqueta negra un teléfono celular, marcó un número y dejó el aparato en la mesa.

Mientras el tono seguía sonando, Jean-Philippe se miró las manos. Aunque sabía que no estaban allí, veía manchas de sangre en sus propios dedos y escuchaba los sollozos de su madre mientras la consolaba por el crimen pasional que había cometido bajo emoción violenta. Se sentía tan... real. Tan cercano, como si hubiese ocurrido hacía un instante. Pero no, ese no era él. Él no era como su madre, ni como su padre, ni como su tío. Él era diferente. Podía serlo... Había cometido errores, pero si los reparaba con pequeños gestos y misiones, y, más aún, si perfeccionaba la fórmula de S-22, tal vez...

Se sobresaltó cuando una voz distorsionada salió del teléfono sobre la mesa. Era más grave de lo que la recordaba. El director que había tomado la llamada debía estar utilizando un aparato nuevo para disfrazar su identidad.

—Terry —murmuró la voz—, ¿estás ahí?

—Sí. También se encuentran presentes Fred, Dimitri, Alexander y Jean-Philippe Dubois.

Jean-Philippe frunció el entrecejo cuando vio que, de hecho, Alexander estaba en la sala. El muchacho era muy amable, pero también preparaba

las tumbas de los muertos y eso le daba mala espina. Lo vio aproximarse a Terry y pararse a su lado a modo de escolta, tal y como cuando trabajaban juntos para darle las sesiones de *electroshock*. Ambos vestían de negro como siempre, pero la barba y cabello rojos de Terry y su mirada severa contrastaban con el pelo moreno de su aprendiz y sus ojos cálidos y complacientes.

—Es bueno saludarlos a pesar de las circunstancias —dijo el director al otro lado de la línea, con su voz grave y lánguida, y Terry apretó los labios por debajo del bigote pelirrojo.

—Comencemos con el resultado de los análisis.

Al menos, Jean-Philippe conocía los pasos siguientes, dado que había pasado varias veces por esa instancia de evaluación. Sobrevendrían una seguidilla de hechos y de informes, para luego llegar a la opinión de los participantes de la reunión y así poder evaluar el daño colateral que había generado.

—Al término de las entrevistas correspondientes, estas fueron mis conclusiones —dijo Fred, luego de recapitular lo encontrado en la casa de Aberlady y sin que nadie le hubiese preguntado qué pensaba—. Gabrielle Levingston tiene un desorden de personalidad obsesiva que debe ser corregido de inmediato. Por otro lado, Joel Chapman tiene un problema de confianza en sus pares, y presiento que esconde algo, lo cual averiguaré. Además, Adam Levingston continúa en una escalada de paranoia que acabará por costarnos caro. Por último, el señor ubicado a mi derecha y que aquí es juzgado no debe ser objeto de reprimenda ni acusación alguna...

—Con todo respeto, Fred no condujo la entrevista de Adam Levingston, y tampoco la de Jean-Philippe Dubois —interrumpió Dimitri—. En el caso de Adam, el episodio se encuentra aclarado y fue liberado con dos semanas de descanso.

Fred se inclinó sobre la mesa, se acomodó los lentes y se aclaró la garganta antes de seguir.

—¿Descanso? —Sonrió, incrédulo—. Le disparó a Jean-Philippe y casi lo mata. Y si no lo entrevisté yo fue porque tú me robaste la reunión, ¡la de él y la de Jean-Philippe!

—No es momento para peleas —terció Terry, en un tono de advertencia entre un gruñido y un grito que era fuerte para su manera de hablar. Lentamente, Fred se apoyó en el respaldo de asiento y se quedó callado a pesar de que su cara indicaba que tenía mucho más para decir.

—En cuanto a Jean-Philippe, que es lo que realmente interesa aquí en lugar de otras personas que no vienen al caso —dijo Dimitri con dureza, mirando a Fred—, se le dio una sesión de *electroshock* como evaluación estándar. Lamentablemente, el resultado no fue el esperado. Terry y Alexander pueden confirmarlo. No hubo señales de arrepentimiento en cuanto al episodio de Inverness en el que asesinó a sangre fría y bajo emoción violenta a su primo Claude y a su mujer Monique.

Al concluir dirigió la mirada hacia Jean-Philippe, que solo tragó saliva y desvió la vista hacia la taza de café frente a él. Aunque quisiera hacerlo, no era momento de aclarar que Monique había sido suya antes de traicionarlo con Claude. Había dicho que no se arrepentía de haberlos matado, y eso era más que suficiente para entender que quisieran verlo encerrado de nuevo por muchos años más.

—El futuro de Jean-Philippe implica un análisis complejo —dijo Terry, no muy cómodo con la situación—. Si el Directorio requiere un tiempo para tomar una decisión, por favor envíeme la fecha en que nos será comunicada...

—Temo que en esta ocasión no será necesario. Ya hemos definido el curso de acción.

Terry, que estaba a punto de apretar el botón para colgar, se quedó inmóvil. Dimitri se removió en su asiento, y Jean-Philippe se quedó mirando el teléfono. Siempre había otra instancia para que el Directorio anunciara el veredicto y usualmente requería varios días. ¿Cómo podían haber tomado ya la decisión acerca de qué hacer con él? No era lo normal.

—Más allá de las desviaciones, la misión que se otorgó fue exitosa —sentenció la voz grave por el altavoz—. Roy y Mary Sullivan ya no son un problema. No se robarán más dosis, y su muerte finalmente encaja con el registro del *Historial* para que nadie más vuelva a dudar de él.

Por las caras que había alrededor de la mesa, cada vez era todo más confuso. ¿Qué estaba pasando? ¿El Directorio estaba del lado de Jean-Philippe, incluso después de que sus errores casi habían matado a Gabrielle y a Joel?

—Exacto —dijo Fred, que de pronto parecía animado. Clavó los ojos en Dimitri, como si entablara una pelea personal entre los dos y estuviera ganando—. Jean-Philippe ha completado la tarea que se le asignó... y debería otorgársele otra oportunidad.

Jean-Philippe esperó que sonara la ola de negativas, pero antes de que

Dimitri pudiese objetar, el director dijo:

—Luego de la experiencia con los Sullivan, deberíamos verificar que nuestros otros enemigos estén muertos de verdad. Y estoy de acuerdo en que Jean-Philippe es la persona indicada para hacerlo.

Los demás se miraron unos a otros. A Jean-Philippe se le hizo un nudo en el estómago. Envalentonado, Fred volvió a hablar.

—Sí. Me he tomado la libertad de hacerle llegar una nota al Directorio. Muchas gracias, Alexander. —Su sonrisa fue tan amplia que resultó casi asquerosa—. Ahora que la situación de los Sullivan ya está cerrada, solo quedan otros dos traidores de la sociedad sin confirmación de deceso ni paradero conocido: los hermanos von Bremen.

Hubo silencio alrededor de la mesa. Dimitri tomó una bocanada de aire y dijo antes que todos los demás:

—¿Estás considerando seriamente que Jean-Philippe sea...?

—¿Liberado para emprender otra misión? Claro que sí.

—¿Es una broma? Míralo, apenas puede seguir la conversación.

Dimitri señaló a Jean-Philippe, que en realidad sí prestaba atención a cada palabra. Pensó en contestar, pero era como si su cuerpo estuviera tieso, como si aún no terminara de procesar cómo la charla había progresado hasta ese punto. Dimitri tenía argumento sólido: Jean-Philippe estaba lejos de encontrarse preparado, y casi no podía mantenerse en pie aún, mucho menos después de la sesión y de ver las manchas de sangre en sus manos cada cierta cantidad de segundos. Además, ¿desde cuándo el Directorio siquiera escuchaba las ideas de Fred?

—Solo estás intentando demostrar tu lealtad hacia Jean-Philippe, y de una manera muy peligrosa —dijo Dimitri, y pareció algo agitado—. Como terapeuta, me opongo rotundamente a esta iniciativa.

Jean-Philippe suspiró, dado que estaba de acuerdo y el Directorio solía tomar en cuenta sus opiniones. Sin embargo, la voz en el teléfono volvió a alzarse.

—La misión para dar con el paradero de Stefan y Lena von Bremen está aprobada. Y tú, Dimitri, lo acompañarás como su supervisor asignado.

—¿Qué es esto? —inquirió Dimitri, delatando un nerviosismo controlado impropio de él—. Es completa y absolutamente irracional que...

El director colgó, Dimitri se interrumpió, y la habitación quedó en silencio. Alexander se quedó parado donde estaba, con las manos detrás de la espalda. Terry tenía la mirada clavada en el teléfono sobre la mesa. Dimitri parecía haberse quedado en *shock*, mientras que Fred, cruzado de brazos, lo contemplaba con satisfacción reclinado en el respaldo de su silla.

—Muy bien, entonces... comenzaré a realizar los preparativos. Vamos —dijo este, esbozando una sonrisa, y se dirigió hacia la puerta.

Jean-Philippe no se movió. No era posible que el director le hubiera dado el visto bueno. Tenía que haber alguna razón que desconocía.

—Esto... Esto está mal —murmuró cuando Fred lo llamó, pero Dimitri solo le hizo una seña para que se marchara, y no tuvo más opción que ponerse de pie aunque todo su cuerpo quisiera quedarse y llamar de nuevo al director para que cancelara la misión.

Cuando llegó a la puerta, Fred todavía sonreía como un triunfador. Alexander se les unió y le dijo unas palabras para animarlo, pero eso solo consiguió irritarlo más. Los dos parecían tener fe en él como si la decisión del Directorio fuese algo bueno, como si no tuviesen idea de quiénes eran las personas que tendría que localizar.

Ambos hombres lo acompañaron a su habitación, pero Alexander fue el primero en despedirse, argumentando que debía preparar las armas correctas para la misión. Entonces, Fred se inclinó sobre el umbral.

—Estarás bien. Yo me aseguraré de ello, puedes estar seguro —afirmó, y los ojos le brillaron tras los lentes antes de que desapareciera tras la puerta al cerrarla.

Sabía bien lo que había bajo esa manta de adulación indecorosa. En el fondo Fred siempre había buscado su favor, tenía celos de la atención que prestaba a Gabrielle y se consideraba a sí mismo su mayor admirador. Jean-Philippe entendía que eso tenía que ver con la expulsión de Fred de su núcleo familiar por las prácticas ocultistas que tantas veces lo habían llevado a enfrentarse a sus hermanos, férreos defensores de la fe cristiana, antes de unirse a la sociedad.

Fred creía en él ciegamente, como si fuera una especie de brujo que podía hacerle vivir eternamente. Conocía cada uno de los rincones del *Historial* donde se lo mencionaba, engrandeciéndolo y contando todas sus hazañas. Sin embargo, no había nada más lejos de la realidad. Así como el *Historial* mentía sobre los Sullivan, también ocultaba muchas otras verdades. La gloria de antaño de la que tanto se hablaba en los libros no había sido tal. La sociedad se había expandido, sí, pero asumiendo grandes riesgos, y generando aún más grandes problemas. Si Fred tan solo entendiera que

los registros narraban una versión dulcificada de su vida... Si tan solo tuviera la cordura necesaria para comprender que la inmortalidad era una prisión disfrazada de libertad... Porque Jean-Philippe no era libre. No lo era, y ahora estaba destinado por una mano invisible que tiraba de todos los hilos a adentrarse en una misión que pondría en juego su capacidad para no perder el control.

Dimitri no lo había visto venir, ni el veredicto del Directorio ni su repentina inclusión en la nueva misión. Lo que había ocurrido iba completamente en contra del proceso normal, que implicaba que los directores se tomaran un tiempo para evaluar las circunstancias. Nunca habían determinado el destino de una persona afectada por emoción violenta con tanta rapidez, lo cual todavía era peor considerando que se trataba de Jean-Philippe.

—¿Qué acaba de pasar? —inquirió. El corazón todavía le latía con fuerza.

La sala había quedado vacía a excepción de Terry, que continuaba con la misma cara de consternación que antes. Se suponía que alguien como él debería tener todas las respuestas pertinentes al caso y, si no las tenía, algo andaba muy mal.

A Terry se le colorearon las mejillas del tono de su barba.

—Lo único claro es que Alexander envió al Directorio un mensaje sin mi autorización. En cuanto a lo demás... Algo tiene que haber ocurrido, y voy a averiguarlo ahora mismo. —Pasó de largo a Dimitri, aproximándose a la puerta, y agregó—: Y no es solo porque la decisión del Directorio fue inmediata. No tengo que decirte que esto genera un problema crucial del que debemos encargarnos. Jean-Philippe no puede saber de ninguna manera lo que realmente ocurrió la noche de Inverness, ¿está claro?

A Dimitri le incomodó que le hicieran esa pregunta, que le resultaba tan evidente.

—Por supuesto que sí. Yo mismo fui parte de eso, me interesa tanto como a ti.

—Espero que así sea. De la misma forma en que espero que puedas controlarte durante la misión como supervisor. —Los ojos de Terry empuñecieron—. Más allá de tu historia personal con los von Bremen, ellos son el nuevo objetivo de Jean-Philippe y, por ende, el tuyo también.

Terry se marchó con aire sombrío, y Dimitri maldijo para sus adentros. Regresó a su despacho y el camino le pareció más largo que de costumbre mientras pensaba en que tenía problemas mucho más graves que no estar en un buen estado físico para emprender una misión, cosa que sí estaba cuando era el guardaespaldas y biógrafo personal de Jean-Philippe, antes de que su carrera derivara en la terapia. Una vez en su oficina, abrió un cajón de su escritorio y se encontró con el primer tomo del *Historial*, ese libro de tapa roja con arabescos que había sacado para explicar un punto durante su entrevista con Adam. Pensó en que él había escrito su contenido, mucho antes de que Fred llegara a la sociedad y también colaborara con la tarea, a su modo tan viciado. La compilación del *Historial* había sido al principio una mera idea para documentar los experimentos y decisiones de Jean-Philippe. Más tarde, se había transformado en una manera de mantener viva para siempre la historia de la sociedad, con algún que otro detalle mágico para generar más expectativa. Por último, cuando Jean-Philippe había sido confinado a su cuarto, el libro se había convertido en una tarea fundamental para tener trazabilidad de los ingresos y egresos, de la ayuda gratuita y secreta a enfermos terminales y de casos de locura de compañeros que acababan muriendo al ser expulsados por la falta de S-22.

El primer tomo hablaba de hechos de fines del siglo xix. Refería la naturaleza de la relación entre Jean-Philippe y su primo y cómo había cambiado con la presencia de Monique, antes y después de los episodios de infidelidad. Contaba la forma en que desconocidos habían intentado hacerse con el baúl, cómo habían evolucionado los experimentos para crear el S-22 y quiénes habían sido los primeros pacientes recuperados gracias a él a cambio de cierta suma de dinero. Dimitri no había incluido nada sobre sí mismo excepto una breve referencia sobre sus inicios en la sociedad, pero sí había relatado la llegada de Papá Michael con bastante detalle. Además, había mencionado varias veces a los von Bremen, quienes eran amigos de Monique y visitaban la casa que compartían a menudo.

El segundo volumen refería la huida de Claude y Monique como pareja, los ataques de nervios de Jean-Philippe ante aquella traición, su miedo a la soledad y sus primeros episodios de furia. Y terminaba con la historia oficial acerca de lo ocurrido una noche en una posada en Inverness, donde Jean-Philippe había descubierto a Dimitri junto a los von Bremen, Claude y Monique, y había intentado asesinarlos a todos.

Preocupado, arrojó el libro al cajón del escritorio, y ni siquiera tuvo ganas de sacar el tercero, que contaba hechos más recientes. En su lugar, abrió otro cajón, y extrajo dos archivos en carpetas de color negro con etiquetas, cada uno de los cuales contenía un idéntikit a lápiz trazado por Alexander. Dimitri suspiró al observar los rostros de quienes lo contemplaban desde el papel. A la izquierda, estaba el rostro de Stefan von Bremen, de rostro alargado, ojos profundos y cabello peinado hacia

atrás. Hasta la piel registraba ciertas arrugas, lo cual lo hacía muy adecuado: desde que había comenzado a tomar S-22 su edad se había estancado en los cuarenta y dos años, y solía renegar de que su hermana tuviera cualquier tipo de vida social, lo cual lo mantenía siempre estresado.

Dimitri pasó la mirada hacia el segundo papel, y admiró a Lena von Bremen como si fuera la primera vez. Su rostro se asimilaba a la forma de un corazón y tenía unos ojos enormes y vivaces que, sumados a sus largos rizos dorados, eran capaces de obnubilar a cualquiera. Lo más increíble era que no se trataba solo de eso: era, además, amable, compasiva, y tenía toda la creatividad que a su hermano le faltaba. Sus gestos y palabras lo habían hecho enamorarse de ella sin que pudiera evitarlo. Cuando visitaba la casa, más de cien años atrás, Dimitri la observaba hablar a la distancia, extrañamente embelesado. Había sido una cuestión de tiempo que se declarara, por mucho que le costase, y por suerte había sido correspondido. Stefan, por supuesto, se había opuesto. Su mayor argumento era la diferencia de edad, dado que Dimitri estaba en la mitad de su vida, y ella tenía solo veintidós años. Sin embargo, en la época aquello no era nada escandaloso, lo cual daba cuenta de que sus razones estaban ancladas en el miedo y la sobreprotección y no en salvaguardar el bienestar de su hermana.

A Dimitri no le había importado nada de eso, y a Lena tampoco. Ambos habían iniciado una relación, al menos hasta la noche de Inverness. En ese momento, Claude y Monique habían sido asesinados por Jean-Philippe por causa de la infidelidad, y los hermanos von Bremen habían escapado para desaparecer por completo y alejarse de la sociedad.

O al menos eso decía el *Historial*, así como ocultaba tantas otras cosas de diferente relevancia.

Sin querer entrar en recuerdos oscuros sobre el plan que había urdido en Inverness, Dimitri guardó los archivos y marcó en su celular el número de la única persona que tenía en su mente en ese instante. Sin embargo, Lena no respondió. Suspiró, sabiendo que tendría que intentarlo más tarde y que tenía poco tiempo para advertirle antes de que debiera marcharse con Jean-Philippe a emprender la nueva misión.

Marcó otro número y, mientras aguardaba a que Adam atendiera la llamada, descansó la espalda en el respaldo de la silla. Imaginó cómo sería encontrar a Lena en medio de la misión y tener que fingir que ya no sentía nada por ella y que no había sabido más de ella desde Inverness. No había nada más lejos de la realidad, pero Dimitri se había encargado por años de mantener el secreto a salvo: el *Historial* no solo mentía, tampoco contaba toda la verdad.

